



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

TESIS DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA

**Derivas necropolíticas de la gestión
neoliberal de los cuerpos:
un análisis filosófico.**

Autora: Mariana Belén Carrizo

Director: Dr. Martín E. Díaz

Neuquén, Argentina. Febrero 2019.

INDICE

Agradecimientos	1
INTRODUCCIÓN	2
CAPÍTULO I: De la soberanía, la disciplina y la gestión gubernamental	6
1.1. De la biopolítica a la analítica de la gubernamentalidad	
1.1.a. Primera formulación	7
1.1.b. Profundización.....	9
1.1.c. Mutación.....	10
1.2. La <i>ratio</i> gubernamental liberal y los dispositivos de seguridad	14
1.3. El arte neoliberal de gobernar y las sociedades de control	20
1.3.a. Diagnóstico foucaultiano.....	21
1.3.b. Del topo disciplinario a la serpiente neoliberal	28
1.3.c. Acerca de la mundialización neoliberal	31
1.3.d. Lo local en lo global	35
1.3.e. Hacia la necropolítica.....	37
CAPÍTULO II: El neoliberalismo como marco de reactualización de estrategias necropolíticas	39
2.1 La necropolítica como envés del biopoder	40
2.1 a. Soberanía y ocupación colonial moderna.....	41
2.1 b. Acerca de la ocupación colonial tardía o “neocolonial”	44
2.2 Acerca del “devenir negro del mundo”	48
2.2.a. Producción de sujetos de raza.....	49
2.2.b. Expansión al “todo-mundo”	52
2.3 Formulaciones afines acerca del presente global	
2.3.a. En las fronteras	57
2.4.b. Hacia las resistencias	60

CAPÍTULO III: Resistencias y re-existencias:	
hacia una ampliación de las redes de la politicidad.....	67
3.1. Consecuencias de la analítica de la gubernamentalidad	68
3.2. Acerca de las “revoluciones moleculares”	70
3.3. Más allá de las resistencias: re-existencias a la necropolítica neoliberal	76
3.4. Clínica del sujeto	
3.4.a. Del gesto de autodeterminación a la “habitación de lo abierto”	78
3.4.b Políticas de la visceralidad	82
3.4.c. Trabajo para la vida	84
3.5. La(s) red(es) de lo(s) común(es) como campo de posibles	85
3.6. Tramar el presente, tejer las re-existencias	89
CONSIDERACIONES FINALES	93
BIBLIOGRAFÍA	99

Agradecimientos

A mi padre y a mi madre, por sostenerme -en todos los sentidos de la palabra- desde el momento en que decidí comenzar a transitar la carrera de filosofía, y con especial paciencia y dedicación durante el proceso de escritura de esta tesis. No hubiese podido hacerlo sin su cariño y confianza incondicionales.

A mis amigxs, por conformar esta red afectivo-política transdisciplinar de contención y aprendizajes constantes.

A lxs docentes que abren puertas que conducen hacia perspectivas y saberes tras cuyo descubrimiento no se puede ya ser la misma.

Al director de esta tesis, por guiar mis intereses iniciales hacia un campo de indagación tan múltiple como urgente.

A todas las víctimas de la necropolítica neoliberal. A quienes en todo el mundo han enfrentado -y enfrentan cada día- sus efectos de poder. A quienes re-existen.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo persigue el objetivo de proporcionar una posible vía de respuesta a la siguiente pregunta: ¿qué formas asume el ejercicio del poder sobre los cuerpos en el escenario contemporáneo? Dado que son numerosos los estudios desarrollados en el campo de las ciencias sociales y humanas que afirman la existencia -en el presente global- de una estrecha y renovada relación entre el poder y la capacidad de “dar muerte”¹, hemos formulado la siguiente hipótesis: asistimos a un “arte neoliberal de gobierno” que opera mediante el despliegue y re-actualización de una “necropolítica”.

Ahora bien, ¿a qué elementos teóricos remiten esta pregunta y esta afirmación? Antes de comenzar a desarrollarlos y de anticipar el orden en el que lo haremos, es preciso aclarar que si bien son numerosos los estudios desarrollados acerca del *modus operandi* del neoliberalismo, partiremos aquí de la caracterización del mismo efectuada por el filósofo francés Michel Foucault (2007). La segunda parte de nuestra hipótesis, por su parte, será trabajada desde la propuesta teórica del pensador camerunés Achille Mbembe quien en su artículo “Necropolítica” (2006) acuña esta noción en torno a la cual gira nuestro planteo.

Quisiéramos agregar, en este punto, una segunda aclaración: la combinación de elementos teóricos provenientes de *locus* de enunciación y tradiciones -a simple vista- tan distantes se debe, en primer lugar, a que el trabajo del segundo de estos autores se halla profundamente inspirado en la “analítica del poder” del primero. Sumado a lo anterior, la puesta en dialogo de una propuesta crítica intraeuropea con un estudio “postcolonial”, consideramos nos permitirá dar cuenta de los posibles puntos de contacto y de ruptura entre estas perspectivas de análisis acerca de un panorama de alcance global.

Consideramos preciso agregar, por último, una aclaración relativa al tipo de abordaje metodológico a la luz del cual habremos de llevar a cabo esta indagación: habremos de privilegiar aquí el enfoque “genealógico” propuesto por Foucault. Esto se debe, en primer lugar, a que -de acuerdo a la lectura efectuada por Martín E. Díaz (2016)- la noción de “genealogía” permite dar cuenta del ingreso en la “historia efectiva” de las emergencias y contingencias, de las discontinuidades y recurrencias, así como de los puntos de ausencia y el no-lugar otorgado a determinados acontecimientos. A su vez, la labor genealógica nos permitirá advertir las marcas que deja impregnada la historia en los cuerpos -tanto individuales como colectivos- así como las relaciones de fuerza que los atraviesan y

¹Vale aclarar que “dar muerte” no referirá sólo al asesinato directo, sino a todo tipo de exposición (física, política y/o simbólica), a situaciones que multipliquen el riesgo, la expulsión, el rechazo, etc.

configuran (Díaz, 2016). En este sentido, este enfoque nos permitirá analizar las estrategias de poder desplegadas por el neoliberalismo, así como también la relación existente entre poder y resistencia, que trabajaremos en el último capítulo de esta tesis.

Pues bien, ¿cuál será el recorrido que trazaremos a fin de sustentar nuestra hipótesis de trabajo? En primer lugar, partiremos de la afirmación formulada por Foucault en *Seguridad, Territorio y población* (2006), consistente en que si bien puede parecer que en las sociedades actuales ciertos mecanismos de poder han sido “reemplazados” definitivamente por otros, no hay que perder de vista que hoy estamos, más bien, ante un “triángulo de soberanía, disciplina y gestión gubernamental” marcado, sin embargo, por una preeminencia de los dispositivos de seguridad (2006, p. 135).

Sobre esta base cobra sentido el objetivo general que persigue nuestro primer capítulo, titulado “De la soberanía, la disciplina, y la gestión gubernamental”: aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de “arte neoliberal de gobierno”. Dado que para ello es menester caracterizar -en primer lugar- la noción de “gobierno” en el seno de la obra foucaultiana, en un primer apartado -titulado “De la biopolítica a la analítica de la gubernamentalidad”- presentaremos brevemente el itinerario que llevó al filósofo francés a cambiar el foco de atención desde el concepto de “biopolítica” (central para su “analítica del poder”) hacia -posteriormente- el proyecto de una “analítica” o historia de la gubernamentalidad”.

En función de lo anterior, y en un segundo apartado denominado “La *ratio* liberal y los dispositivos de seguridad”, daremos cuenta del liberalismo como “razón gubernamental”, así como del pasaje de los “dispositivos disciplinarios” a los llamados “dispositivos de seguridad”. Ésta indagación nos permitirá desplazarnos hacia la tercer sección de este primer capítulo, titulada “El arte neoliberal de gobernar y las sociedades de control”, en la que procuramos esbozar -de la mano de Foucault (2007)- algunos de los rasgos centrales del neoliberalismo a fin de mostrar en qué reside su especificidad respecto de los regímenes de poder precedentes. A continuación, referiremos brevemente a algunas caracterizaciones afines acerca de este “arte de gobierno”, tales como la idea de “sociedades de control” propuesta por Gilles Deleuze (2006) en su célebre “Post-scriptum a las sociedades de control” y las fórmulas “Capitalismo Mundial Integrado” y “mundialización neoliberal” desarrolladas por Félix Guattari (2004) en *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*.

Por último, y a modo de cierre de este primer capítulo, traeremos a colación algunos elementos del planteo de Martín E. Díaz, propuesto en su libro *Vidas negadas. Una genealogía de la construcción de la otredad en Argentina moderna y sus derivas en el*

presente (2016), debido a que constituye una clave de lectura del neoliberalismo situada en nuestro escenario continental y nacional. Esto nos permitirá comenzar a vislumbrar ciertas vinculaciones entre los estudios críticos intraeuropeos desarrollados en el primer capítulo y los desarrollados en *locus* de enunciación extraeuropeos que presentaremos a continuación.

Así, en el segundo capítulo de esta tesis, titulado “El neoliberalismo como marco de reactualización de estrategias necropolíticas”, comenzará con un primer apartado llamado “La necropolítica como envés del biopoder” dedicado al desarrollo de la noción de “necropolítica” que, como hemos anticipado, ocupa un rol central en el análisis propuesto en este trabajo. En primer lugar, desarrollaremos brevemente el camino que llevó a Mbembe a acuñar este concepto como contracara de la noción foucaultiana de “biopolítica”, a fin de dar cuenta de las prácticas de mercantilización y racialización de los cuerpos surgidas en el África colonial en base a una concepción del poder como un “‘hacer morir’ y ‘dejar vivir’”. En segundo lugar, veremos cómo el autor denuncia el hecho de que con el desarrollo del neoliberalismo estas lógicas se han expandido a todo el planeta, dando lugar a una producción masiva de poblaciones superfluas y excedentarias que el poder necesita “gestionar” exponiéndolas a todo tipo de riesgos y peligros a menudo mortales.

Siguiendo esta línea, en un segundo subapartado titulado “Acerca del ‘devenir negro del mundo’”, retomaremos las derivas y reformulaciones de la noción de “necropolítica” en el seno de un trabajo posterior de Mbembe (2016a) titulado *Crítica de la razón negra*, a fin de mostrar cómo el neoliberalismo aparece -en la propuesta del autor- como el marco que hace posible la expansión de estas estrategias de poder a escala global. Daremos cuenta allí, pues, de lo que el autor llama “devenir negro del mundo”, fórmula mediante la cual pretende denunciar la radicalización, en el escenario contemporáneo, de las lógicas imperiales de “depredación, ocupación, y extracción de beneficio” (2016a, pp. 12-13).

Por último, cerraremos nuestro segundo capítulo con una sección denominada “Formulaciones afines acerca del presente global”, en la que presentaremos los desarrollos de dos pensadoras contemporáneas que leen la actualidad planetaria en términos similares a los hasta aquí expuestos. Se trata, pues, del planteo de la pensadora mexicana Sayak Valencia (2010) propuesto en su *Capitalismo gore*, seguido de la propuesta de la catalana Clara Valverde (2015), expuesta en *De la necropolítica neoliberal a la empatía radical. Violencia discreta, cuerpos excluidos y repolitización*. Dado que ambos análisis provienen de espacios geopolíticos diferentes a los esbozados hasta este punto de nuestra argumentación, creemos nos permitirán mostrar las características específicas que asumen las estrategias necropolíticas en distintos espacios del planeta.

Sobre la base del abordaje anterior, propondremos un tercer y último capítulo titulado “Resistencias y re-existencias: hacia una ampliación de las redes de la politicidad”, que constituye una invitación a pensar en las posibles formas que podrían asumir -y asumen- las resistencias frente a las derivas necropolíticas del neoliberalismo. En este sentido, en un primer subapartado titulado “Consecuencias de la analítica de la gubernamentalidad” retomaremos algunas de las conclusiones parciales del primer capítulo, tomando como referencia la aserción foucaultiana “donde hay poder hay resistencia” (Foucault 2008, p. 98), síntesis de la idea de que no es posible describir ningún tipo de poder sin dar cuenta también de las prácticas y modos de vida que se desarrollan en simultáneo y le hacen frente.

En la segunda de las secciones llamada “Acerca de las “revoluciones moleculares”, nos proponemos, siguiendo el orden de exposición de nuestro primer capítulo, dar cuenta de algunos de los elementos propuestos por Guattari (2004) respecto de las posibles maneras de hacer frente al funcionamiento del “Capitalismo Mundial Integrado”. A continuación, en “Más allá de las resistencias: re-existencias a la necropolítica neoliberal”, desarrollaremos el concepto de “re-existencia” acuñado por el pensador colombiano Adolfo Albán Achinte (2012) dado que, a nuestro entender, permite trascender los ecos meramente defensivos que la idea de “resistencia” puede traer consigo.

En un cuarto apartado del capítulo final de esta tesis, denominado -al igual que la segunda parte del proyecto crítico de Mbembe (2016a)- “Clínica del sujeto”, daremos cuenta de algunas reflexiones del autor desplegadas en torno a la necesidad de pensar, crear y rehabilitar los vínculos que nos unen a los otros y a las generaciones que vienen. Siguiendo esta línea, en una anteúltima sección llamada “Las redes de lo(s) común(es) como campo(s) de posibles”, desarrollaremos algunos puntos del tratamiento de estas nociones a manos de la pensadora feminista ítalo-estadounidense Silvia Federici (2013) en *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Este planteo se revelará particularmente interesante para nuestra argumentación debido a que propone una serie de ejemplos de luchas, erigidas alrededor del mundo, contra las lógicas de segmentarización y racialización que- como veremos- resultan inherentes a la necropolítica neoliberal.

En virtud de lo dicho, presentaremos -en un último apartado titulado “Tramar el presente, tejer las re-existencias”- algunas reflexiones finales que pretenden enfatizar el hecho de que la mayor parte de los planteos y experiencias de resistencias y re-existencias reunidos en este trabajo pueden leerse (más o menos directamente) a la luz de nociones (que son a su vez acciones) de “tramar”, “tejer”, “recomponer” y “restituir” los vínculos que las lógicas de aislamiento propias de la “necropolítica neoliberal” tienen por objetivo disgregar.

CAPÍTULO I: De la soberanía, la disciplina y la gestión gubernamental

Somos desiertos, pero poblados de tribus...pasamos nuestro tiempo acomodando esas tribus, disponiéndolas de otro modo, eliminando a algunas de ellas, haciendo prosperar otras (Deleuze, 1997, pp.15-16)

Para comenzar a desentrañar la naturaleza de las estrategias de poder sobre los cuerpos desplegadas en el escenario contemporáneo, creemos necesario comenzar por el desarrollo de uno de los conceptos centrales de la “analítica del poder” propuesta por Foucault: la noción de “biopolítica”. Este recorrido, que partirá de su emergencia en contraste con el régimen soberano, nos permitirá esbozar, en primer lugar, una caracterización del surgimiento y posteriores mutaciones de los mecanismos de poder puestos en marcha a lo largo de la historia moderna occidental, así como -al mismo tiempo- comprender el cambio de perspectiva que operó Foucault a partir de 1978, hacia un particular interés en el liberalismo y el neoliberalismo. Pretendemos mostrar, de la mano del pensador colombiano Santiago Castro-Gómez (2010) que Foucault desplazó sus investigaciones acerca de la biopolítica para centrarse en el “marco general” que la hizo posible, mediante la introducción de la noción de “gobierno” y en el seno de su proyecto de una “analítica de la gubernamentalidad”.

Una vez abordado esto, pretendemos dar cuenta brevemente de su itinerario desde los dispositivos disciplinarios a los de seguridad, centrales para la “*ratio* gubernamental liberal”, cuyos rasgos centrales habremos de presentar en tanto antecedente de la “sociedad de control” neoliberal. Todo lo desarrollado en este primer capítulo hará las veces de base indispensable para comprender en todo su espesor la propuesta de Mbembe, que desarrollaremos en el segundo: sólo desentrañando las implicaciones y derivas del concepto de “biopolítica” podremos adentrarnos en su caracterización del presente global como escenario de reactualización de tecnologías “necropolíticas”.

1.1. De la biopolítica a la analítica de la gubernamentalidad

1.1.a. Primera formulación

Foucault presenta y desarrolla por primera vez el concepto de “biopolítica” en el primer tomo de *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* (1976), más específicamente en el último de sus capítulos titulado “Derecho de muerte y poder sobre la vida”. Allí, comenzará por caracterizar este derecho (derivado de la vieja *patria potestas* romana, y propio del régimen soberano), y por condensarlo en su famoso sintagma “hacer morir o dejar vivir”, el cual -a su vez- habrá de resumir el *modus operandi* de un tipo histórico de sociedad en el que el poder operaba sustrayendo a los súbditos sus bienes, servicios, trabajo e incluso sus vidas. Dicho régimen de poder, dirá Foucault, dio paso -a mediados del siglo XVIII- a otros mecanismos de poder destinados a producir, aumentar, reforzar y organizar las fuerzas vitales, más que a obstaculizarlas o destruirlas. Tal “derecho de muerte”, pues, se fue transformando -acorde a las nuevas exigencias- en el “envés del derecho que posee el cuerpo social de asegurar su vida, mantenerla y desarrollarla” (2008a, p. 129).

Ahora bien, ¿cómo se explica, entonces, el hecho de que a partir del siglo XIX los regímenes hayan desatado guerras, genocidios² y matanzas sin precedentes sobre sus propias poblaciones? Esto fue posible, dirá Foucault, debido a que en el seno de este poder ejercido positivamente “sobre la vida, la especie, la raza y los fenómenos masivos de población” (2008a, p.130), los Estados apelarán a tal “poder de muerte” en nombre de la “supervivencia” de las poblaciones y la sociedad, así como basándose en la idea (sumamente difundida desde entonces) de que es legítimo eliminar a quienes representan una especie de “peligro biológico”³ para determinado orden de cosas. Nos encontramos, pues, con el derecho de “hacer vivir y dejar morir” o “arrojar a la muerte”.

A partir de aquí, Foucault desarrollará las dos formas principales mediante las cuales se desarrolló tal poder sobre la vida, dos polos enlazados por una serie de relaciones intermedias: la “anatomopolítica del cuerpo humano”, centrada en el cuerpo individual de los sujetos, que opera por procedimientos “disciplinarios” de sujeción y adiestramiento en “instituciones de encierro” en pos del aumento sus fuerzas productivas y la “biopolítica de la

²Este tema será tratado en profundidad en *Defender la sociedad* (1976) texto que abordaremos a continuación.

³Emerge la noción de “racismo”, fundamental para este escrito, y sobre la que volvemos reiteradamente en tanto constituye para Foucault y -como veremos- para Mbembe, un mecanismo ineludible para el funcionamiento del Estado moderno, condición de posibilidad de la biopolítica, y de su yuxtaposición con el viejo derecho soberano de muerte (2008, p. 141). Volveremos sobre esto en el próximo apartado.

población”, que tomará a cargo los procesos biológicos del cuerpo en tanto especie (es decir, los fenómenos de natalidad, mortalidad, longevidad, etc.) mediante prácticas de regulación, tales como políticas de salud pública, urbanismo, etc. Estamos, pues, ante lo que llama una “tecnología de doble faz individualizante y especificante”⁴ (2008a, p. 131).

En este punto, Foucault propone una afirmación que resulta central para nuestra argumentación: estas prácticas anatomo-biológicas, al aumentar las fuerzas vitales de unos y disminuir las de otros, ya sea directamente o por omisión, actuaron como factores de segregación y jerarquización social, es decir, garantizaron “relaciones de dominación”. Estas “técnicas de poder”, agrega, jugaron por tanto un rol fundamental en los procesos de surgimiento y mantenimiento del capitalismo, al actuar diseminadas en todos los niveles del cuerpo social, desde la familia, pasando por la escuela, la medicina, etc. (2008a, p.133).

La “biopolítica” será, por tanto, aquello que permitirá que la vida entre en el dominio de los cálculos y estrategias políticas, en un “*continuum* de aparatos médicos, administrativos” orientados tanto a cualificar, medir, apreciar y jerarquizar “lo viviente”, así como a corregir y regular sus efectos indeseables (2008a, p. 136). Sin embargo, Foucault señala que lo anterior no debe conducirnos a la conclusión de que la vida quedó, de aquí en adelante, completamente sometida a estas técnicas: existe, afirma, una multiplicidad de fenómenos que escapan a ellas. Estamos ante el surgimiento de la idea, de suma relevancia para esta tesis, de que todo poder posee “fisuras”, emblemáticamente resumida en la sentencia “donde hay poder hay resistencias” (2008, p. 98) que analizaremos en detalle en el último capítulo. Mientras tanto, nos limitaremos a señalar -de la mano de Foucault- que a partir del siglo XIX las grandes luchas de resistencia comenzaron a organizarse en torno a aquello que el poder justamente pretendía invadir. La vida deviene, pues, objeto político y centro de demandas, tales como “el cumplimiento de sus necesidades y la realización de sus virtualidades, derechos incomprensibles para el sistema jurídico clásico y el régimen de soberanía” (2008a, p.137).

⁴El punto central de esta primera formulación consiste en la postulación del “dispositivo de sexualidad” como punto de encuentro entre la disciplina y la regulación: la categoría de sexo permitirá al poder, por un lado, analizar y amaestrar a los cuerpos individuales (mediante exámenes médicos y psicológicos permanentes) y, por el otro, acceder al cuerpo social por entero, o sobre grupos determinados de la población, a través de mediciones y estimaciones estadísticas. A través de ella Foucault logra mostrar cómo los mecanismos de poder se articulan en el cuerpo (en sus funciones, procesos fisiológicos, sensaciones), lo cual explica, a su vez, por qué éste último se halla en el centro de su “analítica de las tecnologías modernas de poder” (2008a, p. 142).

1.1.b. Profundización

En su curso titulado *Defender la sociedad*, dictado en el *Collège de France* durante el mismo año, más específicamente en su clase del 17 de marzo, Foucault añade a su primera formulación de “biopoder” un elemento importante: es en su seno que nace la idea de “población” como problema político-científico-biológico. Mientras la práctica disciplinaria se vinculaba de forma práctica y directa con el individuo-cuerpo, esta nueva tecnología de poder trajo consigo un nuevo “cuerpo-múltiple”, cuyos procesos vitales⁵ a nivel colectivo se convertirán en blanco de cálculos e intervenciones orientados a fijar un equilibrio, un promedio, una homeostasis y “optimizar un estado de vida”⁶ (2002, p.222).

Otra característica central del biopoder señalada en esta clase consiste en que, dado que se desarrolla en el auge la industrialización del siglo XIX, éste se abocó también a crear una serie de mecanismos (tales como seguros, cajas de ahorro, etc.), orientados a prevenir los potenciales problemas que, asociados a la inactividad de los individuos (como la vejez, los accidentes, la invalidez, etc.), podrían suponer un obstáculo para la productividad.

En este punto, creemos necesario aclarar que si bien estas técnicas biopolíticas de regulación surgieron ante la insuficiencia de las tecnologías disciplinarias para contener y regir por sí solas y en su totalidad tal cuerpo económico-político resultante de una sociedad en vías de explosión demográfica, esto no implica en absoluto (como subrayaremos reiteradamente a lo largo de este escrito) que éstas hayan desaparecido: se trata más bien -de aquí en adelante- de la combinación, “según una articulación ortogonal, de la norma de la disciplina y la regulación”⁷ (2002, p. 228).

Ahora bien, es en el intento de remarcar las diferencias entre el poder soberano⁸ y la biopolítica que Foucault se encuentra frente a frente con lo que llama “excesos del biopoder”⁹ o “paradojas surgidas en el límite de su ejercicio”: una vez más ¿cómo logra “exponer a la

⁵Modificar la tasa de mortalidad, ampliar la de longevidad, estimular la natalidad, en lugar de tomar las muertes y nacimientos particulares.

⁶La enfermedad, por ejemplo, comenzará a abordarse como un factor de “riesgo permanente”, de disminución del tiempo de trabajo y aumento de costos económicos, en un contexto de “descalificación progresiva de la muerte”, la cual es convertida en algo del orden de lo oculto, de lo privado, más tabú incluso que el sexo.

⁷Éstas añadieron ciertas pautas de conducta a nivel colectivo, más efectivas en tanto internalizadas y reproducidas por los mismos individuos, tales como reglas de higiene (intrafamiliares y urbanas), de cuidados de los niños, códigos de sexualidad y procreación, etc., en pos de la longevidad de la población.

⁸Ante el cual “el súbdito no está ni vivo ni muerto, es neutro”, y a la luz del cual “la vida y la muerte se convierten en derechos por efecto de la voluntad soberana” (2002, p. 229).

⁹Foucault ejemplifica esto mediante el “poder atómico”, que desborda cualquier soberanía humana al poseer “técnica y políticamente la posibilidad no sólo de disponer de la vida sino de fabricar lo vivo y, en el límite, virus incontrolables y universalmente destructores” (2002, p.229). Volveremos sobre esto en el próximo capítulo a propósito de los medios tecnológicos puestos al servicio de la “necropolítica” (Mbembe, 2006).

muerte” este poder que, supuestamente, se centra en “hacer vivir”? Será apelando a la “idea de raza” (erigida como criterio de diferenciación entre quienes “deben vivir” y quienes deben ser “abandonados a la muerte”, e integrada por el biopoder a los mecanismos del Estado moderno) que éste último podrá ejercer su “función mortífera”, su viejo derecho soberano de matar. He aquí “la condición que hace aceptable dar muerte” (2002, p. 231) en una sociedad basada en hacer prosperar la vida: mediante tal racismo de Estado¹⁰, y en nombre del “fortalecimiento” de determinado grupo de la especie, se justificará -de aquí en adelante- la eliminación de individuos considerados inferiores, anormales, degenerados¹¹.

En este punto, Foucault expondrá una serie de conclusiones: en primer lugar, lejos de oficial de mera traducción de la política a términos biológico-científicos el evolucionismo del siglo XIX constituyó más bien la manera general de pensar las “relaciones de la colonización, la necesidad de la guerra, la criminalidad, la enfermedad mental, la historia de las sociedades y sus clases”, etc. (2002, p.232). En segundo lugar, el derecho de muerte al que apela el Estado moderno bajo el biopoder es el mismo desarrollado con la colonización y el genocidio. Veremos, en el segundo capítulo de esta tesis, la centralidad que revestirá este punto en el planteo de Mbembe.

En función de todo lo dicho hasta aquí, compartimos la pregunta con la que el filósofo francés cierra esta paradigmática clase: “¿Cómo hacer funcionar un biopoder y al mismo tiempo ejercer los derechos de la guerra, del asesinato, y de la función de la muerte, si no es pasando por el racismo?” (2002, p.237). He aquí un problema que lejos de haberse clausurado se mantiene hoy más vigente que nunca y que retomaremos a lo largo de nuestro desarrollo, especialmente en el siguiente capítulo.

1.1c. Mutación

Quisiéramos concluir este primer subapartado de nuestro primer capítulo trayendo a colación algunas reflexiones del texto *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault* (2010) del pensador colombiano Santiago

¹⁰Foucault subraya: “prácticamente no hay funcionamiento moderno del Estado que (en cierto momento, límite y condiciones) no pase por el racismo”(2002, p.229).

¹¹He aquí la forma de operar del racismo moderno respecto de la criminalidad, la locura y la “anormalidad” en general. Éste también opera como lógica de la que Foucault llama “relación de enemistad”, que ha estado histórica y tradicionalmente a la base de toda relación política. Retomaremos esto en el tercer capítulo, dedicado a los modos-otros de pensar y hacer política, de ampliar las redes de la politicidad.

Castro-Gómez¹². Esto se debe a que nos permitirá volver sobre los procesos de problematización y reformulación al interior de la obra del filósofo francés, y, así, comprender por qué sus trabajos de fines de los años setenta¹³ operan una ruptura respecto de los precedentes. Tal y como anticipamos en la introducción de este escrito, nos interesa rastrear las razones por las cuales en esta época Foucault deja de centrar su atención en la noción de biopolítica. Tal es así que en *Nacimiento de la biopolítica* (2007), contrariando todo pronóstico derivado del título, dirá explícitamente que para comprender por qué la vida comenzó a ser un problema político, es menester dar cuenta -primero- de su “condición empírica de posibilidad”, de la “racionalidad política” en la cual surgió (2007, p.359). Se trata, pues, de la “razón gubernamental liberal” desplegada a partir de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Ahora bien, ¿A qué se debe esta mutación? ¿Con qué objetivo introduce Foucault el término “gubernamentalidad”? ¿A qué refiere y qué implica tal noción?

Para echar luz sobre estas cuestiones, Castro-Gómez presenta la hipótesis postulada por Gilles Deleuze: Foucault habría añadido estos elementos a su analítica del poder debido a que se hallaba en un “impasse teórico”. El llamado “modelo bélico” o “hipótesis Nietzsche”¹⁴ a la luz del cual había pensado el poder hasta aquí lo había dejado “entrampado” en el binomio “dominación-resistencias”, en el seno del cual las resistencias aparecían como meras manifestaciones de un poder omnipresente, al que no podían enfrentar por estar “dentro” del mismo. El filósofo francés necesitaba, pues, introducir una nueva esfera de análisis: la de la “subjetividad” y, con ella, la noción de “conducta”. Ésta última, central tanto para sus trabajos de los años setenta como para esta tesis, no será ya pensada como un mero “epifenómeno” del poder, sino como el efecto de “tecnologías de gobierno” encargadas de “dirigirla” apelando al consentimiento y la libertad de los individuos.

He aquí por qué la “gubernamentalidad” es propuesta como nueva “grilla de inteligibilidad” de su analítica del poder y la razón por la cual ésta última deviene parte de un proyecto más amplio llamado por el mismo Foucault “historia o analítica de la gubernamentalidad” (Castro-Gómez, 2010, p.44), la cual constituye el estudio del surgimiento de ciertas prácticas y tecnologías políticas, así como de las “racionalidades

¹²Ha dedicado gran parte de su obra a poner en diálogo planteos críticos intra-europeos (aquí, por caso, los de Foucault) con estudios de la llamada perspectiva “decolonial”, a la que adscribe en el seno del colectivo “Modernidad/colonialidad”, junto con Aníbal Quijano, Walter D. Mignolo, Catherine Walsh, Arturo Escobar, Edgardo Lander, Nelson Maldonado-Torres, Zulma Palermo, entre otros.

¹³*Seguridad, Territorio y población* y *Nacimiento de la biopolítica*, dictados en *Collège de France* (1978.-1979)

¹⁴Éste, nacido tras su revolucionaria crítica del modelo jurídico del poder como prohibición, concibe al poder como una “lucha agonística” en la que unas fuerzas se contraponen a otras. Tal propuesta de la “guerra” como “grilla de inteligibilidad del poder”, se encuentra -sobre todo- en *Nietzsche, la genealogía y la historia* (1971).

políticas” a las que obedecen. Ahora bien dado que la “gubernamentalidad” no se agota en el Estado, Foucault se dedicará además a rastrear los modos en los que esa multiplicidad de prácticas se fue centralizando en este aparato a través de lo que llamará “procesos de estatalización”¹⁵.

Será, por tanto, en el seno de esta analítica que el filósofo podrá establecer una diferencia, que retomaremos reiteradamente a lo largo de nuestra argumentación, entre “estados de dominación” y “relaciones de poder”: mientras que en los primeros se busca someter a los individuos mediante el ejercicio de la violencia y la coacción, las últimas remiten más bien a un juego entre poder y libertad en el que los roles son mutables, “reversibles”. Esta distinción puede clarificarse, además, a la luz de la tipología¹⁶ propuesta en *Tecnologías del yo* (2008b): allí, las técnicas de “gobierno” harán las veces de “puente” entre las tecnologías de “poder”¹⁷ y las tecnologías “del yo”¹⁸.

Resulta importante, pues, reparar en estas tecnologías “bisagra” debido a que gracias a que operan “conduciendo” la conducta de los gobernados, pueden orientarla tanto a producir y mantener los “estados de dominación” (esto es, hacia fines fijados por una racionalidad exterior) como a favorecer “prácticas de libertad” (en el caso de que se la oriente hacia objetivos “propios” a la manera de prácticas de “gobierno de sí”). Veremos más adelante qué alcances y derivas asumen estas afirmaciones en el seno del liberalismo y del neoliberalismo así como en el último capítulo de este escrito, dedicado a considerar en qué sentidos estas tecnologías pueden favorecer resistencias y “líneas de fuga”.

Ahora bien, por ahora nos limitaremos a subrayar de la mano de Castro-Gómez las posibilidades de análisis que abrió, en primer lugar, el abandono del modelo bélico y, en segundo término, la introducción del concepto de gubernamentalidad como marco general de la biopolítica. La primera de estas mutaciones, por un lado, permitió a Foucault explicar la caída en crisis del modelo de soberanía, dado que a la luz de la hipótesis Nietzsche la biopolítica (tanto en su polo individualizante como masificante) seguía apareciendo como una “tecnología de dominación”, de “sometimiento” de la vida al poder al modo soberano.

Respecto del segundo punto, y en relación con lo anterior, la idea de “gubernamentalidad” permitió explicar de otro modo la forma que asume el poder sobre la

¹⁵A diferencia de una “teoría del Estado”, no partirá de éste cual si se tratara de un “actor unitario”, un “dato básico”, o un “universal” (2007, p.18). Trataremos este principio metodológico en el siguiente apartado.

¹⁶Tecnologías de producción, de significación, del yo, de poder, y de gobierno.

¹⁷O de “dominación” -en base a lo dicho anteriormente- tales como torturas, reclusión en campos de concentración, trabajo forzado, ejecuciones públicas, etc. (2010, p. 37)

¹⁸Referidas a la capacidad de “governarse a sí mismo y a otros” en función del juego de libertades arriba presentado, de entre las cuales Foucault estudiará sólo sus variantes griegas-helenísticas.

vida. Si, como vimos, la “población” lejos de ser un “dato básico”, es un conjunto de procesos vitales fluctuantes, el arte de gobernar deberá orientarse a la “gestión” de todas esas variables, a conocerlas mediante saberes expertos (como la economía política, la estadística y la medicina social) y administrar sus efectos. Para Foucault, por tanto, sólo habrá “biopolítica” en el marco más amplio de la “gubernamentalidad”, entendida como el cúmulo de “instituciones, procedimientos, cálculos y tácticas que permiten ejercer esta forma específica y compleja de poder, que tiene como meta la población, como forma principal de saber la economía política, e instrumento técnico esencial los dispositivos de seguridad” (2010, p.61), cuyo funcionamiento, fines y objetivos desarrollaremos en el próximo apartado.

Vemos cómo, a la luz de lo que hemos dicho hasta aquí, la biopolítica aparece ahora como una táctica entre otras, lo cual equivale a afirmar que no logra agotar el “gobierno de las poblaciones”, así como tampoco resulta suficiente la contraposición entre “hacer vivir” y “dejar morir”. Examinaremos, pues, de aquí en adelante, como la biopolítica dejó de ser entendida como la “continuación de la guerra por otros medios”¹⁹ para ser concebida como una “política de gobierno” (2010, p. 62). Más adelante retomaremos las implicancias de esta sentencia para nuestra argumentación, así como su relación con los planteos de Mbembe.

Sobre esta base es posible presentar la segunda razón por la cual estos trabajos de Foucault constituyen una “ruptura” con sus anteriores desarrollos, y -a su vez- resultan de central interés para nuestro escrito: es en el marco de esta “analítica de la gubernamentalidad” que se dedicará a operar, en *Seguridad, Territorio y población*, una “genealogía del liberalismo” que decantará luego -en *Nacimiento de la biopolítica* (curso que comentaremos en los próximos apartados)- en una profunda indagación de la racionalidad política contemporánea: el neoliberalismo. En ambos casos, el interés del filósofo consiste en comprender la relación entre poder y libertad, en estudiar cómo ésta última puede operar como elemento indispensable para el liberalismo y el neoliberalismo en tanto “artes de gobierno”, orientados a dirigir a los gobernados y “gestionarlos” de un “modo eficaz” y, sobre todo, con su consentimiento.

En el siguiente apartado, por tanto, presentaremos algunos de los rasgos centrales de la “ratio gubernamental liberal”, así como los modos en que ésta tomará a su cargo la vida. Veremos el rol central que desempeñarán los “dispositivos de seguridad”, en tanto encargados de calcular estadísticamente las probabilidades, maximizar los elementos política y

¹⁹Hasta este momento tanto la “bio” como la “anatomopolítica” eran leídas a la luz de la famosa fórmula del militar prusiano Carl von Clausewitz, que puede enlazarse con la “relación de enemistad” que hemos mencionado en la nota al pie n° 11. Retomaremos este punto más adelante.

económicamente “deseables” y sobre todo los “peligros” que ciertos fenómenos, cuerpos y poblaciones pueden traer consigo, más que de “normalizarlos” mediante una intervención directa sobre el cuerpo²⁰.

1.2. La *ratio* gubernamental liberal y los dispositivos de seguridad

Una vez revisadas las dos primeras formulaciones del concepto de biopolítica, así como las razones por las cuales a partir de 1970 Foucault deriva su atención hacia una “historia de la gubernamentalidad”, podemos comenzar a caracterizar el “arte liberal de gobernar”. Sin embargo, creemos necesario subrayar, primero, un elemento que resulta de sumo interés para este escrito, y que hemos anticipado someramente en el apartado anterior: se trata de lo que el filósofo llama “nominalismo metodológico”, consistente en trabajar sobre el supuesto de que “los universales no existen”, es decir, en dejar de lado las nociones²¹ - especie de “objetos dados”-, de los que parte la sociología, la historia y la filosofía política y, por el contrario, “pasar los universales por la grilla de las prácticas de gobierno” tal y cómo éstas se presentan. Sólo así, dirá, se hace posible comprender cómo se han convertido en “cosas dadas”, cómo se han naturalizado (2007, p.18). Será basándonos en este principio que podremos, de aquí en adelante, concebir nuestros “objetos” de análisis, es decir el Estado, el racismo, las tecnologías de poder sobre los cuerpos, entre otros, como productos de prácticas y procesos concretos, acontecidos en determinado momento histórico y no ya como entidades pre-existentes, estáticas, y eternas.

Siguiendo esta línea, Foucault trae a colación algunos elementos de su curso anterior²² en el que el precisamente el Estado, lejos de ser concebido como un “dato histórico natural”, aparece como el efecto de una serie de prácticas de gobierno que desde el siglo XVI se orientaron a constituirlo y mantenerlo como una realidad específica. Tras un extenso desarrollo de las mismas presentará una sentencia que, dirá, resume el paso a la “era de la razón gubernamental crítica” y que retomaremos en varios puntos de nuestra argumentación: “no gobernar demasiado” (2007, p.27). Éste será el criterio en función del cual el gobierno

²⁰Mientras el dispositivo disciplinario se centra en la corrección de las conductas, los de seguridad no operan con el código normal-anormal, permitido-prohibido, sino con la pareja aceptable-inaceptable (2010, p. 68), en términos de calculabilidad económica y política de elementos: he aquí la razón por la cual actuarán de forma indirecta, creando un “medio ambiente”, y a través de “acciones a distancia”.

²¹Como “la soberanía”, “el pueblo”, “el Estado”, etc, así como “la locura” y “la sexualidad” en los primeros trabajos de Foucault, orientados a hacer la historia de “lo que los ha producido” y no de sus “correlatos”.

²²*Seguridad, Territorio y Población*, dedicado a caracterizar la “Razón de Estado”, previa al liberalismo.

liberal diferenciará las acciones que deben realizarse de las que no, mientras que la economía política aparecerá no sólo como un instrumento intelectual encargado de estudiar la producción y circulación de riquezas, sino más bien como el método de gobierno por excelencia a cargo de asegurar la prosperidad de los Estados.

Ingresamos, pues, a un “gobierno económico” regido por la idea de los fisiócratas²³ de que el poder político debe carecer de limitaciones a menos que estas surjan de sí mismo. La economía aparecerá de aquí en adelante como “una especie de continuidad del poder total y absoluto del monarca” (2007, p. 32) aunque, lejos de reflexionar sobre los derechos originarios en los que se basaría la legitimidad del gobierno, examinará la regularidad (inteligible, necesaria y “natural”) que supuestamente exhiben los fenómenos y procesos político-económicos. A la luz de tal regularidad serán evaluadas -a su vez- las prácticas de gobierno: si éstas respetan esas “leyes naturales”²⁴, espontáneas, serán “exitosas”; de lo contrario, traerán consecuencias negativas. Estamos, según Foucault, ante la emergencia de la “cuestión de la verdad”²⁵, de cierto “régimen de verdad” con el cual habrán de acoplarse una serie de prácticas para dar lugar al Estado moderno. Tras un exhaustivo rastreo de la conocida expresión “*laissez-faire*” (que acabó por convertirse en el principio central de la razón liberal en materia económica), Foucault concluirá la primera clase del curso definiendo al liberalismo como “una de las formas de gubernamentalidad moderna, caracterizada por darse a sí misma límites intrínsecos, formulados en términos de veridicción, en lugar de chocar con fronteras formalizadas por jurisdicciones” (2007, p.40).

A raíz de esto, en la segunda clase del mismo curso Foucault volverá sobre esta “Razón del menor Estado”: este “gobierno frugal”, dirá, presenta una serie de paradojas, tales como el hecho de que produce una práctica gubernamental de profunda (pero más “sutil”) injerencia en la vida de los gobernados. ¿Cómo conjuga el “gobierno mínimo” estas intromisiones del poder público, con el respeto por la libertad de mercado y el principio de supuesta no-intervención? Foucault presentará dos vías históricas de solución, surgidas a principios del siglo XIX, de entre las cuales retomaremos sólo la “utilitarista”, dado que es la que acabará por enlazarse con la nueva *ratio* gubernamental: la esfera de intervención del gobierno ha de definirse preguntando a cada práctica e institución si resulta “útil” en relación

²³La fisiocracia -surgida a mediados del siglo XVIII- suele considerarse la primera escuela sistemática de pensamiento económico. Sostiene la idea de que existen leyes naturales que hay que cuidar de las intervenciones del Estado a fin de garantizar un óptimo funcionamiento del sistema económico.

²⁴Fenómenos poblacionales” como el desplazamiento en busca de salarios más altos, por ejemplo, tendrán aquí el estatus de “leyes de naturaleza”. Volveremos sobre este punto en el próximo apartado.

²⁵Los antiguos “consejeros del príncipe” serán reemplazados por “expertos económicos” que informarán al gobierno sobre estos mecanismos naturales que determinan cuánto es preciso gobernar (2007, p. 37).

con sus objetivos y recursos entre los que se encuentra -como hemos visto- la población. He aquí la razón por la cual las nociones de “utilidad” e “intercambio” (en el seno del mercado) devienen ejes vertebradores del liberalismo, ambos englobados en la categoría general de “interés”: estamos, pues, ante el “juego complejo entre intereses individuales y colectivos, utilidad social y ganancia económica; equilibrio de mercado y régimen de poder público, derechos fundamentales e independencia de los gobernados” (2007, p.65).

El gobierno será, por tanto y de aquí en adelante, aquello que “manipula intereses”²⁶. Mientras que, como hemos visto, el soberano tenía un influjo legítimo y directo sobre las cosas, las tierras y los súbditos, en esta nueva razón gubernamental el poder público sólo podrá intervenir sobre los individuos, sus actos, sus palabras, su propiedad, sus derechos, en definitiva, su vida, en la medida en que cualquiera de esos fenómenos, objetos o sujetos reporten cierto interés para el resto de los individuos, o la colectividad. Emerge, en este punto, la pregunta central del liberalismo: “¿cuál es el valor de utilidad del gobierno y de sus acciones en una sociedad donde lo que determina el verdadero valor de las cosas es el intercambio?” (2007, p. 67).

En la tercer clase del curso, y última que traeremos a colación en este apartado, el autor resumirá la *ratio* liberal en tres rasgos centrales que, consideramos, bastan para comprenderla como un fenómeno mucho más general que una pura doctrina económico-política: a la veridicción del mercado²⁷ y la limitación por el cálculo de la utilidad gubernamental (a las que ya hemos referido), sumará la posición de Europa como región de desarrollo económico ilimitado con respecto a un mercado mundial. Este último punto resulta de suma importancia, debido a que guarda una estrecha relación con nuestro próximo capítulo: fue a la luz del principio de “libre competencia” que surgió la necesidad de reactivar el “antiguo principio imperial”, aunque no ya al modo napoleónico, sino más bien en base a la idea del “enriquecimiento mutuo” de los Estados europeos, de un fortalecimiento “en bloque”, regional, que decantó en una “nueva idea de Europa” como sujeto económico colectivo que habría de avanzar hacia un “progreso económico ilimitado” (2007, p. 74).

Esta concepción será fundamental para el liberalismo y, como veremos en lo sucesivo, para nuestra argumentación: en vistas a tal enriquecimiento, Europa producirá una

²⁶Retomaremos este punto a continuación y veremos sus derivas en el próximo apartado

²⁷El regulador de este “gobierno mínimo” será el mercado, erigido, como vimos, en “tribunal” ante el cual se evaluará la atinencia o no de las prácticas de gobierno, y de hecho, si se trata de un “buen gobierno” o no. El mercado, a su vez, sólo podrá formular su verdad, lo que los fisiócratas llaman “precio natural” (establecido por la “competencia libre entre naciones” y que expresaría una “relación adecuada” entre costo y demanda) si se lo deja actuar con la menor cantidad de intervenciones posibles (2007, p. 50).

“mundialización del mercado”²⁸ que la erigirá como un ámbito que debe tener el mundo por mercado indefinido. Tal apertura de un mercado mundial, como es de esperar, trajo aparejada toda una diferencia de “naturaleza y estatus” entre Europa y el resto del planeta. Emerge en este punto uno de los rasgos fundamentales del arte liberal de gobierno: si bien es claro que no estamos ante los inicios de la colonización, históricamente anterior, sí se trata del comienzo de un “nuevo tipo de cálculo planetario en la práctica gubernamental europea” materializado en una serie de proyectos, tales como los de “paz perpetua” y organización internacional (2007, p. 75).

De la amplia digresión de Foucault al respecto retomaremos el planteo de Kant²⁹, consistente en que ha sido la “naturaleza” la que hizo (y “quiso”) que los hombres se distribuyeran en el mundo en regiones distintas, y tuvieran entre ellos relaciones privilegiadas que no tendrían con los habitantes de las demás zonas. Este precepto “natural” habría sido retomado por los hombres en términos de derecho internacional, al construir Estados separados unos de otros y vinculados entre sí mediante una serie de relaciones comerciales que atraviesan las fronteras estatales. Tal “espíritu comercial”, que describe como “incompatible con la guerra” y como algo que “tarde o temprano se apodera de cada pueblo”, será leído como garantía de la “paz perpetua” asociada directamente a la “planetarización comercial”³⁰ (2007, p. 78).

Ahora bien, ¿Qué lugar ocupa la “libertad” en el liberalismo, más allá de lo dicho acerca del libre mercado? Ésta, dirá Foucault, constituye (tal y como hemos visto al hablar de la idea de gobierno como “dirección de la conducta”) un elemento central. Sin embargo, advierte, esto no significa que haya que deducir de los principios fisiocráticos o del famoso “*laissez-faire*”, que el liberalismo -como suele pensarse- permite a los individuos “actuar como quieran”, ni que los gobiernos liberales son menos autoritarios, más “laxos” y “tolerantes” o que permiten “más libertad”³¹. Esto se debe, en primer lugar, a que dado que en este contexto gobernar equivale a conocer de un modo preciso todo lo que sucede en la

²⁸Para ver la influencia de estos procesos en la formación del Estado Moderno argentino en clave biopolítica-liberal véase Díaz, Martín (2016), *Vidas negadas. Una genealogía de la construcción de la otredad en Argentina moderna y sus derivas en el presente*, texto al que referiremos en el próximo apartado.

²⁹Presentado en *La paz perpetua* (1795), texto en el que el carácter ilimitado y sin fronteras del mercado externo aparece como garante de tal paz indefinida, en tanto dictamen de la “Naturaleza”.

³⁰Foucault subraya que con las ideas de los fisiócratas, Adam Smith, Kant, y los juristas del siglo XVIII se abre la era de un nuevo cálculo político a escala internacional, en el que Europa toma una posición privilegiada respecto a otras zonas del mundo. Retomaremos este punto en relación con el pensamiento post-colonial de Mbembe, así como en la caracterización del neoliberalismo que presentaremos a continuación.

³¹Además, la “libertad”, al igual que el Estado, la sexualidad, etc, no es un universal, ni algo cuantificable: es más bien “una relación actual entre gobernantes y gobernados” (2007, p.84).

sociedad y el mercado, el foco está puesto más en la “evidencia” arrojada por los análisis económicos que en las libertades fundamentales de los individuos (2007, p. 82).

En segundo lugar, y en función de lo anterior, Foucault se preguntará: ¿acaso es posible, entonces, proclamarse “más libre” en el seno de un poder que toma a su cargo de forma continua el bienestar de los individuos, su salud, su trabajo, su manera de ser, de comportarse y hasta de morir? Estamos, responderá, ante un arte de gobierno que es más bien “consumidor de libertad”, que opera generando las condiciones para que los gobernados “sean libres”, al tiempo que estimula una serie de limitaciones, obligaciones e intervenciones gubernamentales que “amenazan” con limitar y destruir esa libertad. He aquí el contexto en que surgirán los “dispositivos de seguridad”, orientados a calcular los costos (políticos y económicos) que acarrea tal fabricación permanente de libertades, así como hasta qué punto los intereses individuales constituyen un “peligro para el interés de todos”³² -y viceversa-, así como a evitar y cubrir las “pérdidas” relacionadas -como vimos- con los accidentes, las enfermedades y la vejez: tal juego entre libertad y seguridad constituye el corazón mismo del liberalismo (2007, p.86).

En relación con esto último, Foucault observa que a diferencia del tipo de protección que el soberano debía brindar a sus súbditos ante amenazas -externas o internas-, estamos ahora ante un poder que oficia de “administrador” y “árbitro” permanente de la libertad, lo cual se debe a que -como señalamos- no deja de crear, simultáneamente, los mismos peligros que la amenazan. Tal “soberanía biopolítica”, dirá, decanta en el “correlato psicológico y cultural” del liberalismo: la “cultura del peligro” (2007 p. 87), en el seno de la cual los individuos experimentarán su vida, su presente y -sobre todo- su futuro a la luz de las nociones de “riesgo” e “incertidumbre”.

Ahora bien, aunque -como anticipamos- el despliegue de ciertos dispositivos (aquí los de seguridad) no hace desaparecer completamente a las técnicas precedentes (por caso las de encierro)³³, sí es cierto que a partir de ahora la intervención sobre la “mecánica natural” de los comportamientos no se limitará ya a una acción directa sobre los cuerpos. Tal intromisión habrá de combinarse con una “gestión”³⁴ de los mismos mediante una “acción a distancia”,

³²Trataremos el tema de la “economía del riesgo” en nuestro repaso por la sección de *Nacimiento de la biopolítica* dedicada al neoliberalismo estadounidense, al que referiremos en el próximo apartado.

³³Tratada por primera vez en *Vigilar y castigar* (1975), profundizada en *El poder psiquiátrico*, curso dictado entre 1974 y 1975, y en gran parte de su obra posterior.

³⁴Repárese en el uso de este término, central para nuestra argumentación desde el título en adelante.

esto es sobre el “medio ambiente” en el que estos viven³⁵. Un gobierno liberal será, por tanto, aquel que produzca tal “espacio de seguridad” (arquitectónico, urbanístico, sanitario) y que - en segundo lugar- tome a cargo los hábitos y costumbres de los sujetos mediante, precisamente, tal intervención sobre sus condiciones vitales de existencia.

Así, el liberalismo habrá de dirigir los temores, prejuicios, exigencias, expectativas, opiniones, intereses y sobre todo los deseos de los gobernados, pero dejando siempre un supuesto margen a su “iniciativa individual”, fomentando su “actividad independiente” y estimulando -principalmente- su capacidad de movimiento³⁶, en lugar de hacerlo mediante el impedimento o disciplinamiento de sus acciones. He aquí el principio de la libertad que, como vimos, viene de la mano con la noción de gobierno como conducción de la conducta. El arte liberal de gobernar fomentará cierto tipo de circulaciones y calculará el nivel de peligro que estas podrían traer a la estabilidad del Estado, del conjunto de la población, de las finanzas públicas, de la democracia, etc., y se abocará a mantener tal “tasa” de peligrosidad dentro de un índice medio “aceptable”. En base a lo dicho hasta aquí es posible afirmar que el liberalismo sólo logra romper con las viejas tecnologías del poder soberano garantizando y gestionando tal esfera de actuación donde los individuos puedan escenificar y perseguir sus “propios” intereses y deseos los cuales, se cree, decantarán -si se los “deja actuar”- en un “interés general” y coincidirán con los objetivos gubernamentales.

Quisiéramos concluir esta sección volviendo a la advertencia de Foucault presentada en la introducción (y ligeramente retomada en estos primeros subapartados): si bien puede parecer que en las sociedades actuales ciertos mecanismos de poder han sido “reemplazados” definitivamente por otros, no hay que perder de vista que hoy estamos, más bien, ante un “triángulo de soberanía, disciplina y gestión gubernamental”, marcado, sin embargo, por una preeminencia de los dispositivos de seguridad (2006, p. 135)³⁷. Tal afirmación atravesará transversalmente los próximos capítulos de nuestra argumentación, así como la idea de que al adoptar una perspectiva foucaultiana de análisis es necesario abandonar cualquier tipo de lectura lineal, etapista, que nos conduzca a una comprensión de los procesos en términos de cortes y comienzos tajantes de “nuevas eras”. Estamos, más bien, ante el desafío de dar

³⁵Que van desde la modificación del agua y el aire, hasta los “condicionamientos geográficos y raciales” que, dentro de esta lógica, impedirían el “comportamiento económico” de los individuos. Volveremos sobre este punto en el segundo capítulo, dedicado a la noción de “necropolítica” y sus derivas.

³⁶Estamos ante el famoso “*Laissez-faire, laissez passer*”: no codificará sus movimientos, los gestionará; no reprimirá sus deseos, gobernará sus “flujos”; no reglamentará sus actividades económicas, las dejará actuar.

³⁷Esto es posible en tanto la metodología foucaultiana propone sustituir la “lógica dialéctica”, que hace intervenir términos “contradictorios” en el elemento de lo homogéneo, por una de la “estrategia”, orientada a la conexión de lo heterogéneo (que permanece heterogéneo) y no a su homogeneización (2007, p.51)

cuenta de la naturaleza de cada una de las tecnologías, dispositivos y estrategias que componen, yuxtapuestas, el complejo funcionamiento del poder, a fin de pensar, analítica y estratégicamente, en las formas más efectivas de hacerles frente una por una.

1.3 El arte neoliberal de gobernar y las sociedades de control

Si bien, como hemos mencionado en la introducción de este trabajo, son numerosos los análisis críticos acerca del neoliberalismo propuestos en el campo de las ciencias humanas y sociales contemporáneas, retomaremos aquí el efectuado por Foucault en *Nacimiento de la biopolítica* (2007). Esto se debe a que pretendemos seguir el derrotero de su proyecto de “historia o analítica de la gubernamentalidad” iniciado -como hemos señalado en el apartado anterior- en *Seguridad, Territorio y población*. Teniendo en cuenta que como vimos, el objetivo del filósofo en ambos cursos consiste en rastrear el rol fundamental que comienza a jugar la libertad en las tecnologías de conducción de la conducta de los gobernados (desplazando -en cierto modo- a su mera dominación por la fuerza), retomaremos sus análisis acerca del modo en que tanto el liberalismo como el neoliberalismo crean “modos de existencia” en los que el “consentimiento” de los sujetos acaba operando como creador de las “condiciones de aceptabilidad”³⁸ de los estados de dominación e inequidad.

En el primer subapartado de esta sección, por tanto, presentaremos algunos de los elementos centrales del diagnóstico foucaultiano de la racionalidad política contemporánea³⁹. En segundo lugar, desarrollaremos algunas de las líneas principales del análisis de Gilles Deleuze quien, en su célebre “Postscriptum a las sociedades de control” (2006), retoma y profundiza las conclusiones de Foucault en lo referido a la transformación de las tecnologías de poder que trajo consigo el pasaje (siempre paulatino y nunca tajante y taxativo) de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control.

Hemos de culminar este apartado y, con él, este primer capítulo, trayendo a colación algunas de las reflexiones acerca del presente global desarrolladas por Félix Guattari en *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares* (2004), así como ciertos elementos propuestos por Martín E. Díaz (2016), que nos permitirán analizar las derivas del neoliberalismo en nuestro escenario continental y nacional.

³⁸Expresión pronunciada por primera vez por Foucault en su conferencia *¿Qué es la crítica?* de 1978

³⁹Nacida tras la segunda guerra mundial, particularmente en Alemania y Estados Unidos.

1.3.a. Diagnóstico foucaultiano

En su clase del 24 de enero de 1979, Foucault presenta una reflexión que nos servirá de disparador para comenzar con esta caracterización: en el seno de la *ratio* liberal surgieron una serie de mecanismos de intervención del Estado sobre el mercado y la economía que, al contrariar los principios del “gobierno mínimo” o “frugal”, fueron leídos como “amenazas de un nuevo despotismo” y, por tanto, como síntomas de una “crisis de gubernamentalidad” entendida, a su vez, como el detonante de “nuevas evaluaciones, estimaciones y proyectos en el arte de gobernar (2007, p. 93).

Tras esta afirmación, el filósofo advierte que dará un salto de dos siglos, del liberalismo del siglo XVIII al del XX, debido a que -lejos de procurar mostrar una historia global, general y continua del mismo- pretende dar cuenta de las formas que éste asume hoy: caracterizará, por tanto, sus dos vertientes principales (la alemana y la estadounidense) y señalará la existencia de una serie de “puentes” entre ellas, tales como adversarios doctrinales comunes⁴⁰, personajes, teorías y escritos afines, tales como algunos economistas de la Escuela de Friburgo⁴¹ (también llamados “ordoliberales” o “liberales del orden”). En este punto, Foucault referirá también a la denominada “Sociedad *Mont-Pélerin*”⁴² y a su antecedente, el Coloquio Walter Lippmann -realizado en París en 1938-, reuniones cruciales en las que se esbozaron los principales lineamientos de esta *ratio* gubernamental.

Ahora bien, ¿qué es el neoliberalismo? Foucault comenzará por la “vía negativa”, diciendo que no se trata de un cálculo político (a pesar de estar íntegramente atravesado por uno), ni de una ideología (aunque lo conformen una serie de ideas y principios de análisis), así como tampoco -como suele decirse con frecuencia- de un mero “resurgimiento” del liberalismo clásico: estamos, más bien, ante una radical y “nueva programación de la gubernamentalidad liberal” (2007, p.116). Esto se debe, en primer lugar, a que mientras que el problema de los fisiócratas del siglo XVIII consistía -como vimos- en cómo limitar la incidencia del Estado sobre el libre mercado, el del neoliberalismo alemán será, en pleno contexto de posguerra, el opuesto: ¿cómo crear, hacer funcionar y legitimar un Estado

⁴⁰Tales como el economista británico J. M. Keynes y sus políticas intervencionistas, así como todos los proyectos de economía dirigida y planificada levantados contra el liberalismo entre 1925 y 1930 (el *New Deal* en EE.UU, las políticas inglesas de Churchill, el nazismo, la URSS) y las “economías nacionales” (los nacionalismos en general) (2007, p.122). Volveremos sobre esto con Guattari, respecto del predominio actual de economías transnacionales sobre los capitalismos territorializados o dependientes de los Estados-Nación.

⁴¹Su mayor exponente será Frederick Von Hayek por vincular al neoliberalismo alemán con el estadounidense.

⁴²Creada en Suiza en 1947, y conformada por Hayek, Von Mises, Röpke y Milton Friedman, entre otros. Para profundizar acerca de la formación y derivas teórico-político-económicas de la misma, véase Dávalos, Pablo (2013) “El proyecto político de la Sociedad del Monte Peregrino. Distopía y violencia neoliberal”.

partiendo de la libertad económica? Tal libertad, por tanto, será erigida como “creadora del derecho público”, así como de un “consenso político permanente”⁴³, a la luz del cual todos los “agentes de los procesos económicos (inversores, obreros, empleadores, sindicatos, etc.) aparecerán como “socios” (2007, p.121).

El libre mercado, por tanto, se develará allí como un mecanismo que vincula políticamente, que pone de manifiesto lazos políticos: he aquí la razón por la cual -de aquí en adelante- un “buen gobierno” será aquel que refuerce sin cesar ese consenso fundador del Estado, centrado en el principio del crecimiento económico, para el cual la historia y la memoria no revestirán centralidad alguna⁴⁴”(2007, p.108). Vemos cómo se va materializando el interés de Foucault por la articulación entre libertad y poder, en este caso entre la “libertad de los socios económicos” y su capacidad de fundar la legitimidad de un Estado. Ahora bien, ¿es acaso posible tal propósito de organizar y reformar la sociedad y el Estado en base al principio, forma y modelo de una economía de mercado?

Foucault comenzará a responder este interrogante, enumerando las diversas modificaciones que los ordoliberales realizaron a los principios fundantes de la doctrina liberal clásica. En primer lugar, y teniendo en cuenta que gobernar ya no equivale sólo a conocer las “leyes del mercado” sino también a dirigir las conductas de los gobernados, destacará el hecho de que las teorías elaboradas entre 1935 y 1959 por los “liberales del orden” fueron más allá del ámbito de la economía e incidieron fuertemente en las esferas de la reflexión política y sociológica de su tiempo. Un significativo ejemplo de esto será que lograron condensar todos los análisis y críticas tradicionales a la sociedad burguesa, su burocracia, su mal funcionamiento en una “teología negativa del Estado como mal absoluto”: a partir de aquí, dirá, todos los “efectos destructivos” anteriormente asociados a la economía de mercado serán atribuidos al primero y a sus “defectos intrínsecos”, a su propia racionalidad⁴⁵. Tal “fobia al Estado” reforzará, por tanto, la idea de que la economía de libre mercado debe de regular su funcionamiento y acciones de principio a fin (2007, p.148), el proyecto de un Estado bajo la absoluta vigilancia del mercado.

⁴³Noción emparentada con la de “consentimiento”, central para los procesos que pretendemos analizar.

⁴⁴Escapar a las “restricciones del historicismo” fue una de las reivindicaciones centrales de los ordoliberales, materializada -por ejemplo- en el planteo de K. Popper, acérrimo defensor de esta programación gubernamental, en *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945). Veremos a partir del próximo capítulo cómo el rechazo de una indagación histórica que permita rastrear la emergencia de ciertos estados de cosas, especialmente de dominación o inequidad creará, entre otros factores, las “condiciones de aceptabilidad” de la muerte en el neoliberalismo. Lo retomaremos también en el último capítulo sobre las resistencias a la racionalidad neoliberal.

⁴⁵Veremos en el último capítulo las implicaciones de este tipo de críticas al Estado, y las posibles mutaciones de las que éste puede ser objeto en pos de una ampliación de las redes de la politicidad en el presente.

Ahora bien, uno de los principales corrimientos del neoliberalismo respecto de los proyectos liberales tradicionales consiste en que el principio rector de tal mercado no será ya el del “intercambio” (que aparecerá aquí como una situación primitiva y ficticia) sino el de la “competencia”, que se erigirá como reguladora del mercado y de la sociedad en general. He aquí la razón por la cual ya no se buscará un reparto equitativo entre los participantes sino, por el contrario, la “desigualdad” entre los agentes como condición de posibilidad del funcionamiento de los procesos. Podemos comenzar a contemplar la importancia que reviste este asunto para nuestra argumentación que, sin embargo, retomaremos más adelante dado que creemos necesario, por el momento, conectarlo con el que consideramos el punto central de ruptura entre ambos liberalismos: el principio de competencia al que referimos, dirá Foucault, no puede ni se debe extraerse del “*laissez-faire*” como suele pensarse, dado que esto implicaría caer en lo que llama “ingenuidad naturalista”, consistente en tomar al mercado como una especie de “dato de la naturaleza”, que se produce espontáneamente y que, por ende, el Estado debería respetar (2007, p. 152).

Para los neoliberales, por tanto, la competencia -lejos de ser un “fenómeno natural” o un “dato primitivo”- constituirá un mecanismo con características formales específicas. Será entendida, incluso, como una especie de “principio normativo” que -a lo sumo- se puede pretender emular. Tal “juego formal entre desigualdades”, dirá Foucault, sólo producirá los efectos deseados si se respeta su estructura interna y si se cumplen una serie de condiciones previa, cuidadosa y artificialmente establecidas. Así, pues, se redefinirá la relación entre el Estado y el mercado, dado que éste último no será ya aquel espacio “dado” que el gobierno debería “dejar libre”, sino más bien un ámbito meticulosamente producido por una gubernamentalidad “indefinidamente activa”, en la que el gobierno de las poblaciones y el de la economía de mercado habrán de superponerse completamente (2007, p. 153).

A la luz de lo dicho hasta aquí vemos cómo la idea, sumamente difundida, de que el neoliberalismo “radicaliza el principio de no-intervención”, o de que se caracteriza por propiciar una “retirada del Estado”, es aquí severamente puesta en cuestión. Esta *ratio* gubernamental opera más bien una reconfiguración de las funciones y esferas de intervención del mismo, que decanta -por el contrario- en una política de vigilancia e intervención jurídica permanente. Pues bien, ¿en qué se diferencia, entonces, de una economía intervencionista y planificadora a la Keynes? La cuestión, dirá Foucault, no reside tanto en la cantidad de intervenciones que produce, sino más bien en la naturaleza de las mismas: el neoliberalismo ya no diferenciará los ámbitos que “puede tocar” de los que no, sino que se preguntará, más bien, “cómo tocarlas”. He aquí el problema de la “manera de actuar del gobierno” o “estilo

gubernamental” (2007, p. 161) que el filósofo francés explicará en extenso mediante tres ejemplos que exhiben algunos de los rasgos centrales del arte neoliberal de gobierno.

El primero de ellos será el fenómeno del monopolio: éste, lejos de constituir -a los ojos de los neoliberales- un efecto inevitable de la competencia (dado que sus mecanismos internos impedirían tal formación) será leído como producto de la intromisión de poderes públicos en la economía. Una vez más, como vimos, volcarán la responsabilidad en el Estado y, al mismo tiempo, decretarán que -de aquí en más- las intervenciones gubernamentales pertinentes serán aquellas que jamás actúan directamente sobre los mecanismos de la economía de mercado, sino más bien sobre sus “condiciones de existencia”, sobre lo que llaman “marco”. Tales medidas, lejos de utilizar instrumentos de planificación (como fijación de precios, creación sistemática de empleo⁴⁶, inversión pública, etc.) abarcarán todas aquellas variables que no surgen de manera “espontánea” en la vida económica, pero que la determinan o bien sufren sus efectos (2007, p. 172). Tal es el caso de los “recursos naturales”⁴⁷, los datos geográficos, las clases y grupos sociales, sus conocimientos técnicos y científicos, sus modos de organización política y jurídica, sus estructuras mentales, etc.

En este punto, comienza a cobrar sentido y fuerza lo que hemos planteado hasta aquí acerca de la gubernamentalidad y los nuevos objetivos que persiguen las prácticas de gobierno. En el caso del neoliberalismo, dirá Foucault, éstos se identificarán con la integración progresiva de toda forma de vida y de todos sus aspectos a la economía de mercado. Así, a la hora de inscribir cierto ámbito de actividad humana -por caso la agricultura- dentro de los mecanismos del mercado, el Estado debería actuar sobre la población rural (reduciéndola mediante la estimulación de migraciones en el caso de ser demasiado numerosa)⁴⁸, sobre el plano técnico (poniendo a disposición de la gente una serie de herramientas de “perfeccionamiento” de la actividad)⁴⁹, sobre el clima, y -sobre todo- al nivel del régimen jurídico de las explotaciones (es decir sobre las leyes de propiedad,

⁴⁶Los neoliberales sostienen que no se debe intervenir directamente sobre la desocupación, dado que el “pleno empleo” no es ni un ideal político, ni un principio económico al que aspirar: es beneficioso para la economía que haya un “índice flotante de desempleo” (2007, p. 171).

⁴⁷A partir de aquí reemplazaremos esta expresión por “bienes comunes de la naturaleza”, para evitar sus derivas neoliberales y extractivistas. Volveremos sobre esto a la luz de los planteos de Federici (2013)

⁴⁸Acerca de la ola de suicidios de agricultores en India entre 2011 y 2012 por la concentración de las semillas a manos de Monsanto, sumada a las enfermedades, migraciones forzadas del campo a la ciudad, el despojo del derecho de propiedad de la tierra, endeudamiento, etc. léase a la pensadora ecofeminista Vandana Shiva (2013).

⁴⁹Se trata de lo que Boaventura de Sousa Santos (2010) denomina “epistemicidio”: la destrucción de los conocimientos propios de los pueblos en pos de su integración a los mecanismos del mercado. Veremos con Federici intentos neoliberales de arrasar con las “economías de subsistencia” en función del mismo objetivo.

tenencia, herencia y locación de las tierras)⁵⁰. Estamos ante lo que los neoliberales llamarán “organización de un orden de mercado” u “orden de competencia” (2007, p.174).

Un segundo ámbito de intervención definido por la *ratio* neoliberal, y que constituirá uno de los puntos centrales de la caracterización foucaultiana de la misma, será el de la política social. Mientras que para la “economía de bienestar” ésta constituía un “contrapeso” de los procesos económicos “salvajes” que multiplican la desigualdad, al aspirar a una distribución relativamente equitativa en el acceso a los bienes de consumo, en el seno del ordoliberalismo será leída exactamente a la inversa. Si una política social quiere integrarse a una política económica y no destruirla, no podrá orientarse a tal distribución, debido a que - como vimos- el mecanismo de la competencia no funciona por igualación sino, por el contrario, gracias a un juego de diferenciaciones. Será preciso, entonces, que haya “algunos que trabajen y otros que no, (...) salarios grandes y pequeños, que los precios suban y bajen, para que las regulaciones actúen” (2007, p. 176). Una política social debe, por tanto, dejar actuar a la desigualdad y garantizar a aquellos que se encuentran en una situación de “subconsumo”, a quienes “de modo definitivo y no pasajero, no puedan asegurar su propia existencia”, no el mantenimiento de un poder adquisitivo, sino un “mínimo vital”. Debe pues, “mantenerlos con vida” (2007, p. 177)⁵¹.

Salta explícitamente a la vista la importancia de estas afirmaciones para nuestra argumentación, sobre todo en lo relativo a la noción de “gestión gubernamental” como la nueva forma en que el poder toma a cargo la vida: gobernar, en el seno del neoliberalismo, implicará “gestionar” estos cuerpos, calcular mediante los dispositivos de seguridad los riesgos y costos que podría traer consigo esta función de “mantenerlos con vida”. Ahora bien ¿cuál es el objetivo perseguido por esta razón gubernamental al garantizar tal “mínimo vital”, si sus depositarios no habrán de integrarse jamás a los circuitos de la economía de mercado ni como agentes productivos, ni como consumidores?

Volveremos luego sobre esta cuestión, aunque por ahora nos limitaremos a dar cuenta de un segundo elemento de la política social neoliberal: la privatización. En este contexto, postula Foucault, ya no se exigirá a la sociedad entera que proteja a las personas contra los riesgos: se demandará a la economía que garantice que estas tengan ingresos lo bastante altos

⁵⁰En Argentina son numerosos los ejemplos de estas intervenciones jurídicas, tales como el acuerdo firmado en 2013 entre las empresas YPF y Chevron en pos de la aplicación del método de Fractura Hidráulica en el sur del país (en el asentamiento petrolífero llamado “Vaca Muerta”) y los convenios establecidos con Monsanto, Barrick Gold y demás empresas extranjeras y transnacionales.

⁵¹Clara Valverde encabeza su texto, que comentaremos en el próximo capítulo, citando las declaraciones de la directora gerente del FMI en 2014, Christine Lagarde: “hay que bajar las pensiones por el riesgo de que la gente viva más de lo esperado” (2015, p. 19).

para poder “autoasegurarse” contra (como hemos visto) la vejez y la muerte⁵², así como para “autogarantizarse” el acceso a la propiedad privada. El neoliberalismo, por tanto, pedirá a cada individuo que se “capitalice”: en lugar de “colectivizar” los mecanismos de protección mutua opera una “individualización de la política social”. En este sentido, Foucault termina por afirmar que la verdadera y fundamental política social neoliberal es el crecimiento económico: he aquí la razón por la cual el programa de los ordoliberalistas recibió el nombre de “economía social de mercado”⁵³ (2007, p.178).

Creemos necesario cerrar este subapartado reforzando algunos de los puntos que hemos presentado en pos de derribar ciertos “mitos” e “interpretaciones apresuradas” que rondan al neoliberalismo. En primer lugar, hemos aclarado que no es en absoluto paradójico que éste desarrolle una intervención gubernamental intensiva, que no es ni “menos densa, ni menos frecuente, activa y continua que en otro sistema” (2007, p. 179). Esto se debe a que, como vimos, no se trata de una mera profundización del “gobierno económico” al que aspiraban los fisiócratas (basado en el reconocimiento de las leyes de la economía) sino más bien de un “gobierno de sociedad”, el cual necesita multiplicar los mecanismos competitivos a cada instante y en cada punto del espesor social⁵⁴ en pos de la “autorregulación” de los individuos (2007, p.180).

Ahora bien, será precisamente teniendo en cuenta que -como vimos- la lógica del intercambio de bienes y mercancías ha dejado lugar a la dinámica de la competencia que Foucault rechaza la conclusión -muy difundida- de que asistimos hoy a una profundización de la “sociedad de masas” centrada en el consumo, el espectáculo, la velocidad y en la que el valor de cambio constituye el principio de comunicación de los individuos entre sí y de circulación de las cosas. La lógica que rige hoy las relaciones entre las personas, de éstas con el Estado y las instituciones e incluso de cada uno consigo mismo, no responde ya modelo “mercantil” que fue objeto de crítica de Marx en el primer libro de *El capital* y de otros muchos de sus contemporáneos.

Pues bien, ¿qué forma asumen las relaciones sociales, laborales, institucionales en este contexto? El neoliberalismo, postula el Foucault, opera mediante la construcción de una trama social en la que las “unidades básicas” (que van desde la propiedad privada, pasando

⁵²Estamos ante una radicalización de los objetivos y principios de funcionamiento de los “dispositivos de seguridad” presentados en el apartado anterior.

⁵³Acerca de los debates entre los miembros de la *Sociedad Mont- Pélerin* sobre esta denominación véase Dávalos, Pablo (2013)

⁵⁴Veremos a continuación la afinidad entre esta propuesta y las de Deleuze y Guattari.

por la organización espacial-habitacional y las maneras de trabajar⁵⁵ hasta los modos de concebir los vínculos interpersonales) adoptan la forma de pequeñas empresas, las cuales habrán de generalizarse por difusión, multiplicación y diferenciación dentro del cuerpo social. Cobra aquí especial sentido lo que hemos dicho respecto del solapamiento del Estado y la economía social de mercado, dado que éste también aspirará -progresivamente- a funcionar en base a la lógica empresarial. El Estado, por tanto, no “desaparece”, sino que se transforma⁵⁶ en función del objetivo principal de la programación neoliberal (pergeñada - como hemos visto- a partir de 1930) y que se ha convertido hoy en la lógica de base de la mayoría de los gobiernos en los países capitalistas: hacer del mercado, de la competencia y de la empresa el “poder informante de la sociedad” (2007, p. 186).

En este modelo de “sociedad empresa”⁵⁷, por tanto, el verdadero agente del desarrollo será aquel sujeto empresario, emprendedor (dotado de un potente “espíritu pionero” y una gran capacidad de “innovación”) y su correspondiente contrafigura el sujeto “deudor” o “endeudado” (2007, p.184). El gobierno de los cuerpos, por tanto, parece no agotarse ya exclusivamente en la normalización, el encierro y el disciplinamiento, tal y como habían denunciado las críticas de principios del siglo XX. Tales estrategias -como hemos visto- se combinan hoy en torno a otra función preponderante: la de crear un “medio ambiente” (*milieu*) de “libertad”, en el que todos los seres humanos (sin importar su lugar de procedencia, sus condiciones socio-económicas ni su posición en la sociedad) estarían -supuestamente- en condiciones de incrementar su “capital humano”⁵⁸ mediante una conducta adecuada a los principios de movilidad y circulación permanente.

En este sentido, en su clase del 21 de marzo de 1979 dedicada al neoliberalismo norteamericano⁵⁹, Foucault reforzará la idea de que esta razón de gobierno (que necesita, como vimos, dejar en la sociedad cierto porcentaje de delincuencia, ilegalidad e irregularidad que acabaría por producir una “regulación espontánea” en el orden social) habrá de perpetuarse y autocontrolarse a través de sus propios agentes económicos y sociales, a los cuales hará asumir la responsabilidad de resolver los conflictos, contradicciones, hostilidades

⁵⁵Cuyo principal efecto es la “flexibilización laboral”, vinculada a la creación de la nueva clase de trabajadores “emprendedores”, que conduce a la “desmasificación” y “desproletarización”. En este sentido, véase las declaraciones de la vicepresidenta argentina Gabriela Michetti respecto del desempleo: “cada ciudadano deberá auto-generarse sus fuentes de trabajo, dado que el trabajo tradicional está desapareciendo”: <https://www.pagina12.com.ar/153045-la-particular-propuesta-de-michetti-frente-al-desempleo>.

⁵⁶Recordemos el principio de partir de que “los universales no existen”: el Estado no es una entidad estática, inalterable. Retomaremos esto en el último capítulo acerca de las posibles formas de la politicidad en el presente.

⁵⁷Véase Laval, C. y Dardot, P. (2013) *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*.

⁵⁸El economista estadounidense Gary Becker será uno de los exponentes de la “Teoría del capital humano” (1964) de la *Chicago School of economics* y del neoliberalismo norteamericano de mitad de siglo XX

⁵⁹Para profundizar en este punto véase Harvey, David (2007) *Breve historia del neoliberalismo*.

y luchas surgidas en su seno⁶⁰. Esto permitirá al poder, por tanto, intervenir lo menos posible y de forma más “discreta” -como hemos dicho- sólo al nivel del “marco” (2007, p. 302-303).

1.3.b. Del todo disciplinario a la serpiente neoliberal

Creemos oportuno comenzar este segundo subapartado retomando la siguiente afirmación del diagnóstico foucaultiano antes presentado: el neoliberalismo generaliza y difunde la forma-empresa por todos los poros de la sociedad, y el mercado y la competencia se convierten en el “poder informante”⁶¹ de la misma (2007, p. 186). Sobre esta base cobra sentido la idea de que actualmente las estrategias de poder sobre los cuerpos exceden los límites de las instituciones y aparatos del Estado, lo cual equivale a decir, con Deleuze y Guattari (2010), que el poder se “moleculariza”, se ancla en los estilos de vida y modos de existencia de los sujetos, en pos del objetivo de que estos se “autorregulen”. Gobernar, por tanto, equivale hoy a “hacer coincidir los propios deseos, esperanzas, decisiones y necesidades de los gobernados con tal objetivo gubernamental fijado de antemano” (Castro-Gómez, 2010, p. 13)

Dicho esto, podemos comenzar a presentar algunos de los puntos centrales del célebre texto de Deleuze (2006), dado que -como anticipamos- constituye una continuación y profundización⁶² del diagnóstico de Foucault, sobre todo en lo referido al “pasaje” de las sociedades disciplinarias a las de control⁶³. Tal transformación, recordemos, lejos de constituir un quiebre total y tajante, responde más bien al modo en que mutan y se consolidan, en general, todos los dispositivos de poder. Al entrar en contacto con nuevas fuerzas que se van produciendo lentamente, estos terminan por cristalizarse en un determinado contexto, en este caso (como vimos) luego de la segunda guerra mundial.

En este sentido es que el autor afirmará que “las sociedades disciplinarias son nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser” (2006, p. 277), razón por la cual todas sus instituciones (cárcel, hospital, escuela, familia, etc.) enfrentan hoy una crisis generalizada que

⁶⁰Más adelante veremos en profundidad las implicaciones de este imaginario, que ha de manifestarse, sobre todo en una culpabilización de los sectores más empobrecidos de la sociedad respecto de su propia condición.

⁶¹Consideramos que en la elección de este concepto por Foucault se vislumbra un gesto teórico importante de diferenciación con las nociones asociadas a las disciplinas tales como “uniformante”.

⁶²Según el mismo Deleuze, Foucault ya había advertido la actual crisis del modelo disciplinario y el advenimiento de las sociedades de control en una conferencia de 1978 titulada “¿Qué es el acto de creación?”.

⁶³Para profundizar acerca de este pasaje, véase Rose Nikolas (1997). “El gobierno de las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo” y Lazzarato, Maurizio (2010) “Nuevas formas de control” en *Políticas del acontecimiento*.

lleva, a su vez, a que ministros, legisladores y políticos anuncien constantemente las supuestas reformas⁶⁴ necesarias para cada una de ellas aún a sabiendas de que -más temprano que tarde- habrán de desaparecer.

Ahora bien, lejos de caracterizar a los mecanismos de control⁶⁵ comparativamente, a fin de determinar si son más o menos “duros”, “tolerables” o “flexibles” que los de encierro⁶⁶, Deleuze se dedicará a dar cuenta de la lógica en la que se funda cada uno. Así, mientras las instituciones disciplinarias se orientaban a moldear las subjetividades en función de la norma, los diferentes “controlatorios” -que forman un *continuum* multiplicado y disperso por todos los poros de la sociedad- operan por “modulación”: incluso el “tamiz” o molde cambia constantemente, dando lugar, por ende, a subjetividades igual de cambiantes⁶⁷ (2006, p. 278).

Otro rasgo a destacar consiste en que al interior de las sociedades de control la fábrica (que hacía de los individuos cuerpos sometidos a la vigilancia pero que, a su vez, conformaban una masa que los sindicatos podían movilizar en resistencia) será reemplazada (como vimos) por la empresa que instituye entre los individuos una rivalidad interminable, materializada en concursos, premios y omnipresentes posibilidades de ascenso a las cuales éstos habrán de aspirar indefinidamente. Mientras en la sociedad disciplinaria se “empezaba siempre de cero”, es decir, se pasaba de una institución a otra, en esta sociedad de control “nunca se termina nada”, dado que la empresa y la formación permanente son estados de “aplazamiento ilimitado”, en continua variación (2006, p. 279).

En este punto, Deleuze añade un elemento interesante: mientras que la biopolítica operaba, como vimos, una doble función (individualizante y masificante) que otorgaba a cada individuo una especie de número o “matrícula” que indicaba su posición en la masa, las sociedades de control privilegian las “cifras”. Ya no estamos, pues, ante el par individuo-masa: los individuos han devenido “dividuales” y las masas se han convertido en “indicadores, datos, mercados, bancos” (2006, p.280). Esto último -dirá- se expresa además en el dinero: mientras que en las de sociedades disciplinarias las monedas contenían una

⁶⁴Numerosos son los ejemplos de reformas en salud, educación, etc. establecidas por vía jurídico-legislativa, como de consignas de corte conservador levantadas por la población civil, p.ej. la negativa a la implementación de la ley de Educación Sexual Integral (n° 26.150) en las escuelas bajo el imperativo de “volver a la familia”.

⁶⁵Brazaletes electrónicos en lugar de cárceles, hospitales de día y servicios de atención domiciliaria en vez de hospitales, formación permanente y evaluación continua en vez de escuelas tradicionales y exámenes, etc.

⁶⁶Al igual que Foucault sugería no comparar al liberalismo con otros regímenes en función de la “cantidad de libertad” que permitía cada uno (nota al pie n° 30). Deleuze agrega que no es necesario apelar a la ciencia ficción para imaginar mecanismos de control que brinden a cada instante la posición de un elemento en un medio abierto (p.ej GPS y demás mecanismos de la era digital) e incluso de sometimiento voluntario de un individuo a una empresa (como vimos y profundizaremos a continuación).

⁶⁷Moldear es modular de manera definitiva, y modular es moldear de manera continua y perpetuamente variable. Deleuze extrae esta diferenciación de Simondon, Gilbert (2009). *La individuación*.

porción del patrón oro, en las de control éste remite más bien a intercambios fluctuantes y modulaciones en las que interviene, precisamente, una cifra. He aquí el momento en que el autor introduce la analogía que sirve de título a este subapartado: mientras el “viejo topo monetario es el animal de los centros de encierro, la serpiente monetaria es el de los mecanismos de control”. Hemos pasado de uno a otro, lo cual lleva al autor a afirmar que el “hombre del control” está constantemente “suspendido sobre una onda continua, surfeando la ola” (2006, p. 280).

Otro punto interesante señalado por el autor consiste en que así como las antiguas sociedades operaban con máquinas de “palanca, polea y relojes”, y las disciplinarias con “máquinas energéticas”, las sociedades de control emplean máquinas “informáticas” y ordenadores. Esto, dirá Deleuze, no se debe -sin embargo- a una mera “evolución tecnológica” sino, más bien, a una “profunda mutación del capitalismo”⁶⁸: el capitalismo de “concentración” (propio del siglo XIX) orientado a la producción y a la propiedad ha dado lugar a uno de “superproducción”⁶⁹, centrado no ya en la compra de materias primas, en la venta de productos terminados, ni en el montaje de piezas sueltas sino sobre todo en la venta de servicios y en la compra de acciones. He aquí la razón de que sea “esencialmente disperso”⁷⁰, y de que su funcionamiento óptimo no caiga exclusivamente en manos de algunos patrones propietarios y el Estado, sino en la articulación reticular de esa misma “empresa”, diseminada por doquier, que sólo tiene “gestores” (2006, p. 281).

Vemos surgir, una vez más, la centralidad de la noción de “gestión” (y sus derivados) como estrategia sobre los cuerpos en el presente. La gubernamentalidad neoliberal, en tanto dirección de las conductas, hace de todos y cada uno de los individuos -en tanto “socios de la economía”- parte fundamental de los mecanismos de poder y, por ende, de sus efectos, esto es, los estados de desigualdad, inequidad y dominación a los que haremos referencia puntualmente en el próximo capítulo. En relación con esto último, Deleuze agrega: hoy “el instrumento de control social es el marketing y en él se forma la ‘raza de nuestro dueños’” (2006, p. 281). Este control, a diferencia de la vigilancia en las instituciones de encierro que tenía una duración prolongada en el tiempo, se ejerce a corto plazo y mediante intervenciones fugaces aunque, a la vez, continuas e ilimitadas: los individuos ya no están encerrados, sino -

⁶⁸Véase *Foucault* (2015) de Deleuze, especialmente su “Anexo: sobre la muerte del hombre y del superhombre”

⁶⁹Hoy, agrega, el capitalismo no se centra en la producción dado que ésta, en sus “complejas formas textiles, metalúrgicas y petrolíferas”, es “a menudo relegada a la periferia tercermundista” (2006, p. 280). Retomaremos este punto de aquí en adelante al hablar de las particularidades que asumen estas formas de gobierno en determinados ámbitos geopolíticos, sobre todo teniendo en cuenta que escribimos desde tal “periferia tercermundista”, dedicada a la producción petrolífera.

⁷⁰Volveremos sobre esto al desarrollar la noción de Capitalismo Mundial Integrado de Guattari (2004).

como vimos- “endeudados”. Ahora bien, ¿todos somos, efectivamente, iguales ante el marketing? He aquí una de las afirmaciones del texto que, creemos, aporta significativamente al desarrollo de este escrito:

Sin duda una constante del capitalismo sigue siendo la extrema miseria de las tres cuartas partes de la humanidad, demasiado pobres para endeudarse, demasiado numerosas para encerrarlas: el control no tendrá que afrontar únicamente la cuestión de la difuminación de las fronteras, sino también la de los disturbios en los suburbios y *ghettos* (2006, p. 282).

Estamos ante una de las más acabadas manifestaciones de lo que hemos planteado en el apartado 1.2: vemos cómo, lejos de “reemplazar” ciertos mecanismos por otros, el neoliberalismo opera poniendo en marcha un “triángulo de soberanía, disciplina y gestión gubernamental”. El mismo Deleuze concluirá afirmando que es posible que, tras las adaptaciones correspondientes, “reaparezcan algunos mecanismos tomados de las antiguas sociedades de soberanía”, cuestión que adquirirá aún más relevancia en el próximo capítulo, y nos permitirá -a su vez- comprender lo que suele llamarse, en sentido lato, “crisis de las instituciones”. En función de todo lo dicho que el autor caracterizará este panorama como la “instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación” (2006, p. 282).

Quisiéramos concluir este subapartado señalando que el autor, al final de su texto, admite la necesidad de repensar las formas que asumirán las resistencias ante las transformaciones en los dispositivos de poder que se encargó de caracterizar: ¿serán éstas, quizás, meras re-adaptaciones de las maneras históricamente ligadas a las luchas contra las disciplinas y los centros de encierro, o presenciaremos -más bien- su tránsito hacia nuevos modos? Retomaremos este interrogante de aquí en adelante (más específicamente en nuestro último capítulo) y, junto con él, la siguiente advertencia: lo que hay que contrarrestar hoy en día son las “delicias del marketing”, montadas en el seno de los “anillos de la serpiente”, los cuales son -dirá- “más difíciles que los orificios de una topera” (2006, p. 283).

1.3.c. Acerca de la “mundialización neoliberal”

A fin de completar el panorama hasta aquí esbozado, creemos pertinente traer a colación algunos puntos centrales de la caracterización del presente global desarrollada por

Félix Guattari (2004), dado que -consideramos- resulta sumamente afín a los diagnósticos de Foucault y Deleuze que hemos presentado hasta aquí. Para comenzar es preciso aclarar que mediante el término que da título a este subapartado, esto es, el autor refiere al despliegue (a partir de la década del 70 del siglo pasado) de una nueva fase histórica del capitalismo, denominada por él “Capitalismo Mundial Integrado”⁷¹, que opera mediante tres funciones principales, que denomina “cercamiento”, “desterritorialización” y “segmentarización”.

La primera de estas características remite, en el seno de este planteo, a la capacidad de este nuevo capitalismo de expandirse geográficamente sobre todas las superficies del planeta, incluso sobre zonas que históricamente parecían haber escapado a su control⁷². La segunda, por su parte, refiere a que éste avanza formando una compleja red “multicentrada y transnacional” y ramificando sus centros de decisión por todo el mundo, cuestión que explica por qué “está en todos lados” y -a su vez- en ningún espacio político concreto y localizable. Es debido a esto, dirá el autor, que “reduce cada territorio a una extensión comparable a las demás, intercambiable entre las grandes potencias, despojada de cualquier característica que no esté directamente integrada en la producción económica y el mercado”, que no respeta las territorialidades existentes y los modos de vida tradicionales⁷³ y que, por ello, acaba por transformarlos y “absorbiéndolos” a su “axiomática propia”⁷⁴ (2004, p. 58).

Guattari afirma que todo lo anterior decanta en un borramiento del binomio “centro-periferia”, materializado en la capacidad de este nuevo capitalismo de producir y hacer coexistir zonas de “tercer mundo” en países desarrollados, así como centros “hipercapitalistas” en zonas de subdesarrollo. Estamos, pues, ante la tercera de sus características: la “segmentarización”. Cabe aclarar, sin embargo, que esta función de crear enclaves y zonas diferenciadas, lejos de restringirse a lo territorial, geográfico y geopolítico, opera también en plano del “*socius*”: el CMI, postula, necesita multiplicar a nivel infinitesimal, las distinciones y categorías de sujetos, compartimentando incluso al interior de

⁷¹De ahora en más “CMI”

⁷²En este sentido, Mbembe: “Vivimos un cambio de época: el mundo ha empequeñecido, se ha contraído espacialmente, hemos tocado sus límites físicos, hasta el punto de que probablemente ningún rincón de la tierra sea desconocido, esté deshabitado o sin explotar” (2016b, s/d).

⁷³Vimos con Foucault cómo el neoliberalismo toma variables y sectores existentes -p.ej. la agricultura- y los transforma en función de su propia axiomática Guattari agrega que en base a este mismo principio modifica o saltea los textos legislativos y/o la independencia de cuerpos constituidos (p.ej. la magistratura) así como todo lo que pudiera limitar de alguna manera su libertad de maniobra.

⁷⁴Dado que esta función de integración posee una coherencia interna, el autor compara los “modos de escritura capitalísticos” con *corpus* matemáticos, cuya consistencia axiomática no se “contamina” por las aplicaciones que de ellos se haga en ámbitos “extramatemáticos” (2004, p. 104). Ésta, lejos de constituir un programa definido de una vez y para siempre, precisa de la anexión constante de variables y de la sustracción de otras, sobre todo ante crisis y dificultades imprevistas, así como de la participación de cada vez más agentes de los que extraer fuerzas de invención y creatividad social que canalizará en direcciones previamente seleccionadas.

las nociones de clase, raza, sexo, etc. Volveremos sobre este punto más adelante.

En función de lo dicho hasta aquí el autor dirá que, en este contexto, los capitalismo de Estado, “territorializados”, no sólo se combinan con poderes multinacionales sino que van dejando progresivamente su lugar preponderante a élites tecnocráticas-transnacionales, que disponen de una “cartera de territorios movilizables, con descripciones precisas de sus cualidades y de los costes que encontrarán allí” (2004, p. 23). Esto, como es de esperar, conduce a la pauperización de las poblaciones que habitan estas zonas previamente segmentarizadas por el ordenamiento capitalístico como enclaves de explotación.

En este sentido, advierte Guattari, es necesario no dejarnos engañar por la imagen de un presente global en tanto que “reino de la movilidad y el dinamismo”, ni por la idea de una competencia pseudo-igualitaria en el seno del mercado mundial. Se trata -afirma- de un “maquillaje ideológico” mediante el cual se consigue el “consentimiento libidinal” e incluso la “sumisión activa de los individuos” respecto de las relaciones de explotación y segregación”: la “libre circulación de bienes y personas está reservada sólo a las aristocracias del capitalismo” (2004, p. 112). Todas las demás categorías de la población están “destinadas a residir en algún rincón de un planeta⁷⁵, en campos de trabajo forzado o de exterminio a escala de países enteros”⁷⁶ (2004, p. 65).

Vemos aparecer un elemento central, que conecta estrechamente el planteo de Guattari con los de Foucault y Deleuze, y que sirve de apoyo a nuestra línea de argumentación: el del consentimiento de los gobernados como una de las principales claves de funcionamiento del capitalismo. El autor sostendrá reiteradamente que éste opera al nivel de la subjetividad de los individuos, entendidos como “máquinas deseantes”⁷⁷, y subraya el hecho de que logra integrar todas las esferas de su actividad a la axiomática de la economía de mercado⁷⁸, lo cual equivale a decir que funciona por “aprehensión de los flujos de deseo”, y apelando a que los gobernados interioricen ciertos comportamientos perceptivos, sensitivos, afectivos, cognitivos, lingüísticos, etc. (2004, p. 61).

Podemos apreciar a la luz de lo dicho hasta aquí cómo “el capital” se revela -una vez

⁷⁵Es evidente, agrega, que “la explotación del tercer mundo no procede de intercambios igualitarios” (2004, p. 109): más bien hace un uso combinado de estrategias territorializantes con estrategias desterritorializantes. En el próximo apartado daremos cuenta en profundidad de esta cuestión.

⁷⁶Este tipo de afirmaciones, presentes también en los planteos precedentes, nos permiten ubicar el lugar que ocupan los “terceros y cuartos mundos” (Guattari, 2004, p. 111) en el seno de diagnósticos intraeuropeos. Profundizaremos sobre estas recurrencias en el próximo capítulo, sobre todo teniendo en cuenta que la expresión “Cuarto mundo” es también utilizada por Mbembe (véase página n°41)

⁷⁷El capitalismo actual, dirá el autor, es “la forma paroxística de integración de distintos tipos de maquinismos”: máquinas técnicas, de escritura económica, conceptuales, religiosas, estéticas, perceptivas, deseantes, etc”

⁷⁸Cabe aclarar que se trata de una economía altamente digitalizada e informatizada, producto de la incorporación de nuevas tecnologías desplegada por la “revolución informática”, denominada “tercera revolución industrial”

más- como algo que excede a una simple categoría abstracta, relativa a la circulación de bienes y acumulación. Se trata, más bien, de una “categoría semiótica”, cuya función es -en consonancia con los autores antes mencionados- distribuir los “engranajes de poder” por todos los niveles del *socius*, “desde el *manager* al padre de familia” (2004, p. 63). Todos estos segmentos dispares operarán, en muchos casos, el doble rol de “explotados” y “relevos” de tal poder multicentrado, al perpetrar situaciones de explotación hacia otras “categorías de personas”: sus subalternos, sus allegados no asalariados, mujeres, disidencias sexuales, viejos, niños, inmigrantes y “asistidos de toda índole” (2004, p. 92).

En este contexto, resurge nuestro desarrollo previo acerca de la gubernamentalidad como estrategia de poder sobre los cuerpos, dado que una operación de sometimiento semiótico integral de este tipo no podría ser llevado a cabo exclusivamente ni por un régimen de soberanía, exterior y centralizado, ni por dispositivos disciplinarios destinados a corregir cada una de las dinámicas nacidas en el amplísimo y diseminado campo social: se requiere, además, de la complicidad de cada individuo, o al menos de su consentimiento pasivo, para garantizar una “regulación óptima de sociedades complejas” (2004, p. 101).

Es necesario aclarar, al igual que en el marco de los planteos precedentes, que lo dicho hasta aquí no equivale a afirmar que el CMI ha sustituido completamente a otros mecanismos de poder sino, más bien, que éste opera justamente renovando sus bases y poniendo en diálogo estrategias, dispositivos y estadios del capitalismo que pueden parecer “ya superados”. Esto último constituye un punto central para nuestra argumentación, en tanto nos permite comprender cómo el capitalismo actual logra combinar ciertas tecnologías de poder propias del régimen soberano, o economías de explotación colonial, con dispositivos y tecnologías “nuevas”, así como capitalismo estatales con poderes transnacionales. Tal diversificación es posible, dirá Guattari, siempre y cuando se establezca con arreglo a su “axiomática segregativa”⁷⁹ (2004, p. 62). He aquí uno de sus únicos requisitos.

Quisiéramos cerrar esta sección subrayando que (al igual que los pensadores antes citados) Guattari señala la emergencia de una nueva fuerza de trabajo adaptada a las exigencias del mercado⁸⁰, de cuyo análisis derivará una profunda crítica de los modos tradicionales de hacer política, a la que referiremos en el último capítulo de este escrito. Por ahora, nos limitaremos a remarcar -junto con el autor- que la segmentariedad del capitalismo

⁷⁹Los procedimientos de escritura económica pueden variar, lo que prima es la conservación de un cierto tipo de orden social fundado en la división de papeles entre quienes monopolizan los poderes y quienes los padecen

⁸⁰Como también a los valores y exigencias que -como vimos- impone el modelo empresarial, tales como “espíritu de empresa”, “disciplina colectiva”, “formación permanente” etc. (2004, p. 82).

actual ha dado lugar a nuevas categorías de oprimidos⁸¹ que, en lugar de organizarse en pos de la obtención de tal o cual derecho laboral, se agruparán en función de lo único que poseen en común: ser totalmente “inoperantes” para el sistema de producción. He aquí la razón por la cual sus reivindicaciones rondarán, nada más y nada menos, en torno a su derecho a existir y sus acciones políticas se orientarán al diseño de nuevas formas y espacios de vida: estas “revoluciones moleculares” disputarán, a nivel micro-político, con esos modos de sentir, hablar, proyectar el futuro y memorizar la historia (2004, p. 87) de los que -como hemos visto- se alimenta y depende el CMI.

1.3.d. Lo local en lo global

Tras una exhaustiva indagación acerca de las formas que asumieron las estrategias disciplinarias y biopolíticas -tematizadas por Foucault- al “desembarcar” en nuestro escenario continental, y sobre el rol central que éstas tuvieron en la formación del Estado moderno argentino a fines del siglo XIX y principios del XX⁸², el pensador argentino Martín Díaz (2016) se preguntará, en el Epílogo de su libro, si acaso estas formas de poder sobre los cuerpos -tanto a nivel individual como colectivo- siguen siendo hoy las hegemónicas, o si más bien estamos ante “nuevas modalidades de tratamiento y gestión de las poblaciones” tanto a nivel global como local (2016, p. 261). Luego de desarrollar el concepto de “Capitalismo mundial integrado”, adscribir al diagnóstico foucaultiano del neoliberalismo, y presentar los elementos y exponentes centrales de sus dos ramas principales (la alemana y la estadounidense), el autor se dedicará a señalar la forma que asumió la puesta en marcha de tal “mundialización neoliberal” en Nuestra América.

Esta referencia, creemos, resulta central para nuestra argumentación en tanto, como ya hemos señalado, nos interesa dar cuenta de las derivas de los procesos que -hasta aquí- hemos presentado a través de planteos intraeuropeos en el seno de escenarios extraeuropeos. En este sentido, Díaz dirá que el despliegue del neoliberalismo en América del Sur alcanzó su punto

⁸¹Como mujeres sobreexplotadas, disidencias sexuales, inmigrantes, parados, jóvenes criminalizados, sujetos excluidos de los servicios de vivienda y prestaciones sociales, entre muchas otras

⁸²En este análisis el autor enfatiza la centralidad de la idea de “raza” (en el sentido señalado en nuestro primer apartado), así como la naturaleza “neocolonial” de las relaciones establecidas entre las potencias hegemónicas del mundo y el incipiente Estado argentino. Resalta además la influencia de la ciencia moderna de matriz positivista para el diagnóstico y regulación de la vida social, en pos de la construcción de un “cuerpo de la nación sano y productivo”, vinculada a las exigencias de la racionalidad liberal de gobierno, así como la “superioridad ontológico-epistemológica atribuida a la civilización europea”, entendida como “modelo de civilización universal” y pilar de una ‘futura raza argentina’ o ‘euroargentina’” (2016, p. 259).

decisivo a partir de 1970 con el llamado “experimento Chile”, consistente en la aplicación de la llamada “doctrina del shock” (Klein, 2011) impulsada por Milton Friedman y los “*Chicago Boys*”, quienes aconsejaron a Augusto Pinochet la puesta en marcha de medidas de libre mercado aprovechando el estado de conmoción y terror de la población tras el derrocamiento de Salvador Allende en 1973⁸³ (2016, p. 263).

En esta línea, el autor sumará un elemento de suma importancia para comprender la instalación de la economía de mercado como base de la regulación de todos los aspectos de la existencia humana: la declaración de la “muerte de lo social” realizada por la ex ministra británica Margaret Thatcher a fines de 1980. Tal afirmación, dirá Díaz, manifiesta el deterioro progresivo del “entramado de relaciones que permitía contener (al interior de la sociedad capitalista liberal) sus paradojas internas” (2016, p. 264), así como el triunfo de la idea de que el “éxito” y el “fracaso” -erigidos como criterios últimos de evaluación de la existencia de los individuos- dependen exclusivamente de sus capacidades o incapacidades individuales. Resurge aquí, por tanto, la idea de que la gubernamentalidad neoliberal dirige las conductas hacia la “autorrealización personal y la auto-administración de las propias capacidades vitales”, así como su correspondiente contracara: el desarrollo de una “estrategia de culpabilización de la pobreza” entendida como producto de la falta de previsión, esfuerzo y/o determinación en la tarea de “autoinversión” individual, más que como el “efecto de poder” de un orden global que -como hemos visto- funciona en base a la segregación de amplísimas franjas de la población mundial convertidas en “vidas sobrantes, y residuales” (2016, p. 265).

En este sentido, el autor afirma que el neoliberalismo se halla estrechamente ligado a una concepción “neodarwinista” de la sociedad, en tanto la supervivencia -o bien la muerte- aparecen como resultados de la capacidad -o falta de ella- de adaptarse a las exigencias y demandas del mercado. En este orden “postdisciplinario”, agrega, las estrategias de poder sobre los cuerpos no operan ya atendiendo exclusivamente a la “peligrosidad” que pueden traer consigo los individuos, sino más bien en vistas al objetivo de gestionar los llamados “factores” o “grupos de riesgo”⁸⁴, “obstáculos” para el funcionamiento del orden internacional y, por tanto, nuevos blancos de estrategias de patologización y medicalización impulsadas por organismos transnacionales, sobre todo, desde el campo de las neurociencias⁸⁵

⁸³Guattari también da cuenta de esto (2004, p. 110). Vale agregar que este proceso se expandió mediante la creación de dictaduras en todo el resto del continente: el denominado “Plan Cóndor”.

⁸⁴Las reformas impulsadas en los últimos años por el Banco Mundial hablan pobreza y poblaciones vulnerables en términos de “factores de obstaculización del buen funcionamiento del mercado” que hay que gestionar.

⁸⁵Son entendidas por Díaz como tecnologías de gobierno: a través de ellas se pretende diagnosticar casi toda conducta humana, establecer patrones de comportamiento vinculados con los objetivos de *ratio* neoliberal, y dar tratamiento a los trastornos mentales “del presente”, entre los que figuran la depresión, la “timidez”, la rebeldía,

(2016, p. 266).

Ahora bien, ¿quiénes encarnan hoy esos grupos de riesgo? En Argentina, dirá el autor, estamos ante la re-emergencia de una serie de imaginarios surgidos a principios del siglo XX, tales como la cuestión de los “niños vagabundos”, que se resignifican hoy en la conocida problemática de la “inseguridad”, ligada al temor hacia los jóvenes marginales, a la consideración de la calle como *locus* por excelencia de la delincuencia⁸⁶, así como a la asociación entre inmigración y aumento de los niveles de criminalidad⁸⁷ (2016, p. 267).

Así, las actuales estrategias punitivas neoliberales establecen un proceso de selección de la criminalización en base a estereotipos, producidos por lo que -como vimos- Guattari llama “segmentarización”: en base a criterios raciales, sexo-genéricos, etarios, político-ideológicos, etc., se consigue que los individuos interioricen ese rol que se les ha asignado. La gran diferencia entre el modelo correccional-liberal y las nuevas estrategias consiste, pues, en que éstas últimas no persiguen exclusivamente la “normalización” de las conductas individuales, sino más bien -y como veremos en el próximo capítulo- el abandono a la muerte de sectores sociales enteros, mediante el uso combinado de tecnologías de soberanía (cercamiento, muerte directa, etc.), disciplinario-biopolíticas y de gestión gubernamental⁸⁸ orientadas, como hemos visto, a neutralizar y naturalizar el sufrimiento de, en palabras de Díaz, los “actuales indeseables de la tierra” (2016, p. 272).

1.3.e. Hacia la necropolítica

Lo expuesto hasta aquí nos ha permitido vislumbrar algunos de los puntos centrales del *modus operandi* del capitalismo en su actual fase neoliberal, así como formular nuevas preguntas: ¿Qué modos asumirán, en este escenario-global-móvil, las estrategias de

etc. (2016, p. 271). Véase Murillo, S. (2013) “La estrategia neoliberal y el gobierno de la pobreza. La intervención en el padecimiento psíquico de las poblaciones”.

⁸⁶Díaz menciona el “desembarco” en nuestro país -en 1999- de políticas de seguridad y proyectos de “lucha contra el crimen” desarrolladas en el “*Manhattan Institute*”, denominadas “de tolerancia cero”, y retomadas en 2004 respecto del conocido “caso Blumberg”, a partir del cual comienzan a codificarse ciertos cuerpos como representantes de un “terrorismo urbano debilitador el Estado de derecho” (2016, p. 268).

⁸⁷Numerosas son las declaraciones actuales de funcionarios y políticos, que devienen imaginarios sociales altamente difundidos, acerca de la necesidad tanto de prohibir el acceso, como de expulsar del país a inmigrantes de países limítrofes por su identificación arbitraria con el aumento de la delincuencia y del costo estatal que supondría garantizarles, al igual que a los ciudadanos argentinos, acceso a salud, educación, etc.

⁸⁸Un ejemplo paradigmático de esta criminalización consiste en la demanda de gran parte de la sociedad argentina de la baja de edad de imputabilidad de los menores, así como la adhesión a su eliminación física a manos de las fuerzas de seguridad mediante lo que se denomina “gatillo fácil”, esto es, la adscripción a políticas de “mano dura” y abuso policial. Díaz refiere, además, a los fenómenos de “ajusticiamiento” que la población civil toma en sus manos, conocidos como “linchamientos” (2016, p. 269).

ocupación territorial y de extracción de recursos vitales? ¿La afirmación del pasaje de un capitalismo de producción a uno meramente financiero e inmaterial resulta representativa de cada rincón del planeta, o será -quizás- una caracterización reservada a ciertos espacios geopolíticos? De ser así, ¿Cuáles serán sus equivalentes, o más bien sus contraccaras, para aquellos espacios previamente segmentarizados como “zonas de sacrificio” (Federici, 2013)⁸⁹ en función del interés económico-estratégico que portan? ¿Qué sucede con los cuerpos que las habitan, que no resultan “integrables” al “libre juego” de la competencia, que no pueden “autogenerar” sus propias fuentes de trabajo e ingresos, disputar un puesto más alto en una empresa, ni entrar en los circuitos de endeudamiento?

¿Cómo se compone el “triángulo” de soberanía, disciplina, y gestión en el “Sur Global”?⁹⁰ ¿Cómo funciona la gubernamentalidad en estos sitios? ¿Logra, efectivamente, hacer coincidir los deseos y anhelos de los sujetos⁹¹ con los objetivos gubernamentales y, por tanto, naturalizar y neutralizar el mantenimiento y multiplicación de los estados de dominación económica, sexual, laboral, colonial, etc., que le son inherentes? ¿Es esta la manera en que consigue el consentimiento de los gobernados en torno a esos estados de inequidad, al punto que éstos terminen por percibirlos como elementos de un escenario inevitable, necesario y, en el peor de los casos, “justo”?

En el próximo capítulo intentaremos esbozar algunas respuestas a estos interrogantes, esto es, analizar las implicancias de las afirmaciones hasta aquí propuestas para caracterizar al neoliberalismo en aquellos espacios signados por la violencia colonial. Veremos cómo las estrategias de poder sobre los cuerpos que los habitan asumen un amplio espectro de formas combinadas, que van desde su “abandono a la muerte” mediante procesos de borramiento de sus modos de vida, conocimientos, sistemas de propiedad, trabajo, formas de organización política, etc., hasta su eliminación física directa, materializada en un sinnúmero de maneras.

⁸⁹Para una lectura local de esta noción véase: Di Risio, D (comp.) (2012) *Zonas de sacrificio : impactos de la industria hidrocarburífera en Salta y Norpatagonia*

⁹⁰Sobre esta expresión, véase Boaventura de Sousa Santos (2010) *Descolonizar el saber, reinventar el poder*.

⁹¹El deseo internalizado, liberalismo mediante, de “vivir mejor”, de “progresar”, de “moverse con libertad”

CAPÍTULO II: El neoliberalismo como marco de reactualización de estrategias necropolíticas

La presente apariencia de producción es esta gigantesca máquina de movilizar psíquicamente y físicamente, de chupar la energía de los seres humanos convertidos en excedentarios (...) de clasificar y determinar la supervivencia de las subjetividades conformes y abandona a los ‘individuos de riesgo’ (...) hace vivir a los fantasmas y, por otro deja morir a los vivos (Comité Invisible, 2007, pp. 16-17)

Creemos necesario comenzar este segundo capítulo recordando la hipótesis que vertebra este escrito, formulada en función del objetivo de proporcionar una posible vía de respuesta a la pregunta de qué formas asume el ejercicio del poder sobre los cuerpos en el escenario contemporáneo. Asistimos a un “arte neoliberal de gobierno” que opera mediante el despliegue y re-actualización de estrategias “necropolíticas”. Ahora bien, dado que ya hemos presentado los elementos teórico-conceptuales necesarios para comprender los antecedentes, el proceso de surgimiento y el *modus operandi* del neoliberalismo, estamos en condiciones de desarrollar la segunda parte de nuestra afirmación.

En este sentido, en un primer apartado desarrollaremos la noción de “necropolítica”, acuñada por Mbembe (2006), debido a que -como hemos anticipado- se trata de una propuesta inspirada en la “análisis del poder” foucaultiana y que entendemos nos permitirá poner en diálogo los estudios críticos intraeuropeos presentados en el primer capítulo con algunos puntos centrales de los llamados estudios “postcoloniales” -entre los cuales se inscribe el trabajo del pensador camerunés-. En un segundo apartado, y a fin de mostrar en qué sentido las estrategias necropolíticas neoliberales constituyen una re-actualización de lógicas del pasado, desarrollaremos algunos elementos del reciente libro del autor, *Crítica de la razón negra* (2016a), especialmente su noción de “devenir negro del mundo”.

En base a la idea de que las nociones de Mbembe resultan extrapolables (con ciertos recaudos)⁹² a otras zonas del planeta, en el tercer y último apartado de este capítulo, daremos cuenta de las reflexiones de dos pensadoras contemporáneas que leen la actualidad planetaria

⁹²Debido a que es de suma importancia atender al *locus* de enunciación de las propuestas. Lo mismo vale para las nociones y desarrollos de Foucault que, producidos en Francia entre 1960 y 1980, no pueden ser -como veremos- “trasplantados”-sin más- a otros contextos geopolíticos, por caso, al descrito Mbembe.

en términos similares a los del autor, y que nos permitirán -a su vez- mostrar (mediante ejemplos concretos de sus manifestaciones) las características específicas que asumen las estrategias necropolíticas en otros espacios del mundo. En primer lugar, presentaremos el planteo de la pensadora mexicana Sayak Valencia (2010), seguido de la propuesta de la catalana Clara Valverde (2015). Esta última, por su parte, nos conducirá -mediante su principio de “empatía radical”- hacia el último capítulo de este escrito dedicado, como hemos anticipado, a indagar en las posibles formas que asumieron, asumen y podrían asumir las resistencias a la racionalidad neoliberal.

2.1 La necropolítica como envés del biopoder

Si bien ya hemos anticipado que el término “necropolítica” es acuñado por Mbembe como contracara de la noción de “biopolítica”, creemos necesario mostrar brevemente el recorrido que lo llevó a formularlo, el cual inicia con su búsqueda de un concepto que dé cuenta de las relaciones de dominación, mercantilización y despojo de los cuerpos y poblaciones surgidas en el seno del África colonial. En este sentido, el autor se preguntará - en primer lugar- si acaso la categoría foucaultiana de “soberanía” remite exclusivamente a estados de cosas “ya superados” o si, por el contrario, puede también ser usada para describir el modo de funcionamiento del poder en el África postcolonial⁹³ actual (2006, p. 19).

Será basándose en el hecho de que allí la violencia aparece como un “fin en sí mismo”⁹⁴, de que un “poder difuso” y no siempre exclusivamente estatal inserta la “economía de la muerte” en sus relaciones de producción y de poder, y en que la “autoridad” y el derecho a decidir sobre la vida de los gobernados se identifican plenamente, que Mbembe sostendrá que se trata -efectivamente- de un poder de “hacer morir y dejar vivir” a quienes gobierna. Ahora bien,

¿En qué condiciones concretas se ejerce ese poder de matar, de dejar vivir o de exponer a la muerte? ¿La noción de biopoder acaso da cuenta de la forma en que la política hace hoy del asesinato de su enemigo su objetivo primero y absoluto, con el pretexto de la guerra, de la

⁹³En el capítulo anterior enfatizamos, respecto de los planteos de Foucault, Deleuze y Guattari, la idea de que los mecanismos de poder no “desaparecen” ni son “reemplazados” totalmente por otros, sino que más bien coexisten y se combinan. Veremos a continuación la manera en que Mbembe presenta este panorama.

⁹⁴A diferencia, dirá, de la época colonial en la que constituía un “medio” para un fin, es decir, la rentabilidad .

resistencia o de la lucha contra el terror? Si consideramos la política como una forma de guerra⁹⁵, debemos preguntarnos qué lugar le deja a la vida, a la muerte y al cuerpo humano, especialmente cuando se ve herido y masacrado (2006, p. 21)

Con estos interrogantes, como vemos, Mbembe pone en tensión los límites y alcances de la política centrada en la vida desplegada en el seno de los Estados modernos (desarrollada en el primer capítulo) al tiempo que nos interpela, en una línea muy afín a la de Guattari, a pensar en cómo éstas estrategias de poder se han ido expandiendo, con el desarrollo del neoliberalismo, a determinados grupos de la población tanto del “Tercer mundo” como del que denomina “Cuarto Mundo”⁹⁶, esto es

aquella población perteneciente al primer mundo que, sin embargo, vive en un estado de absoluta precariedad; parias que no han sido expulsados de la sociedad del bienestar, sino que ocupan sus márgenes; seres invisibles que habitan no lugares (la calle, las estaciones de tren, los hospicios, etc.) cuya vida se encuentra en manos del necropoder (2006, p. 11)

Ahora bien, ¿soberanía y necropolítica constituyen nociones equivalentes? De ser así ¿Por qué Mbembe no utilizó esta categoría ya existente en lugar de presentar una que se pretende “novedosa” para dar cuenta de los procesos que analiza? Veremos a continuación el pasaje e incorporación del primero de estos conceptos en el seno del segundo.

2.1 a. Soberanía y ocupación colonial moderna

Teniendo en cuenta que, cómo vimos, Mbembe sitúa el origen de las estrategias “necropolíticas” en el periodo colonial, y que -sin embargo- caracteriza este “momento de gran flexibilización y desestructuración de los límites entre la vida y la muerte” (2006, p.14) en términos de soberanía, estamos en condiciones de afirmar -con el autor- que el “hacer

⁹⁵Mbembe reformula a Clausewitz: la política aparece como un “trabajo de muerte” (2006, p.21). Veremos en el tercer capítulo cómo estos elementos pueden re-pensarse en pos de la ampliación de la politicidad en el presente.

⁹⁶Más adelante volveremos sobre este concepto y las características que el autor atribuye al presente global.

morir” soberano constituye el germen del necropoder, y que continúa siendo hoy parte constitutiva del mismo. Es por esto que se dedicará a indagar los modos en que se ejerció este “derecho de muerte” en el periodo que llama “ocupación colonial moderna” para luego analizar las formas que éste asume en la “ocupación colonial tardía”, es decir, la actualidad.

Pues bien, en las primeras colonias -dirá- la ocupación⁹⁷ se llevó a cabo mediante el despliegue combinado de tecnologías disciplinarias de encierro (tales como el “estado de sitio”), con técnicas biopolíticas establecidas -como hemos visto- en base a la subdivisión de las poblaciones entre quienes “deben vivir” y quienes hay que “abandonar a la muerte” en función de la idea de “raza”⁹⁸. Ésta, dirá citando a Foucault, ha operado desde su creación como generadora de las “condiciones de aceptabilidad” de la matanza del Otro (leído como un “peligro biológico” a eliminar en pos de potenciar la vida y la “seguridad” de un determinado grupo de individuos) y, por tanto, como justificación de prácticas como prohibición de matrimonios mixtos, esterilización⁹⁹ forzada y, en su extremo, el exterminio de los pueblos vencidos¹⁰⁰.

He aquí la razón por la cual el autor se abocará a analizar el rol central que han jugado y juegan los mecanismos de racialización para el surgimiento y desarrollo del capitalismo¹⁰¹ mediante el estudio de las colonias, las plantaciones de esclavos¹⁰², el *Apartheid*¹⁰³, etc llamadas por él “formaciones de terror”. En estos espacios, a diferencia de las formulaciones foucaultianas del biopoder, no se trataba de un poder exclusivamente estatal sino que constituía más bien una combinación de biopoder -asentado, como vimos, sobre la idea de raza-, “estado de excepción”¹⁰⁴ y “estado de sitio” (2006, p. 22).

A fin de explicar a qué refiere cada uno de estos elementos, y de aclarar el vínculo

⁹⁷Mbembe retoma la idea de que el territorio es la materia prima de la soberanía (Foucault, 2006; 208a).

⁹⁸Dado que esta tesis parte de un *locus* de enunciación latinoamericano, es ineludible referir a la concepción de “raza” de A. Quijano, para quien constituye uno de los ejes fundamentales del “patrón colonial de poder”, en tanto criterio de clasificación social de la población mundial, y una “construcción mental” que expresa la experiencia básica de la dominación colonial que, desde entonces, permea las dimensiones más importantes del poder mundial, incluyendo su “racionalidad específica, el eurocentrismo” (2001, p. 201).

⁹⁹Véase *Yawar Malku. La sangre del cóndor* (1969) film boliviano dirigido por Jorge Sanjinés.

¹⁰⁰Estas prácticas fueron ensayadas por primera vez en el mundo colonial: son las primeras “síntesis entre burocracia y masacre, esa encarnación de la racionalidad occidental” (Mbembe, 2006, p. 36).

¹⁰¹La raza no es sólo un suplemento del capitalismo: éste tiene como función genética producir razas, las cuales son, al mismo tiempo, clases (Mbembe, 2016b, s/d).

¹⁰²La esclavitud, dirá Mbembe, es una de las “primeras manifestaciones de la experimentación biopolítica”, y la estructura misma de las plantaciones reviste la figura del “Estado de excepción”, en la que el esclavo pierde totalmente los derechos sobre su cuerpo y su estatus político (2006, p. 32).

¹⁰³Estructura producida en Sudáfrica (1948-1993) en base a las nociones de raza y clase orientada a limitar y regular los movimientos de las personas negras al interior de un mismo espacio (2006, 43).

¹⁰⁴Esta fórmula (*ab legibus solutus*) propuesta por el jurista alemán Carl Schmitt y luego retomada por Giorgio Agamben (1955) será usada por Mbembe para referir al cese de las libertades y derechos fundamentales que, en el seno de la ocupación colonial moderna, se vuelve norma.

entre ellos, el autor se remonta a la formación del orden jurídico-europeo en su aspecto internacional (*ius publicum europaeum*) fundado, a su vez, en dos principios: el de igualdad jurídica de todos los Estados (especialmente en lo tocante a declarar la guerra o acordar la paz en base al reconocimiento de que ninguno puede ejercer un derecho más allá de sus fronteras) y el de “territorialización” de los Estados soberanos que decantó, en el contexto de un nuevo orden global impuesto, en la distinción entre “las regiones del planeta abiertas a la apropiación colonial” y Europa (2006, p.38)¹⁰⁵. Es posible advertir la importancia de este orden para el planteo de Mbembe (en tanto base y fundamento de la ocupación colonial), así como la centralidad que este imaginario otorga al Estado como modelo de unidad política “racional y universal”, regulador de la racionalidad de la guerra y -por tanto- vara de medida de todas las posibles y múltiples formas de organización política y social del planeta¹⁰⁶.

Es en contraste con este orden europeo que las colonias aparecerán como “fronteras”, zonas de ausencia de derecho, de estado civil organizado y, en consecuencia, libradas al uso libre y “sin escrúpulos” de la fuerza, más que a la organización de guerras “legítimas”. Constituirán, pues, el *locus* por excelencia en que el derecho soberano de matar no está sometido a ninguna regla¹⁰⁷, en el que los controles y las garantías del orden judicial pueden ser “suspendidos” y en el que se puede gobernar “en ausencia absoluta de ley” (2006, p. 38). Sumado a esto, dirá el autor, el “terror colonial” será justificado apelando a un imaginario colonialista que hacía -y, en mayor o menor medida, sigue haciendo- de las tierras ocupadas un escenario “salvaje”¹⁰⁸ en el que la muerte se naturaliza y ficcionaliza como una especie de “peligro permanente” ante el cual el conquistador tendría “permitido” olvidar toda diferenciación entre “finés y medios” (2006, p. 41).

De todo lo anterior, dirá Mbembe, surgirá la negación racista de todo punto en común entre conquistador-conquistado¹⁰⁹ la cual permitirá, a su vez, que el asesinato aparezca en las colonias como la manifestación del oxímoron “matar sin crimen”. Éste, surgido además de la previa desarticulación de la idea tradicional de “guerra” (entendida, como hemos visto, como un “enfrentamiento sometido a reglas”) posibilitará el borramiento de toda diferencia con la

¹⁰⁵Foucault trata en profundidad la formación de este orden (Véase apartado 1.2, pp. 12-13).

¹⁰⁶Se trata del antecedente de lo que Guattari describe como función del CMI: no respetar las territorialidades existentes, ni sus modos de vida y organización, seguido del intento de integrarlas a su axiomática propia.

¹⁰⁷Las formas coloniales de soberanía, dirá Mbembe, siempre fueron más fragmentarias, complejas y violentas que las soberanías europeas, gobernadas con uniformidad y “prolijidad” (2006, p. 35). He aquí una primera diferencia entre la significación que asumen las nociones foucaultianas en la realidad intraeuropea, y la forma que adquieren en zonas marcadas por la violencia colonial, aquí -por caso- la categoría “régimen soberano”.

¹⁰⁸Sobre los imaginarios de las tierras conquistadas producidos por viajeros, conquistadores y hombres de ciencia, véase Gerbi, Antonello (1960) *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*.

¹⁰⁹Indígena, esclavo, identificado con un “mero tipo de vida animal”, “radicalmente ‘Otro’, *alien*” (2006 p. 40).

“masacre pura, sin justificación instrumental” (2006, p. 41). En las colonias, pues, tanto el régimen soberano como las estrategias biopolíticas operan sobre la base de un desmoronamiento del imaginario legal o, al menos, de una “flexibilización” que le ha permitido -y le permite- hacer sus “excepciones”. He aquí la razón por la cual fue necesario que Mbembe acuñara una nueva noción -la de “necropolítica”- para dar cuenta de la forma en que opera el poder en escenarios coloniales, postcoloniales o -podríamos agregar- neocoloniales.

2.1 b. Acerca de la ocupación colonial tardía o “neocolonial”

Antes de dar cuenta de las características específicas que asumen las estrategias necropolíticas en el escenario contemporáneo, creemos necesario repasar algunos de los puntos centrales expuestos hasta aquí. Hemos visto, en primer lugar, cómo el espacio fue -y sigue siendo- la materia prima de la soberanía, cómo la “excepción” constituye su estructura, y la violencia la forma original del derecho (2006, p. 42)

Al primero de estos elementos (es decir, la centralidad del territorio) Mbembe añade un punto que nos permitirá comprender -comparativamente- en qué consiste la especificidad de las ocupaciones coloniales en el presente: las primeras ocupaciones coloniales, dirá, perseguían el único y doble objetivo de incorporar a sus dominios zonas previamente compartimentadas y jerarquizadas mediante enclaves y fronteras internas, y de hacerse con el control físico y geográfico de esos territorios. Tendían, pues, a la “territorialización”, es decir, a inscribir nuevas relaciones sociales y espaciales sobre un terreno¹¹⁰ que no sólo cuestionan los derechos de propiedad de sus habitantes y los priva del uso de sus “bienes comunes”, sino que re-definen también su *status* dando lugar a diferentes categorías de personas a las que les asigna derechos diferenciales¹¹¹. La ocupación colonial de antaño, agrega el autor, implicaba además la “presencia inmediata y la acción frecuente y directa” sobre el cuerpo del colonizado.

Creemos vale la pena traer a colación en este punto una descripción de la organización espacial colonial y sus derivas formulada por Frantz Fanon (1961) en *Los condenados de la tierra* y citada aquí por Mbembe: “la ciudad indígena, la ciudad ‘negra’, la ‘medina’ o barrio árabe, es un lugar de ‘mala fama’, poblado por hombres con mala fama. Allí se nace en

¹¹⁰Salta a la vista la estrecha vinculación entre esta caracterización y el planteo de Guattari (véase apartado 1.3.c)

¹¹¹He aquí los “procesos de racialización” mediante los cuales -como vimos- se pretende justificar la expoliación

cualquier parte, de cualquier manera. Se muere en cualquier parte, de cualquier cosa. Es un mundo sin intervalo, los hombres están unos sobre otros” (2006, p. 45).

Ahora bien, lo que hace de la “ocupación colonial tardía”¹¹² o contemporánea una formación inédita consiste en que constituye el ambiente por excelencia del despliegue de la necropolítica propiamente tal. Esta última, lejos de contemplar el “hace morir” cual si se tratase de un “efecto colateral” o secundario, convierte la función de dar muerte en su objetivo central, en pos del cual pone a trabajar -combinados- los medios y fines de los mecanismos de poder “precedentes”. Tal es así, que imprime a las tecnologías disciplinarias y biopolíticas algunas especificidades: por un lado, mediante las primeras, pone en marcha una serie de prácticas de “exclusividad” (tales como expulsiones, instalación de personas en campos de refugiados y establecimiento de “nuevas colonias”). Por el otro, refuerza el criterio racista, en base al cual funcionan las segundas, con el “imaginario securitario” (desplegado a partir de la segunda mitad del siglo XX) centrado en la figura del “terrorista” como principal enemigo a eliminar en nombre de la “seguridad vital”¹¹³ de la comunidad (2006, p. 46)

En base a lo dicho, Mbembe resaltará dos efectos de poder de la necropolítica - particularmente visibles en las ocupaciones actuales-: la producción de “subjetividades fragmentarias” y la “inmovilización” de los habitantes de determinados territorios¹¹⁴. Así, mediante la multiplicación de la función disciplinaria de creación de fronteras provisionales, orientadas a subdividir espacialmente a las franjas poblacionales (previamente delimitadas biopolíticamente), la necropolítica da lugar a lo que el autor denomina una “proliferación de los espacios de violencia”¹¹⁵: los “campos de batalla”, dirá, se multiplican sobre la superficie, en el subsuelo, en el aire, dividido, a su vez, en diferentes estratos (2006, p. 50).

En este sentido, cabe traer a colación el texto de Grégoire Chamayou (2016) *Teoría del dron*, el cual constituye una interesante reflexión acerca de los modos que asume hoy la guerra, y cuya tesis principal consiste, precisamente, en que al devenir “estratosférico” el poder imperial actual modifica su relación con el espacio. Éste poder, dirá, se centra cada vez más en “controlar” y “dominar” los territorios desde lo alto mediante “acciones a distancia”

¹¹²Mbembe tomará como ejemplo de la misma la ocupación de Palestina por el Estado de Israel.

¹¹³Acerca de los dispositivos de seguridad y sus derivas, véase nuestro apartado 1.2.

¹¹⁴Vimos en el primer capítulo cómo la idea de “libertad de movimiento” constituye uno de los pilares del imperativo neoliberal. Vemos aquí, volviendo a Guattari, cómo la “libre circulación de bienes y personas está reservada sólo a las aristocracias del capitalismo” (2004, p. 112).

¹¹⁵El ejemplo de este doble objetivo será para Mbembe la Franja de Gaza, donde se pretende imposibilitar todo movimiento, y producir una segregación total mediante una compleja red de fronteras interiores, células aisladas y estructuras subterráneas que “redefinen la relación soberanía-espacio”, que decanta en un “régimen de ocupación vertical” y “transdimensional” orientado a hacer más “eficiente” la tarea de dar muerte.

que interfieran en las “condiciones de vida”¹¹⁶ de las poblaciones atacadas, que en “ocuparlos”. Ahora bien, ¿podemos llamar a esto “guerra”, aún cuando no se trata de un enfrentamiento entre “bandos” o ejércitos definidos como tales sino, más bien, de un escenario en el que ciertos grupos humanos son reducidos al estado de blancos potenciales? ¿Se puede llamar a esto “combate” aun cuando el riesgo no es recíproco?

Hemos visto cómo -a diferencia de las políticas de asimilación “civilizatoria”, esto es, de adquisición e incorporación de los territorios conquistados propias de las primeras colonias- la ocupación contemporánea pone en marcha un encadenamiento de poderes en pos de la amputación de la capacidad de movilidad y circulación de los cuerpos. Vimos cómo a través de una permanente militarización de la cotidianeidad, fundada sobre la diferenciación biopolítica entre las vidas que es menester potenciar y aquellas a las que hay que “hacer morir”, el necropoder pone en marcha prácticas de intervención sobre los espacios vitales de las poblaciones¹¹⁷, que usualmente rondan en torno al despojo de aquello que éstas requieren para vivir (desde sus bienes materiales y naturales, hasta sus símbolos culturales, políticos y religiosos), a fin de dejarlas “fuera de combate”, esto es, hacer de su vida algo cotidianamente insostenible y económicamente inviable (2006, p. 50). Se trata, pues, de mermar todo su sistema de supervivencia a fin de forzar su sumisión.

Con todo, ¿a través de qué medidas concretas logra el necropoder poner en marcha tal exposición al exterminio indiscriminado que parece difuminar la tan mentada distinción entre “enemigo interno” y “externo”? Mbembe mencionará los permisos otorgados a las fuerzas de seguridad de matar a quien, donde y cuando les parezca¹¹⁸, así como la puesta en marcha de instrumentos *high-tech* de destrucción masiva productos de una revolución militar y tecnológica puesta al servicio de una capacidad de destrucción sin precedentes. En esta línea, el autor añadirá un factor que resulta sumamente afín a lo desarrollado en el primer capítulo de esta tesis respecto del imperativo de la libre circulación: hoy, dirá, los ataques se asemejan más a un “raid relámpago”, a las “estrategias guerreras de los nómades”, que -como también vimos- a las guerras territoriales de conquista y anexión de la era moderna” (2006, p. 55). Las poblaciones sedentarias, por tanto, son aventajadas por la rapidez de los atacantes, por su habilidad para surgir de la nada y desaparecer sin ser vistos, así como de deshacerse de todo

¹¹⁶Recordemos nuestro desarrollo acerca de la “acción a distancia”, así como la idea de que la gubernamentalidad neoliberal opera sobre el “marco”, sobre las condiciones de vida y de conducta de los gobernados, sobre su medio ambiente (véase pág. n°24)

¹¹⁷Por ejemplo, mediante el bombardeo desde el cielo para interferir en las comunicaciones, el destrozo de carreteras, el corte de suministros, y la intervención de las emisoras de radio y televisión, entre otras.

¹¹⁸Veremos más adelante algunas de las formas que asume tal abuso de poder en diferentes espacios geopolíticos.

lo que pueda obstaculizar su potencial de maniobra.

En el presente neoliberal, por tanto, hasta las operaciones militares y el ejercicio del derecho de matar devienen “cinéticos”, lo cual se debe en parte a que -como hemos señalado- ya no son monopolio único de los Estados, ni encajan ya en la definición de “ejército regular” propia del “*ius publicum europaeum*”. Se han vuelto, más bien, objeto de una yuxtaposición de “derechos de gobierno incompletos”, geográficamente entrelazados y movientes, en el seno de enclaves también móviles¹¹⁹. Con tal proliferación de la “violencia no gubernamental”, dirá el autor, surge aquello que Deleuze y Guattari han denominado “máquinas de guerra”¹²⁰, y definido como

organizaciones difusas y polimorfos, caracterizadas por su capacidad para la metamorfosis, para la desterritorialización y la combinación de una pluralidad de funciones, entre las que se cuentan la extracción y exportación de recursos naturales de los territorios que controlan, mediante conexiones directas con las redes transnacionales (2006, p. 59)

De lo expuesto hasta aquí, Mbembe desprenderá dos puntos que resultan de suma importancia para nuestra argumentación: en primer lugar, el hecho de que la concentración de actividades extractivas en el seno de enclaves estratégicos¹²¹ los convierte en “espacios privilegiados de muerte”. En segundo término, la afirmación de que hoy en día asistimos a una forma inédita de gubernamentalidad que, dirá, asume la forma de una “gestión de multitudes” (2006, p. 63). Ahora bien, teniendo en cuenta que, como hemos señalado, ésta se orienta a inmovilizar y segregar a poblaciones enteras en “campos y zonas de excepción” o bien -por el contrario- a forzarlas a diseminarse mediante la lógica del desalojo, resulta claro que estamos ante un tipo de gestión gubernamental que constituye la contracara de la que hemos caracterizados en el primer capítulo.

En base a lo expuesto, estamos en condiciones de afirmar que esto último se debe al hecho de que Mbembe -mediante sus formulaciones- pretende dar cuenta de las formas en las

¹¹⁹La “mano de obra militar”, agrega, se compra y se vende como cualquier otro servicio, y se compone tanto de milicias urbanas, de firmas de seguridad privadas como de ejércitos estatales (Mbembe, 2006, p. 58).

¹²⁰Éstas, agrega Mbembe, establecen con el espacio, así como con las formas estatales, relaciones móviles que van desde la autonomía a la incorporación, pasando por un amplio espectro intermedio. Tal es así que el mismo Estado puede transformarse en una, apropiarse de otras ya existentes, o ayudar a crearlas (2006, p. 59).

¹²¹Un ejemplo de este tipo de “enclaves estratégicos” es “Vaca Muerta”, al que ya hemos referido: éste no sólo trae consigo la contaminación del agua y el suelo de la zona, sino -además- una serie de intentos de desalojar violentamente al pueblo Mapuche, habitante ancestral del territorio. Volveremos luego sobre este asunto.

que opera el poder en las “fronteras civilizacionales”, de los múltiples modos a través de los cuales éste, dirá, reduce a gran parte de la población mundial al *status* de “muertos-vivientes” (2006, p. 73), de vidas “residuales”, “sobrantes”, “excedentarias”¹²², en relación con los imperativos neoliberales, así como con el imaginario eurocentrado.

Quisiéramos concluir este apartado trayendo a colación un elemento que nos permitirá relacionar lo dicho en el primer capítulo respecto del “sujeto endeudado” con lo presentado a propósito de las “máquinas de guerra”. Mbembe dirá que éstas últimas surgieron en el contexto africano a fines del siglo XX debido, en primer lugar, a la “erosión de la capacidad del Estado postcolonial para construir los fundamentos económicos de la autoridad y el orden público”, sumado a la inestabilidad monetaria de mitad de la década del 70, la fragmentación espacial de los 80’s, y la pérdida del valor de la moneda local, causada por la hiperinflación (2006, p. 59).

Las consecuencias de estos procesos son conocidas: el aumento de la intervención de organismos internacionales y redes transnacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional¹²³, junto con la disminución del porcentaje de individuos dotados de medios materiales de subsistencia o, lo que es lo mismo, el aumento de sujetos y poblaciones “dependientes”, deudores. He aquí el rol central que ocupa el mecanismo histórico del endeudamiento en el seno de la necropolítica-neoliberal: nada más y nada menos, que el de determinar el valor de las personas, y juzgar su utilidad.

2.2 Acerca del “devenir negro del mundo”

Ya hemos comentado que en su libro *Crítica de la razón negra* (2016a) Mbembe incorpora y expande muchos de los planteos de “Necropolítica”, brindándoles un soporte histórico y geopolítico. Partiendo de la idea -presentada en el apartado anterior- de que las actuales lógicas de violencia y explotación extractiva-neocolonial perpetúan dinámicas de racialización y segregación nacidas y desplegadas en el pasado, el autor operará en este texto

¹²²Para profundizar en estas nociones, véase Borsani, M.Eugenia “Sobrantes, excedentes” (2016). Cabe recordar aquí lo dicho en el primer capítulo: no hablamos aquí sólo de la muerte directa e inmediata, sino también de lo que Mbembe llama “matanzas invisibles”, vinculadas tanto con la extracción de los “bienes comunes” de las poblaciones, como con la introducción en sus medios y condiciones de vida de una serie de elementos nocivos para su salud y su reproducción, p.ej., la ya mencionada proliferación del cultivo con semillas transgénicas, desarrollado en Argentina a partir de 1990, que trae consigo la utilización de “glifosato”, decretado cancerígeno por la OMS. En el último capítulo volveremos sobre las resistencias organizadas alrededor de esta cuestión.

¹²³Conocida es la historia de la relación entre la Argentina y el FMI en términos de deuda externa, así como el hecho de que la actual administración nacional resolvió un nuevo acuerdo con la este organismo internacional.

una minuciosa disección de la matriz colonial de poder, mediante un cuidadoso análisis de los “modos de subjetivación” coloniales, esto es, los procesos de construcción del “sujeto de raza”. Dará cuenta de lo que llama “razón negra”, es decir, el conjunto de discursos, prácticas y fantasías que dieron lugar a las figuras asociadas de “África” y “Negro”¹²⁴.

En esta primera parte de su propuesta, que denomina “Crítica” y que abordaremos en un primer subapartado, Mbembe pretende mostrar cómo estos discursos acerca de la negritud como “exterioridad salvaje” e inasimilable, fueron utilizados por Occidente como justificación de las lógicas de dominación, explotación y esclavización que estuvieron a la base de su empresa de expansión colonial, y que-por tanto- han servido y sirven de “engranajes” fundamentales de la “maquinaria capitalística” (Guattari, 2004).

Sobre la base de lo anterior daremos cuenta, en un segundo subapartado, del punto central de este planteo: como hemos adelantado, Mbembe propone en este texto un diagnóstico del presente global muy afín a los que hemos esbozado hasta aquí, basado en la idea de que el neoliberalismo constituye el marco de “reactualización” de las dinámicas de segregación del pasado, dando lugar a lo que denomina un “devenir negro del mundo”. Mediante esta fórmula, el autor pretende mostrar que la raza sigue operando en el escenario contemporáneo como principio de orden político, así como denunciar la expansión de las lógicas imperiales de desposesión, ocupación y extracción de beneficios (que hemos descrito en el apartado anterior) a lo que denomina “Todo-mundo”, así como su articulación con los nuevos imperativos de existencia (de los que hemos dado cuenta en el primer capítulo).

2.2.a. Producción de sujetos de raza

A fin de mostrar la profundidad del análisis de Mbembe sobre los procesos históricos de racialización que están a la base de las estrategias de poder presentadas hasta aquí, creemos necesario comenzar presentando, en primer lugar, su definición de “raza”¹²⁵: se trata, dirá, de una estructura especular, imaginaria, que ha permitido a ciertos grupos poblacionales dividir, nombrar y organizar jerárquicamente lo viviente y, por lo tanto, afirmar -en su nombre- su poder sobre otros (2016a, p. 47). Sobre esta base, cobra pleno sentido el hecho de

¹²⁴Y, agrega, más tarde y bajo condiciones distintas, al “indígena”.

¹²⁵Ésta, profundamente inspirada en la perspectiva de racismo de Foucault presentada en el primer capítulo, resulta sumamente afín -además- a la de Quijano (véase nota al pie n° 97).

que en el segundo capítulo de su libro, titulado “Un yacimiento de fantasías”¹²⁶, operará una profunda crítica a la mencionada “razón negra”, a lo que denomina “conciencia occidental del negro”. Ésta, construida -en primer lugar- en base a relatos de viajeros, soldados y colonos, posteriormente retomados por filósofos¹²⁷ y otros hombres de ciencias, logró volverse parte del sentido común o *habitus* occidental a partir del siglo XVIII gracias al trabajo conjunto de la prensa popular, la publicidad, la literatura, así como de una serie de instituciones tales como museos y zoológicos humanos¹²⁸ y exposiciones universales que reforzaron el imaginario del mundo extraeuropeo como “reverso negativo de nuestro mundo” completamente signado por la pobreza, la muerte, la abyección, la animalidad y la superstición (2016a, p. 119)¹²⁹.

Ahora bien, ¿en base a qué prácticas se constituyó tal predominio del Occidente sobre el resto del mundo? Mbembe desarrolla, en este punto, un pormenorizado repaso histórico del proceso de expansión espacial de Europa (que va desde el siglo XIV al XIX) centrado en la idea -ya esbozada por nosotros anteriormente- de que la misma no habría sido posible sin la esclavitud y la colonización. He aquí la razón por la cual, dirá, los “sujetos de raza” constituyen actores principales de este nuevo tipo de cálculo, de esta nueva “conciencia planetaria” que viene con la formación del mercado mundial y, como vimos, del liberalismo en tanto nueva razón gubernamental basada en el principio de “libre comercio”.

En este punto, el autor enfatiza el hecho de que el complejo proceso de secularización de lo político y de consolidación del Estado soberano, desarrollado en el primer capítulo, es contemporáneo de tales prácticas de envilecimiento respecto de los mundos extraeuropeos y sus poblaciones. La conformación de Europa como un bloque creador y portador de un “orden válido para toda la tierra”¹³⁰, necesitó de la construcción del resto del mundo -como hemos visto en el apartado anterior- como “zona de excepción” de esas nascentes nociones de justicia y propiedad, como lugar sin ley ni “derecho de gentes” y al que es posible, por tanto, saquear sin repercusiones. En función de lo dicho, Mbembe definirá a la práctica colonial como el lugar de encuentro entre la lógica de las razas y las lógicas del beneficio (2016a, p. 139). Veremos en el próximo subapartado el lugar central que adquirirá ésta afirmación en su

¹²⁶Creemos que la palabra “yacimiento” constituye un guiño hacia la cuestión del extractivismo, tema central en los debates contemporáneos acerca del neocolonialismo a los que referimos antes y sobre los que volveremos.

¹²⁷Acerca del racismo en los planteos filosóficos de Kant, Hume, entre otros, véase Castro-Gómez, S; Chukwudi Eze, E; Paget, H (2014) *El color de la razón. Racismo epistemológico y razón imperial*

¹²⁸Véase *Venus Noire* (2009) film francés dirigido por Abdellatif Kechiche y basado en la vida de Sara Baartman, esclava africana exhibida en Europa como fenómeno de circo.

¹²⁹Consideramos que este proceso puede leerse en términos de “gestión gubernamental”, al conducir la conducta de los gobernados hacia objetivos puestos de antemano por una racionalidad externa.

¹³⁰El *ius publicum europaeum*, al que ya hemos referido, portador del derecho internacional, civil y cosmopolita orientado a garantizar la “paz perpetua” o “universal”, y que trajo consigo una serie de rituales diplomáticos, leyes de guerra, derechos de conquista, así como técnicas de comercio, religión y gobierno

caracterización del presente global.

Resulta de suma importancia para nuestra argumentación señalar aquí el hecho de que Mbembe trae a colación algunos de los elementos de *Nacimiento de la biopolítica* (2007) presentados en el primer capítulo, aunque -advierte- a fin de agregar algunas consideraciones: por un lado, dirá que cuando Foucault postula que el liberalismo mantiene con la libertad una relación de producción-consumo, ha olvidado precisar que, históricamente, el esclavismo de negros representa el punto culmine de tal destrucción. En segundo lugar, referirá a la relación triangular (que el filósofo francés propone como característica de la *ratio* liberal) entre libertad-peligro-seguridad y acotará que el “peligro racial” representado por el esclavo negro fue codificado como el riesgo exterior por excelencia, como el pilar principal de la “cultura del miedo”¹³¹ inherente (como vimos) a la democracia liberal desde sus orígenes. Todos estos elementos, según el autor, no hacen más que abonar a su tesis de que las ideas modernas de libertad, igualdad y democracia, resultan históricamente inseparables de los procesos de producción de sujetos de raza (2016a,144).

En base a lo dicho, Mbembe deriva una primera conclusión: si el “negro” es un producto de la imaginación occidental, el “blanco” también es (tal y como hemos visto) el efecto naturalizado de una serie de procedimientos culturales, políticos, institucionales y económicos, encargados de convertir tal creencia de “superioridad civilizatoria” no sólo en sentido común (y he aquí otro punto importante para nuestra argumentación) sino, incluso, en “deseo y fascinación”. El autor dirá, en una línea muy afín a la que sostenemos desde el comienzo de esta tesis, que “sin esta traducción al lenguaje libidinal las figuras e imaginarios son incapaces de operar como una potencia autónoma e internalizada” (2016a, p. 94). La “fantasía del blanco”, por tanto, se ha convertido en una “verdad social efectiva”, que guía la conducta de los gobernados¹³², al definir un “modo occidental de presencia en el mundo” asociado a una “constelación de objetos de deseo y marcas públicas de privilegio”, que decantaron en una redistribución profundamente inequitativa de los recursos de la vida y de los privilegios de la ciudadanía a escala global (2016a, p. 95).

Tal es así que el autor afirma: “la colonización, el Estado y el mercado son una vasta maquinaria productora de deseos y fantasías, que pone en circulación un conjunto de bienes materiales y recursos simbólicos tan codiciados por los colonizados como difíciles de

¹³¹Véase página n°18.

¹³²Se trata la función de hacer coincidir los deseos, expectativas y miedos de los gobernados con fines gubernamentales fijados de antemano, es decir, como hemos visto de una “tecnología de gobierno”.

conseguir”¹³³. He aquí la razón por la cual producen una diferenciación de *status* entre las personas, en el seno de una administración colonial que pone en juego todo un sistema de pruebas, prebendas y gratificaciones (2016a, p.188)¹³⁴. En este sentido, Mbembe dirá, en una línea muy afín a la que guía nuestra argumentación, que la dominación colonial “requiere de una enorme inversión en los afectos”: el potentado, sostiene, se asienta en primer lugar sobre la regulación de las necesidades para luego tomar a su cargo los “flujos de deseo”. La piedra angular de este “dispositivo fantasmático” es, por tanto, la idea de que no hay ningún límite para la riqueza y la propiedad y, por ende, para el deseo. Sin embargo, como es sabido, la satisfacción efectiva de estos deseos será para los sujetos colonizados continuamente aplazada, razón por la que quedan “fuera de sí”, cautivos en y por esa promesa *ad eternum* al punto de experimentar su trabajo, su lenguaje y su vida cual si fuese la de otro (2016a, p.197).

Es por todo lo dicho hasta aquí, concluye Mbembe, que la crítica de la modernidad permanecerá inconclusa mientras no se comprenda que su advenimiento coincide con la aparición del principio de raza y su lenta transformación en una matriz privilegiada de las técnicas de dominación tanto de ayer como de hoy. La reproducción de tal principio, tal y como hemos analizado, depende de un conjunto de prácticas cuyo objetivo inmediato y directo es el cuerpo del otro, y cuyo campo de aplicación es la vida en su generalidad. Éstas, “en un comienzo prosaicas, diversas y más o menos sistemáticas, con el paso del tiempo (...) se erigen en costumbres y toman cuerpo en instituciones, leyes y técnicas cuyas huellas pueden rastrearse históricamente y cuyos efectos pueden describirse” (2016a, p. 108). Veremos en el próximo subapartado cuáles son las formas que tal principio de raza asume en el presente, así como las prácticas a través de las cuales logra producirlas y fijarlas.

2.2.b. Expansión al “todo-mundo”.

A fin de responder, de la mano de Mbembe, a la pregunta de si acaso la raza continúa operando como un principio de orden político en el escenario contemporáneo, creemos necesario recordar -en primer lugar- que éste (como hemos visto) es concebido por el autor como un criterio “extremadamente móvil, inconstante y caprichoso” (2016a, p. 39) y, por tanto, capaz de escapar a las limitaciones de lo concreto y lo sensible, de reformularse

¹³³Que van, dirá, desde derechos de ciudadanía y nacionalidad, hasta mercancías y riquezas

¹³⁴Retomaremos este punto en el próximo subapartado, dado que vemos emerger aquí algunos rasgos de la lógica de la competencia que, como hemos visto en el primer capítulo, son hiperbolizados por el neoliberalismo.

constantemente. Esto se debe, dirá, a que tras la trata de esclavos y el colonialismo se produjo la confluencia de dos discursos: el de la raza en el “sentido biológico” del término y el de la raza como

metáfora de una concepción más general sobre la antigua cuestión de la división y la opresión¹³⁵, del vínculo siempre frágil, aunque inseparable, entre lo político y la vida, entre lo político y el poder de matar, entre el poder y las mil maneras de matar o dejar (sobre) vivir (2016a, p. 109).

En base a lo anterior, Mbembe afirma, a modo de primera hipótesis, que el mundo actual no sólo sigue siendo un “mundo de razas”¹³⁶, sino que de hecho asistimos a un “devenir negro del mundo”. Mediante esta fórmula, como adelantamos, el autor pretende visibilizar y denunciar la expansión y articulación de las lógicas coloniales e imperiales de desposesión, ocupación, y “extracción de beneficio” que engloban hoy a “nuevas figuras de lo negro” tales como, por ejemplo, los cuerpos de inmigrantes, trabajadores precarizados, refugiados y asilados, habitantes hacinados de las urbes globalizadas, entre otros.

Por primera vez en la historia de la humanidad, dirá, la palabra “negro” no remite sólo a la condición impuesta a las personas de origen africano durante el primer capitalismo, sino que remite más bien a una nueva característica “fungible” y de su “institucionalización como nueva norma de existencia y su propagación al resto del planeta” (2016a, p. 32)¹³⁷. Esto equivale a afirmar, en última instancia, que los grupos de la población considerados excedentarios, superfluos, sacrificables se extienden a lo que Édouard Glissant denomina “todo-mundo”. Asistimos a un momento histórico en el que “la distinción entre el ser humano, la cosa y la mercancía tiende a desaparecer sin que nadie –negros, blancos, mujeres, hombres- pueda escapar de ello” (Mbembe, 2016b, s/d).

Ahora bien, ¿qué características asumen los procedimientos de racialización en el seno de la “mundialización neoliberal”? Ésta, dirá Mbembe, materializada en la “expansión

¹³⁵Refiere además a la reactualización y materialización del prejuicio del color en las conocidas instituciones y leyes de segregación en Estados Unidos, así como al *Apartheid*.

¹³⁶Una de sus manifestaciones es “la transformación de Europa en fortaleza”, que se ha equipado de “legislaciones anti-extranjeros (...) desde este comienzo de siglo” (Mbembe 2016a, p. 308).

¹³⁷“África” y “negro” una vez más van más allá de sí mismos, “interpelando políticamente las formas que la muerte ha terminado por adoptar en el comercio contemporáneo entre los vivos” Asistimos, pues, a un “proceso de africanización” de otras partes del mundo: hay algo en estos nombres que “juzga al mundo, que llama a la reparación, a una restitución que no puede comprenderse más que en el contexto de la crítica de la raza” (2016a, p.106). Retomaremos estas nociones en el último capítulo.

planetaria de los mercados¹³⁸, la privatización del mundo y la imbricación creciente entre la economía financiera, el complejo post-imperial y las tecnologías electrónicas y digitales” (2016a, p. 27), reactualiza la lógica de la raza¹³⁹ dando lugar a nuevas “relaciones serviles” que, asociadas a nuevos dispositivos de “gestión” de la vida, el trabajo, la sexualidad, la seguridad¹⁴⁰ y -sobre todo- la movilidad, decantan en la generación de territorios segregados y “poblaciones flotantes”, “suspendidas”. Dado que -como hemos señalado- uno de los “valores” por excelencia del neoliberalismo es el “libre movimiento”, los “nuevos negros” serán aquellos condenados al encierro¹⁴¹, a la inmovilidad: aquellos que se estima no deben moverse del lugar que les ha sido asignado.

Sobre esta base, el autor comenzará a desmontar algunas de las ficciones (o “fantasías”, para continuar con el término utilizado en el subapartado anterior) de las que se nutre, y sobre las que descansa, la razón negra en el seno del neoliberalismo. Una de ellas consiste en la idea de que el capital financiero se “crea a sí mismo”, en tanto que elemento “invisible” e “intangibile”. Mbembe enfatiza, por el contrario, el hecho de que el capital sigue necesitando, como ha necesitado desde sus orígenes, de suplementos y “subsidijs” raciales.

Para explicar a qué se refiere con esto último, Mbembe pone en tensión otra de las grandes fabulaciones de la *ratio* neoliberal: la idea de que todos y cada uno de los individuos se hallan en condiciones de devenir -como vimos en el primer capítulo- “empresarios de sí mismos”. Tal “sujeto-flujo”, de conducta regulada por los principios del corto plazo y el mercado, “endeudado”, halla su contrafigura en lo que llama una “humanidad superflua” (2016a, p. 13). Así, mientras el problema del “sujeto emprendedor” consiste en ser preso de su propio deseo y el del trabajador de la primera industrialización consistía en ser explotado por el capital, el de estas multitudes racializadas será el de “no ser explotadas en absoluto (...) su fatalidad es la postergación, [el hecho de quedar] librada al abandono y [de ser] totalmente prescindible para el funcionamiento del capital” (2016a, p. 28)¹⁴².

En función de lo dicho, el autor reforzará la idea de que la matriz de nuestro presente post y neocolonial sigue siendo aquel tipo de poder que -como hemos visto- ataba a las poblaciones y los territorios a las lógicas de la raza y el beneficio, aun cuando éste se articule

¹³⁸El neoliberalismo -agrega- se caracteriza además por la “producción de la indiferencia, la codificación ilimitada de la vida social en cifras, así como por diversas operaciones de abstracción que pretenden racionalizar el mundo en base a lógicas empresariales” (2016a, p. 28)

¹³⁹Esto se debe a que la “razón negra” (como vimos) es un “texto” que no deja de modificarse según variantes múltiples y contradictorias -al igual que, podríamos decir, la “axiomática” del “CMI”.

¹⁴⁰Véase apartados 1.2 y 1.3.b.

¹⁴¹En campamentos, centros de tránsito, entre otros mil lugares de detención que, como vimos, operan combinados con otras estrategias de poder

¹⁴²Los corchetes nos pertenecen. Véase página nº35, acerca de los sujetos “inoperantes”.

bajo una nueva sintaxis destinada a producir nuevas figuras de lo negro y, sobre todo, aun cuando Europa, afirma, “dejó de ser el centro de gravedad del mundo” (2016a, p. 25)¹⁴³: he aquí una de las afirmaciones más salientes de este texto y que, podemos agregar, coincide con la cartografía geopolítica descentralizada propuesta por Guattari. Ahora bien, teniendo en cuenta que la raza y el negro fueron dos figuras centrales, aunque negadas, del discurso euroamericano, Mbembe se pregunta: ¿la relegación de Europa al rango de una provincia más del mundo supondrá acaso la extinción del racismo, o serán más bien las transformaciones en el seno de la humanidad las que harán mutar la noción de “raza”?

Dado que, como vimos, esta categoría nunca constituyó un concepto fijo, podemos afirmar -junto con Mbembe- que tal “crepúsculo europeo”¹⁴⁴ no trae consigo, necesariamente, el fin de los procesos de racialización. Esto se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que en muchos países actualmente reina lo que el autor llama “racismo sin razas”, un cúmulo de prácticas de segregación que, paradójicamente, hacen de la discriminación algo “conceptualmente impensable”, al apelar a variables como “la cultura” y/o “la religión”¹⁴⁵. En el escenario contemporáneo, pues, se suman “nuevas invariantes del racismo” caracterizadas - como hemos visto- por la “mutación de las estructuras de odio, y la recomposición de las figuras del enemigo íntimo” (2016a, p. 34).

A lo anterior, el autor sumará que los modos de racialización del siglo XXI operan un retorno al abordaje biológico de las distinciones entre grupos humanos, al recurrir, por ejemplo, a la genética, la biomedicina, y la biotecnología (2016a, p. 57)¹⁴⁶, lo cual trae consigo una “potenciación de la ideología de la seguridad” de la que hemos hablado en el primer capítulo: he aquí la base sobre la que se instauran las estrategias de gestión de flujos y movilidad en el contexto actual, que centra su mirada -sobre todo, y como hemos dicho- en las figuras del terrorista y el inmigrante¹⁴⁷ como principales fuentes de riesgo. Así es que, en pos del control de la movilidad de estas nuevas figuras de “lo negro”, los nuevos dispositivos de seguridad combinarán -tal y como hemos insistido en remarcar- elementos de regímenes anteriores (como dispositivos disciplinarios y penales del esclavismo, técnicas de guerras

¹⁴³Esto se debe en parte, dirá, a que ha aparecido allí una nueva clase de sujetos estructuralmente endeudados. Véase Lazzarato, M. (2013) *La fábrica del hombre endeudado*. Veremos más adelante, mediante el planteo de Clara Valverde, las formas que asume la necropolítica en Europa, más específicamente en España.

¹⁴⁴En esta línea, véase el libro del filósofo español Luis Sáez Rueda *El ocaso de occidente* (2015).

¹⁴⁵Tal es el caso, dirá Mbembe, del “universalismo republicano”, que pretende ser indiferente a la idea de raza, mientras encierra a los no-blancos en sus supuestos “orígenes”, alimentando, p. ej. la islamofobia (2016a, p. 34).

¹⁴⁶Recordemos la referencia de Díaz a las neurociencias como tecnologías de gobierno (véase nota al pie n°84)

¹⁴⁷Mbembe vuelve sobre el caso de la “ola anti-migratoria” en Europa, gracias a la cual categorías poblacionales enteras son “indexadas” para luego ser sometidas a diversas formas de asignación racial: el inmigrante, legal o ilegal, será la figura central de la diferencia percibida como cultural, religiosa, lingüística, etc. (2016a, p. 61)

coloniales de conquista y ocupación, tecnologías jurídico-legales de excepción)¹⁴⁸ con “tácticas propias de la edad genómica y de la “guerra contra el terror” (2016a, p. 58).

Todo lo dicho hasta aquí decanta, según Mbembe, en que los regímenes democráticos liberales se declaran hoy en día en estado de guerra casi permanente, contra enemigos nuevos, huidizos, móviles y reticulares. Apelando al imaginario de la necesidad de una “defensa total”, exacerba -como vimos en el apartado anterior- el principio de la excepción, exige que se establezcan dispositivos cada vez más rigurosos de control de las personas, de ser posible - como hemos visto- a distancia. En este contexto, los ciudadanos devienen “sujetos beneficiarios de la vigilancia”, al tiempo que se tiende a la constitución de una “nueva especie de población” predispuesta al encierro y el aislamiento (2016a, p. 59)¹⁴⁹.

Vemos cómo, por tanto, los procesos de racialización persiguen hoy el objetivo de identificar a ciertos grupos poblacionales y de fijar, con la mayor precisión posible, los límites dentro de los cuales pueden circular y los emplazamientos que pueden ocupar. Los dispositivos de seguridad, pues, habrán de incluir a estos cuerpos en el seno de un cálculo sobre el riesgo, el azar y las probabilidades, a fin de prevenir los peligros inherentes a su circulación y, si fuera posible, neutralizarlos por anticipado¹⁵⁰, con frecuencia -como vimos- mediante la inmovilización, la encarcelación o la deportación. En este contexto la raza deviene, dirá Mbembe, “ideología y tecnología de gobierno a la vez” (2016a, p. 80).

En función de lo desarrollado hasta aquí, el autor concluirá que (dado que muros, campos y fronteras se reactivan hoy en todo el mundo) las estrategias de poder en la era securitaria contemporánea funcionan, en gran medida, a través de prácticas de diferenciación y clasificación propias de lo que llama -en una línea muy cercana a la de Guattari- “lógica de cercado”, afirmación que conduce a una serie de interrogantes que resultan centrales para nuestra argumentación en lo que sigue: ¿Qué hacer, pues, con la costumbre colonial heredada -y, como hemos visto, sostenida- de dividir, clasificar, jerarquizar y diferenciar? ¿Cómo habrán de cicatrizar tales cortes, tales lesiones? ¿No insistimos acaso, nosotros mismos, en vernos únicamente en y a través de la diferencia? ¿No es acaso necesario repensar los

¹⁴⁸Así como técnicas elaboradas durante dictaduras, expandidas por todo el mundo bajo la complicidad de agentes de información y organismos internacionales al servicio de potencias occidentales. Tal es el caso, como vimos, de los vínculos entre las dictaduras en Latinoamérica y la Escuela de Chicago. Véase página n° 36.

¹⁴⁹Con la noción de “Gobierno Privado Indirecto”, Mbembe describirá la forma en la que las élites gobernantes aspiran hoy, a nivel global, a “abolir lo político” mediante lógicas de aislamiento -separación entre países, clases, individuos entre sí-, y militarización, condición necesaria de la despolitización y desmovilización de la protesta social (2016b, s/d).

¹⁵⁰Cabe mencionar el caso del protocolo dispuesto por la ministra de Seguridad argentina Patricia Bullrich de habilitar a los efectivos policiales a disparar a los presuntos delincuentes sin dar la voz de alto, entendido como un intento de legalización del “gatillo fácil” y recientemente rechazado por el gobierno de Buenos Aires por inconstitucional y violar acuerdos y tratados internacionales de derechos humanos (Véase nota al pie n° 87)

vínculos existentes entre la “diferencia y la vida, lo semejante y lo diferente, lo excedente y lo en-común”? (2016a, p. 35). Dado que -como vimos- el resultado del trabajo de raza es la negación de la idea misma de lo común, inclusive de la idea misma de una “comunidad humana”, retomaremos este punto en el próximo capítulo, dedicado -como hemos anticipado- a pensar en las posibles resistencias a esta lógica de muerte del presente global.

2.2. Formulaciones afines acerca del presente global

Tras haber presentado las propuestas críticas intraeuropeas de Foucault, Deleuze, Guattari acerca del neoliberalismo, creemos necesario traer a colación, en un primer subapartado, algunas de las líneas centrales de un planteo surgido, al igual que el de Mbembe, en un espacio geopolítico extraeuropeo, más específicamente en el seno de nuestro escenario continental. A fin de examinar los modos concretos en que operan las estrategias de poder descritas en el primer capítulo en el denominado “Tercer Mundo”¹⁵¹ (en tanto que segmento del planeta en el que la colonialidad, la racialización y la subalterización han sido -y continúan siendo- lógicas fundamentales para la producción de cuerpos y poblaciones excedentarias) desarrollaremos el concepto de “necrocapitalismo”, acuñado por la pensadora mexicana Sayak Valencia (2010).

2.3.a. En las fronteras.

Quisiéramos comenzar a desarrollar el planteo de Valencia señalando el objetivo perseguido por el mismo, el cual consiste en mostrar que la violencia constituye una dinámica intrínseca al funcionamiento del capitalismo contemporáneo. Para ello, la autora parte de la afirmación de que el neoliberalismo -al hacer de la acumulación exacerbada de capital financiero un fin absoluto por encima de cualquier otra lógica o metanarrativa- trae consigo, necesariamente, el aumento de la producción global de marginalización, despojo y muerte.

¹⁵¹En *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo* (2007) Arturo Escobar dirá que la creación de las categorías “primer/tercer mundo”, “desarrollado/subdesarrollado”, “centro/periferia”, etc., forma parte de un discurso que sirvió para subyugar a América del Sur a los intereses del supuesto “centro”. Retomaremos en el próximo capítulo el cuestionamiento de Mbembe respecto de esta división, en pos de pensar las resistencias desde el “todo-mundo” (Véase apartado 2.2.b).

Sobre esta base, la autora acuña la noción de “necrocapitalismo” a fin de dar cuenta de los modos en los que impacta y se manifiesta la economía hegemónica-global, las “fuerzas transnacionales del Primer Mundo” (2010, p. 14), en los que denomina “espacios fronterizos”¹⁵². Allí, afirma, “el crimen organizado y los usos predatorios del cuerpo” aparecen como una especie de condición de posibilidad del enriquecimiento de los individuos y, por ende, del cumplimiento de las cada vez más exigentes pautas neoliberales que, como hemos visto, tienden a la conversión de todas las relaciones y espacios de vida en una “sede” desterritorializada del mercado (2010, p. 14)¹⁵³.

Así pues, la principal característica que asume el neoliberalismo en estos contextos consiste en que los mentados sujetos “emprendedores” son, muchas veces, aquellos que ponen en marcha prácticas que la autora califica como “*gore*”¹⁵⁴ y que devienen en “herramientas de necroempoderamiento”. Se trata, afirma, de una serie de transacciones que transforman contextos y situaciones de vulnerabilidad y subalternidad en oportunidades de obtención de poder monetario -tales como secuestros, asesinatos por encargo, narcotráfico, venta de armas, trata de personas y órganos, entre otras- (2010, p. 19).

Vemos cómo al enfrentarnos a estas múltiples formas de “desacralización de la vida” en pos de la extracción de beneficios, Valencia logra complejizar muchos de los principios que hemos presentado en el transcurso de nuestra argumentación. Teniendo en cuenta que estas prácticas de muerte constituyen para quienes las desarrollan medios para formar parte de la lógica del mercado neoliberal a la que hemos referido, el “capitalismo *gore*” se revela entonces como la “dimensión sistemáticamente descontrolada y contradictoria del proyecto neoliberal”¹⁵⁵ al evidenciar las distopías que éste trae consigo. Subvierte, pues, de modo crudo y sin eufemismos, el optimismo del imaginario de la “libre circulación” y el “emprendedurismo”. Más que “sujetos libres y empresarios de sí mismos” lo que “fluye libremente” en este contexto son cuerpos doblegados por la violencia, así como el capital producido y movilizado por ella (2010, p. 19).

Otra de las características que la autora resalta de la mundialización neoliberal y que cabe traer a colación aquí consiste en que -como hemos visto- ésta incorpora, re-traduce y fusiona estrategias de poder de diferentes naturalezas que, a su vez, asumen diversas formas al ser desplegadas en determinados contextos. Hará hincapié, por tanto, en el hecho de que

¹⁵²Cuyo ejemplo paradigmático será la ciudad de Tijuana.

¹⁵³Véase su apartado titulado “Estado Nación/Mercado Nación” (2010, p. 31).

¹⁵⁴*Gore* es el nombre de un género cinematográfico caracterizado por poner en escena una violencia gráfica extrema y visceral a fin de teatralizar los modos en los que el cuerpo humano puede ser vejado.

¹⁵⁵Tal proyecto será entendido por Valencia como el “producto de las polarizaciones económicas, el bombardeo informativo y publicitario que crea y afianza subjetividades hiperconsumistas” (2006, p. 20)

ciertas tecnologías de poder que parecían ser puestas en marcha exclusivamente por el “Primer Mundo” son resignificadas en “este lado del mundo”, en el “Sur Global” (Santos, 2010): la violencia y el derecho de dar muerte, como también aclara Mbembe, son ejercidos en estas latitudes a través de un complejo entramado de poderes paraestatales y privados que, ensamblados con poderes estatales, conforman la vasta retícula neoliberal transnacional, descentrada y desterritorializada que hemos descrito en el primer capítulo. En este sentido Valencia dirá, en su capítulo titulado “El estallido del Estado como formación política”, que el “Primer Mundo” desconoce estas prácticas, no porque no haya participado nunca de las “lógicas criminales”, sino porque

esta forma de ejercer la criminalidad está emparentada con las lógicas de la globalización que aún hoy resultan bastante desconocidas e imprevisibles en cuanto a sus efectos, condenándose así a un vacío epistemológico, teórico y práctico por carecer de un conjunto de códigos comunes que descifren estas prácticas *gore* (2010, p. 28).

Mediante esta afirmación, la autora pretende poner de manifiesto la incapacidad del discurso del neoliberalismo y de la economía formal para dar cuenta de estos fenómenos que se dan ya en todos los confines del planeta. Tal es así que dirá que, a través de conceptos que “no dicen nada”, tales como “mercado negro” o -simplemente- “prácticas ilegales”, ocultan los efectos que tales prácticas producen en la economía mundial, es decir, el hecho de que en muchas naciones el crimen organizado se ha convertido en un actor político clave. En primer lugar, en tanto que factor de gran influencia en los procesos de estabilidad económica (sobre todo en relación al enriquecimiento de las clases dirigentes) y, en segundo lugar, en tanto que factor político, social y cultural, al servir de contra-imaginario de la subjetividad “deseable” en el seno de las sociedades securitarias; esto es, el factor de riesgo que es menester calcular para la seguridad de la mayoría ciudadana.

Todo lo dicho hasta aquí conduce a la afirmación de que, en este marco y según Valencia, “la vida (como el “último de los grandes tabúes”)¹⁵⁶ sólo adquiere valor en tanto que condición de posibilidad de la acceso a los circuitos del mercado, en tanto que “ticket” de

¹⁵⁶Recordemos cómo el ingreso de la biopolítica convirtió a la muerte en un acontecimiento del orden de lo privado, “más tabú incluso que el sexo” (Véase nota al pie n°6). Hemos visto en este capítulo cómo, por el contrario, asistimos hoy a una banalización y naturalización de la muerte, así como también -de la mano de Foucault- que esto, lejos de atribuirse a un cambio en los “sentimientos de época” remite, más bien, a una profunda transformación de las tecnologías de poder.

entrada a la lógica de la competencia. En este contexto, pues, lo valioso será -por tanto- el poder de otorgar la muerte a los otros, lo cual -a su vez- despista a los “detentores oficiales” del poder. Esto se debe a que -como hemos señalado- el necropoder no pide permiso necesariamente al Estado o a determinadas autoridades, sino que opera -más bien- desde esferas inesperadas, incluso -como vimos aquí- entre los mismos oprimidos entre sí. Emergen, por tanto, nuevos elementos, combinaciones y dinámicas históricas de ejercicio del “triángulo de soberanía, disciplina y gestión gubernamental” y, por ende, nuevas formas de resistencia que le hacen frente y sobre las que reflexionaremos en lo que sigue.

2.3.b. Hacia las resistencias

En este segundo y último subapartado desarrollaremos algunos de los puntos principales del desarrollo de la catalana Clara Valverde (2015). Esto se debe a que la autora propone allí una serie de elementos que nos permitirán, por un lado, analizar el funcionamiento de las lógicas de muerte en Europa -más específicamente en el España, y sumar elementos propios de nuestro contexto nacional- así como algunos conceptos que habrán de conducirnos hacia nuestro tercer capítulo, tales como los de “empatía radical” y “repolitización”, entre otros. Dicho análisis nos permitirá dimensionar la expansión de la necropolítica al “todo-mundo” denunciada hasta aquí, no obstante la aclaración -sumamente necesaria a fin de no hacer un uso simplificado y laxo de los términos- que la misma autora presenta en el prólogo de su libro: si bien “todos somos potencialmente excluidos”, es sabido que “la vida del joven que no vale nada en Colombia, [cuya] muerte es moneda de cambio no es la vida de un joven en paro y sin futuro que malvive en el ‘parque temático’ de Barcelona” (2015, p. 14)¹⁵⁷.

Sobre esta base, Valverde comenzará su caracterización del capitalismo actual haciendo especial hincapié (tras mencionar la centralidad de las corporaciones y sus *modus operandi*) en la aceleración de la mercantilización y privatización de los bienes públicos¹⁵⁸. Esto se debe, dirá, a que tales procesos tienen por efecto la producción masiva de personas que se reúnen en una única imposibilidad: la de vivir (2015, p. 12)¹⁵⁹. Se trata, pues, de todos aquellos sin trabajo, sin techo, enfermos crónicos, sin asistencia sanitaria, jóvenes y/o

¹⁵⁷Los corchetes nos pertenecen.

¹⁵⁸ De entre los que resaltarán particularmente a la salud. Véase, además, pág. n°25.

¹⁵⁹Véase página n°35.

ancianos sin recursos, refugiados, inmigrantes racializados, etc., que la necropolítica procura “quitar del camino” en tanto que obstáculos para la maquinaria capitalística.

Ahora bien, ante la pregunta acerca de los modos en los que el neoliberalismo ejerce la necropolítica la autora postulará en primer lugar una forma “inmediata”, una “violencia directa”. Ésta, tal y como hemos descrito en reiteradas oportunidades hasta aquí, se despliega en nombre de la “seguridad” de los ciudadanos y a través de la clasificación del “Otro” en términos de “amenaza” sobre la cual es “justo” aplicar multas, represiones, detenciones de dudosa legalidad, torturas y hasta asesinatos¹⁶⁰, medidas ante las cuales -se instala- “ningún ciudadano de bien” debería preocuparse (2015, p. 47).

Un segundo modo de ejercicio de tal poder de muerte, dirá Valverde, es el que opera mediante la implementación de una serie de políticas concretas, tales como la sanción o modificación de leyes¹⁶¹. Tales acciones consisten generalmente en retirar o disminuir la ayuda económica a personas enfermas y dependientes -lo cual dificulta o imposibilita su acceso a la medicación y a los recursos vitales en general¹⁶²-, en desalojar de sus viviendas a quienes ya no pueden pagarlas¹⁶³, entre otras medidas de austeridad, ajuste y recorte. Se trata de una manera de gobernar que al tiempo que acelera la muerte de sus gobernados se encarga de mantenerlos al límite, con el “privilegio de sobrevivir” (2015, p. 15)¹⁶⁴.

La tercera y última forma en la que, según la autora, el necropoder se abre paso en el neoliberalismo consiste en lo que llama “violencia discreta” y cuyo principio rector será la “potencia nihilizadora del capital”, es decir, su capacidad de “naturalizar la muerte socializada”. Mediante esta modalidad, prácticamente imperceptible, la necropolítica convoca tanto a los ciudadanos “ilustres, responsables y emprendedores”, como a asociaciones, ONGS y “expertos”¹⁶⁵, a participar de ella en base a la ficción internalizada de la “libertad” y el

¹⁶⁰Acerca del “gatillo fácil” en Argentina véase notas al pie n° 87 y 149. Cabe referir, además, a la desaparición forzada seguida de muerte del joven anarquista argentino Santiago Maldonado a manos de la Gendarmería Nacional, seguida del asesinato de los jóvenes mapuches Rafael Nahuel y Camilo Catrillanca, acontecidos en el marco de luchas por la defensa de la autodeterminación del pueblo mapuche y su pertenencia al territorio.

¹⁶¹Acerca de las “matanzas invisibles”, véase nota al pie n° 121. Sobre la modificación y sanción de leyes que conducen “invisiblemente” a la muerte de las poblaciones, véase página n°25, nota al pie n°49.

¹⁶²Ejemplos de esto en Argentina pueden ser la aprobación en 2017 del proyecto de Reforma Previsional (que redujo las jubilaciones y pensiones), así como la transformación en 2018 de 8 Ministerios -incluido el de salud- en Secretarías que, entre otras consecuencias, dejará a 15.000 personas con VIH sin tratamiento en 2019: <https://mundoempresarial.com.ar/noticia/1397/que-pasa-cuando-un-ministerio-es-convertido-en-secretaria>. Véase además, la aprobación del Presupuesto Nacional para 2019, que ha sido caracterizado en términos de “masacre social”: <http://www.infonews.com/nota/319928/la-aprobacion-del-presupuesto-va-a-dejar>, sumado al aumento de los servicios públicos durante el 2018.

¹⁶³Sobre la “especulación inmobiliaria” y el fenómeno de los “desahucios” en España (Valverde, 2015, p. 31).

¹⁶⁴Recordemos la función de “mantener con vida” de la política social en el neoliberalismo (página n°25).

¹⁶⁵Profesionales de la salud, la psicología y las ciencias sociales, así como “expertos” de las corporaciones que infantilizan a los ciudadanos mediante un paternalismo discreto, al promocionar ciertos pensamientos, comportamientos y estilos de vida, y estigmatizar otros (2015, p.65).

“libre flujo” neoliberal que decanta en la idea individualizante de que el fracaso o éxito de los sujetos se halla ligado únicamente -como hemos visto- a la capacidad de cada uno de “autogestionarse” sus propias posibilidades vitales (2015, p. 23).

Estamos, dirá la autora, ante un mecanismo que equivale a “gobernar sin gobernar”, sin “ensuciarse las manos”¹⁶⁶, consistente en al menos tres funciones fundamentales reunidas en la función general de “despolitizar”, la cual permite a quienes “están dentro” controlar los comportamientos “indeseables” de los demás. Se trata, pues, de la apelación al principio de “tolerancia”, el uso del lenguaje en pos de la relativización y la culpabilización¹⁶⁷ y la manipulación de la historia (2015, p. 61). Tales operaciones parten de una base común: la difusión de imaginarios que evitan que tanto los más precarios de la sociedad como aquellos “incluidos” en ella cuestionen el estado general de cosas.

En primer lugar, la apelación al principio de tolerancia permite, en lugar de indagar en el contenido político de las diferencias (socio-económicas, culturales, raciales, de género, entre otras) “gestionar la presencia” de lo que se considera inferior, de lo que se quiere apartar e incluso dejar morir. Se trata de una tecnología de gobierno que –como hemos visto antes- organiza la conducta, marca los cuerpos, los pone “en su sitio” y convierte las diferencias en “problemas individuales” con los que cada uno debería lidiar como le dicte su voluntad, que muchas veces decanta en una construcción victimizante y romantizada del “héroe” individual¹⁶⁸. En todos los casos, lo que se quiere evitar son demandas políticas (2015, p. 41).

En segundo lugar, el lenguaje constituirá una clave fundamental para el mantenimiento del neoliberalismo y su violencia debido a que mediante el uso de términos tales como “eficacia, eficiencia, producto, beneficio, objetivos, uso racional”, entre otros, se “gestiona la realidad social”. He aquí el rol fundamental de la prensa en tanto reproductora de ficciones¹⁶⁹ destinadas a que la población crea que el origen del sufrimiento no es político,

¹⁶⁶Recuérdese nuestro tratamiento del oxímoron de “matar sin crimen” (página n° 43).

¹⁶⁷Véase página n°36.

¹⁶⁸Tal es el caso de un niño que debía caminar 3km para llegar a la escuela en la provincia de Corrientes (https://www.clarin.com/sociedad/nene-anos-camina-kiometros-cruza-arroyos-ir-escuela-misiones_0_H1k58TyGQ.html,) así como el de uno de doce años en San Juan que según los medios oficialistas “eligió” impartir clases en el patio de su casa a vecinos analfabetos (<http://www.milenio.com/virales/este-nino-de-12-anos-da-clases-y-tiene-su-propia-escuela>)

¹⁶⁹Tales como las afirmaciones del presidente Mauricio Macri difundidas por los medios hegemónicos de comunicación: “viene una lluvia de inversiones”, “las cosas mejorarán en el segundo semestre”, “en la Argentina habrá ‘pobreza cero’”, entre otras, que pasan a formar parte del sentido común. Véase: <https://www.perfil.com/noticias/politica/los-1000-dias-del-gobierno-de-mauricio-macri-en-frases.phtml>

sino más bien fruto de la falta de capacidad de los individuos de “autogestionarse”¹⁷⁰. Estamos, pues, ante lo que Valverde llama “verbicidio” (2015, p.65).

En tercer lugar, y a propósito de la manipulación de la historia, la autora dirá que la violencia discreta es más fácil de instaurar en sociedades que han vivido una violencia política masiva, propia de órdenes dictatoriales y autoritarios y que se han visto forzadas luego -debido mayormente a la exigencia de los gobiernos de turno- a mantener silencio. En este punto, derivará una serie de reflexiones acerca de la importancia de la elaboración de los traumas del pasado, como condición de la capacidad de ver y denunciar con mayor claridad y fuerza las injusticias del presente. Esto se debe, dirá Valverde, a que lo primero que se daña en la ausencia del duelo colectivo¹⁷¹ es la capacidad de sentir empatía lo cual produce, a su vez, sujetos más manipulables y pasivos lo que imposibilita que se conecten entre sí en pos de la construcción de una fuerza colectiva, de una “comunidad política” (2015, p. 59). Volveremos sobre este punto a continuación.

En base a lo dicho hasta aquí, la autora afirmará que el lema del neoliberalismo es “prohibido ayudar a otros naufragos”: todos aquellos que quieran involucrarse en frenar, o al menos denunciar, estas estrategias de poder y sus efectos habrán de enfrentarse a una serie de métodos de silenciamiento basados en la idea de que al exponer estas situaciones se está “desmoralizando” a la población¹⁷². Por el contrario, lo que se busca es que los gobernados sientan que esos cuerpos marcados por la necropolítica les impiden “disfrutar de lo propio” - de la terraza de un restaurante, de la avenida, de la “ciudad-parque temático”- y que justifiquen -como hemos visto-, su borramiento de los espacios que transitan (2015, p. 60).

Esto último llevará a Valverde a enfatizar la importancia que revisten, en este contexto, los fenómenos de “exclusión espacial” -a los que hemos referido a propósito de los planteos de Mbembe- en el seno de las ciudades. Tal y como hemos señalado, el neoliberalismo “controla y forma el espacio”¹⁷³ en función de sus objetivos económico-gubernamentales y adjudica a cada sujeto su sitio, lo que equivale a afirmar que mientras

¹⁷⁰La autora agrega que los enfermos de SSC rompen con la idea neoliberal de que podemos controlar nuestra dieta, nuestra salud y nuestra vida entera. Al poseer un alto componente medioambiental, estas enfermedades son la muestra viviente de los efectos de la contaminación, al igual que las poblaciones expuestas a agrotóxicos y a los efectos del fracking. Tanto los gobiernos como las empresas niegan tal influencia sobre la salud, así como la sociedad civil, dado que creer equivaldría a cuestionar y amenazar el modelo de crecimiento, así como los propios estilos de vida (2015, p. 101).

¹⁷¹Cita a Judith Butler quien en *Vida Precaria. El poder del duelo y la violencia* (2006) postula que sin duelo la gente siente que las pérdidas no son reales y por tanto des-sensibiliza el sufrimiento humano, lo cual produce miedo, confusión, y una gran tendencia a polarizar y simplificar los análisis políticos (2015, p. 58).

¹⁷²Refiere a la “Ley de seguridad ciudadana”, aprobada en España en 2015 llamada “Ley Mordaza”. Véase: <http://www.expansion.com/economia/politica/2015/07/01/5593a63e46163f06438b4572.html>

¹⁷³Agrega: “El capitalismo ha sobrevivido ocupando espacio y produciendo espacio” Lefebvre, H (1974). *La producción del espacio*.

defiende y reserva el principio de libertad total de circulación a ciertos cuerpos restringe el movimiento de otros¹⁷⁴. En este sentido, Valverde referirá a los procesos de gentrificación, a la mercantilización de las ciudades en pos del turismo¹⁷⁵ y la correspondiente criminalización de aquellos a quienes se prohíbe el uso del espacio público mediante leyes, códigos contravencionales, accionar policial¹⁷⁶ y, sobre todo, normas de conducta interiorizadas por gran parte de la población¹⁷⁷. Vemos cómo, una vez más, el espacio y el territorio aparecen como elementos centrales en la formación de subjetividades y en el gobierno de los comportamientos (2015, p. 28).

Ahora bien, frente a este panorama, Valverde se pregunta “¿cómo autoorganizar el sufrimiento social? ¿cómo pensar una alianza política?” En primer lugar, dirá que los cuerpos marcados por alguna de estas modalidades de la necropolítica, sino por todas, constituyen cuerpos “resonantes”, “evidencias” de la inequidad neoliberal y, por tanto, potenciales “amenazas” que podrían activar en el resto de la sociedad aquello que llama “empatía radical” (2015, p. 123). Este principio, sin embargo, lejos de reducirse a un sentimiento de un individuo hacia otro refiere más bien a un posicionamiento político colectivo que, no obstante, no puede surgir sino partiendo del reconocimiento de la propia “vulnerabilidad”¹⁷⁸. He aquí, dirá, la base de cualquier proyecto de “repolitización” que pretenda mostrar que los orígenes de las desigualdades no se encuentran ni en “causas naturales”, ni en las voluntades individuales sino que obedecen a un complejo entramado de relaciones y decisiones políticas.

Otro punto importante de la propuesta de la autora en este sentido consiste en su invitación a partir de los que llama “espacios intersticiales”, habitados por esos “cuerpos resonantes”: se trata, pues, de lugares privilegiados de encuentro, de mirada y de escucha y – por tanto- de conformación de una “unión sin unidad”. La potencia política de estos espacios y cuerpos reside, dirá, en el hecho de que están “dentro” y “fuera” al mismo tiempo, que se escabullen entre las grietas de la estructura social: al carecer de una definición concreta

¹⁷⁴Respecto de esta restricción espacial, véase el reciente pedido de vecinos de un barrio privado de Buenos Aires de que sus empujadas domésticas no viajaran con ellos en el mismo transporte: <https://www.pagina12.com.ar/156619-el-apartheid-tiene-su-version-nordelta>.

¹⁷⁵Ejemplo de esto son las reacciones producidas en el Barrio de Gracia, Barcelona, ante el turismo: véase https://cronicaglobal.lespanol.com/business/ataques-pisos-turisticos-barrio-gracia-barcelona_63132_102.html y el documental catalán “NO-RES: vida y muerte de un espacio en tres actos”, acerca de la demolición de barrios populares en la misma ciudad: <http://metromuster.cat/project/no-res>

¹⁷⁶Véase el caso de la llamada “marcha de la gorra” surgida en Córdoba, Argentina <http://marchadelagorra.org/>

¹⁷⁷Los administradores de las ciudades, añade Valverde, están poniendo en marcha una arquitectura “disuasoria” consistente en el diseño de bancos de parques y avenidas en los que sea imposible recostarse (al igual que los de estaciones y aeropuertos), en agregar pinches a los bordes de las paredes para que nadie pueda apoyarse allí, entre otros ejemplos (2015, p. 30). Todo esto recuerda a la noción de “Cuarto Mundo” (nota n° 75 y pág. 41).

¹⁷⁸Acerca de la precariedad como condición ontológica, véase Butler, J. (2006; 2010), su conferencia dictada en México en marzo de 2018, titulada: “Vulnerabilidad y resistencias revisitadas” y <https://www.elsaltodiario.com/gsnofaftershave/judith-butler-yo-quiero-ser-mas-debil>

portan consigo una fuerza y una creatividad propia de quienes “conocen dos mundos” (2015, p. 124) y constituyen, por tanto, una potencial amenaza para el estado actual de cosas.

Esto se debe a que en esos espacios se producen vínculos que rompen con las diferencias de edad, clase, género, étnicas -gérmenes de lo que llama “comunidad sin estructura”- y que se basan más bien en aquello que es común a todos, más allá de su singularidad: el hecho de que desafían al poder soberano al “insistir en vivir”, tan sólo “estando ahí”¹⁷⁹, en esa “*communitas* suspendida”¹⁸⁰ en el tiempo (2015, p. 125).

Así, la autora enfatizará el hecho de que tal re-politización lejos de pretender “incluir” a estas corporalidades en movimientos sociales pre-existentes -estrategia que ya se ha revelado insuficiente- tiene por fin más bien convocar a los “incluidos” a poner en tensión las ficciones despolitizantes del neoliberalismo, a reconocerse potencialmente liminales. Dado que, como hemos señalado, nuestras vidas se hallan ligadas a las exigencias de la cultura emprendedora, nuestros “privilegios” habrán de ser severamente puestos en duda a partir del momento en que, por cualquier motivo, dejemos de cumplir con ellas¹⁸¹. He aquí por qué es menester cuestionar el rol central del consentimiento prestado por los gobernados en la tarea de controlar a los excluidos, así como la naturalización de la muerte (2015, p. 127).

Dado que, como hemos examinado, el neoliberalismo despolitiza manipulando el lenguaje, culpabilizando e individualizando, la repolitización consistirá también en llenar de contenido político las realidades, nombrándolas, y contagiando -a modo de “virus”-, esa amenaza nacida de los espacios intersticiales. Es necesario además, tal y como anticipamos, poner en marcha los procesos de reparación de los daños del pasado, dado que -citando a Butler- Valverde dirá que el duelo “es un proceso de los cuerpos, que acerca a los seres humanos entre sí”: el poder soberano no quiere que los sobrevivientes hablen, recuerden y dignifiquen a los muertos, ni que escuchen a los ‘muertos vivos’ dado que, cuando esto pasa, cambia la narrativa del discurso del poder y libera de las manipulaciones discursivas del presente (2015, p. 130).

A modo de conclusión, tanto de esta sección como del segundo capítulo en general, quisiéramos enfatizar la advertencia de Valverde: en los espacios intersticiales no hay sitio ni tiempo para repetir estructuras de organización verticales¹⁸² y de líderes que han mostrado ser una pérdida de energía que frena, desmoraliza y reproduce el autoritarismo. En este sentido,

¹⁷⁹Cita en este punto una pancarta del movimiento *Occupy*, al que referiremos más adelante, que reza: “No tenemos reivindicaciones. Nosotros somos las reivindicaciones”, así como el lema “Nuestra violencia es existir”

¹⁸⁰Véase página n°53, respecto de poblaciones “flotantes” o “suspendidas” en el planteo de Mbembe.

¹⁸¹Por caso, si fuese uno mismo quien se quedase sin trabajo, sin casa y sin acceso a la asistencia médica, etc.

¹⁸²Mbembe también advierte que “se están propagando por el planeta nuevas formas de lucha organizadas en células, horizontales, laterales, propias de la era digital” (2016a, p. 268).

traerá a colación una serie de ejemplos movimientos en España que pusieron en marcha metodologías de organización centradas en el tejido de grupos de afinidad, en los que los sujetos permanecen capaces de responder rápidamente, de unirse y dispersarse y -por tanto- de sorprender y confundir a la estructura de poder, al mantener su singularidad y anonimato, aún sumándose a “olas y mareas” (2015, p. 131)¹⁸³ .

La autora advierte que si bien hay periodos en los que pareciera no existir rebeldía alguna contra el poder soberano, siempre existen movimientos que operan por “estigmergia”, un tipo de “colaboración a través del tiempo” cuyo ejemplo más acabado viene de la naturaleza -particularmente de las hormigas que dejan en la tierra, mediante feromonas, mensajes para otras acerca de dónde hallar recursos e información necesaria para sobrevivir- (2015, p. 132). Este principio, dirá, permite que las prácticas políticas desarrolladas por un grupo inspiren, dejen pistas, huellas y potencia a otros movimientos¹⁸⁴, tanto contemporáneos como futuros. En función de lo dicho, Valverde concluirá enfatizando la centralidad del lenguaje de “lo-común” (al cual referiremos a continuación) así como la necesidad de cuidar que no se convierta en un “producto cultural recuperado” por la axiomática propia del “Capitalismo Mundial Integrado”.

¹⁸³Tales como la llamada “Marea Blanca” en España: https://15mpedia.org/wiki/Marea_Blanca y la “Marea Verde” en Argentina: https://elpais.com/sociedad/2018/10/01/actualidad/1538416179_735836.html

¹⁸⁴Tal es el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, caracterizado por carecer de líderes y organización centralizada, y por desarrollar maneras de trabajar y de vivir que han inspirado a otros poblados: “Es nuestra convicción y nuestra práctica que para rebelarse y luchar no son necesarios ni líderes ni caudillos ni mesías ni salvadores. Para luchar es necesario un poco de vergüenza, un tanto de dignidad y mucha organización. Lo demás, o sirve al colectivo o no sirve”. Comunicado del EZLN de Mayo de 2014. Véase: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2014/05/25/entre-la-luz-y-la-sombra/>. Tales movimientos, dirá Valverde, son más difíciles de derrotar, dado que se despliegan en sitios y formas que no son visibles para el Estado.

CAPÍTULO III: Resistencias y re-existencias: hacia una ampliación de las redes de la politicidad

No hay lugar para el temor ni la esperanza, sólo cabe buscar nuevas armas (Deleuze, 2006, p. 6).

Tal como hemos adelantado, este capítulo persigue el objetivo de dar cuenta de las posibles formas de hacer frente a la necropolítica neoliberal desarrolladas en el escenario global actual. Para ello, y a fin de precisar la noción misma de “resistencias”, retomaremos - en un primer apartado- algunas de las conclusiones parciales a las que hemos arribado en el primer capítulo respecto de la “analítica de la gubernamentalidad” foucaultiana.

En segundo lugar, y partiendo del hecho de que tras presentar el diagnóstico de Foucault hemos desarrollado el planteo de Guattari acerca de la “mundialización neoliberal”, daremos cuenta de algunas de sus reflexiones respecto de los modos de enfrentar la lógica de muerte vinculada al *modus operandi* del “Capitalismo mundial Integrado”, relacionados particularmente con la noción de “revoluciones moleculares” (2014).

En tercer lugar, teniendo cuenta que las resistencias llevadas a cabo en contextos signados por la violencia colonial y neocolonial exceden muchas veces los alcances - mayormente defensivos- de la noción de “resistencias”, presentaremos el concepto de “re-existencia” acuñado por Achinte (2010). En un cuarto apartado, y continuando con nuestros desarrollos del segundo capítulo, daremos cuenta de algunos de los elementos desplegados por Mbembe (2016a) tendientes a la rehabilitación del sujeto de raza en pos de la creación de lo que denomina “comunidad de lo abierto”.

Dado que el pensador camerunés refiere a la noción de “lo común”, traeremos a colación las líneas centrales de la contundente propuesta de Federici (2013) acerca de “los comunes”, en tanto que ámbitos por excelencia para la creación de formas-otras de existencia. A modo de cierre de este capítulo esbozaremos algunas reflexiones finales vinculadas a la necesidad de “tramar”, “tejer”, “recomponer” y “restituir” los vínculos que las lógicas de aislamiento -inherentes a la necropolítica neoliberal- tienen por objetivo disgregar.

Cabe aclarar, por último, que -tal y como reza la segunda parte del título de este capítulo- todas las propuestas aquí reunidas parten de la idea de que es necesario ampliar los modos de concebir la politicidad, o -lo que es lo mismo- operar un profunda crítica a la definición tradicional y moderna de “lo político” definida -como hemos visto en el primer

capítulo- cómo la “relación guerrera” por excelencia o la “continuación de la guerra por otros medios”¹⁸⁵. Creemos menester, por tanto, tirar por tierra el arraigado imaginario acerca de que todo vínculo político funciona sobre la idea de que para que unos vivan es necesario que otros mueran.

3.1. Consecuencias de la analítica de la gubernamentalidad

A fin de dar cuenta de las posibles formas que podrían asumir las resistencias a la necropolítica neoliberal, consideramos necesario repasar algunas de las conclusiones generales a las que nos ha conducido la incorporación de la noción de “gobierno” a la “analítica del poder” de Foucault desarrollada ampliamente en el primer capítulo. En primer lugar, vimos cómo este concepto permitió al filósofo salir del “*impasse* teórico” al que lo había llevado el “modelo bélico”, que lo entrampaba en el binomio “dominación-resistencias” y que hacía de éstas últimas¹⁸⁶ meras manifestaciones de un poder omnipresente al que no podían enfrentar por estar dentro del mismo (Castro-Gómez, 2010, p. 24). Vimos cómo con este planteo hace su entrada la esfera de la “subjektividad” y, con ella, la idea de “conducta” ya no entendida como mero “epifenómeno” del poder, sino más bien como efecto de “tecnologías de gobierno” encargadas de dirigirla apelando al consentimiento y la libertad de los individuos¹⁸⁷.

Ahora bien, teniendo en cuenta que -como hemos visto- estas tecnologías pueden orientar el comportamiento de los gobernados tanto a producir y mantener los “estados de dominación”¹⁸⁸ como a favorecer “prácticas de libertad”¹⁸⁹, así como el hecho de que hasta aquí hemos descrito únicamente el primero de estos modos de dirección, creemos es momento de pensar en las posibles formas en las que la conducta puede orientarse hacia la generación y el sostenimiento de estados de cosas y vínculos que no sean una mera extensión

¹⁸⁵Véase páginas n°13 y 40 (notas al pie n°19 y 94).

¹⁸⁶En el seno de este esquema la afirmación que guía nuestra argumentación, esto es “donde hay poder hay resistencias” (Foucault, 2008a, p. 98) aparecía como una pseudo tautología. Véase páginas n° 4 y 8.

¹⁸⁷Hemos visto que Foucault se interesa en estudiar el *modus operandi* del liberalismo y el neoliberalismo a fin de entender la relación entre poder y libertad, es decir, cómo ésta última puede operar como un elemento indispensable en estas “artes de gobernar” orientadas a dirigir y “gestionar” a los gobernados.

¹⁸⁸Esto es, hacia fines y principios fijados por una racionalidad exterior, en este caso por la *ratio* neoliberal.

¹⁸⁹En el caso de que la conducta de los gobernados se dirija hacia “objetivos-otros”.

de las “relaciones de dominio”¹⁹⁰. En este capítulo veremos, pues, en qué sentidos estas tecnologías pueden favorecer resistencias y “líneas de fuga” (Guattari, 2013).

En base a lo dicho hasta aquí, cabe recordar que el ingreso de la noción de “gubernamentalidad”, seguido del análisis del liberalismo y el neoliberalismo, no implicó en absoluto el abandono definitivo de los conceptos desarrollados previamente por Foucault. Por el contrario, hemos referido -en más de una oportunidad- a su afirmación de que la mayor parte de los panoramas políticos contemporáneos se caracterizan por combinar elementos propios del poder soberano, estrategias disciplinarias y técnicas gubernamentales.

Partiendo de la “analítica de la gubernamentalidad”, pues, no resultará en absoluto contradictorio afirmar que la mayor parte de las situaciones descritas por Mbembe y Valencia constituyen “relaciones de dominación” (racial, colonial, laboral, sexual, etc.) y, al mismo tiempo, que éstas son establecidas y sostenidas -en gran medida- gracias a la puesta en marcha de tecnologías gubernamentales que crean las “condiciones de aceptabilidad” de estos estados de cosas acogidas por un sector considerable de los gobernados. En esta misma línea, también será válido sostener que si bien en el panorama esbozado por Valverde predominan las técnicas gubernamentales de conducción de la conducta, el poder opera además -aunque quizás más excepcionalmente- mediante prácticas propias del poder soberano de matar. Así, atendiendo al hecho de que en cada contexto las estrategias de poder se combinan de modos diferentes, procuraremos dar cuenta de los diferentes modos de resistir gestados en los diversos espacios geopolíticos que aquí hemos presentado.

Un último punto que retomaremos aquí consiste en que la “analítica de la gubernamentalidad” -al constituir un estudio acerca de las prácticas de gobierno específicas y del tipo de racionalidad movilizado por cada una de ellas- no toma al Estado como un “dato natural”¹⁹¹. Esto, creemos, nos conducirá -de aquí en adelante- a considerar como resistencias no sólo aquellas expresiones centradas desarrolladas en su seno, o contra él, sino más bien a pensar en los posibles modos que éstas podrían asumir, al nivel de cada una de las estrategias de poder en cada contexto geopolítico específico.

¹⁹⁰Que buscan someter a los individuos mediante el ejercicio de la violencia y coacción, a diferencia de las “relaciones de poder” que, como hemos desarrollado en la página nº12, remiten más bien a un “juego entre poder y libertad”, en el que los roles son mutables, “reversibles”.

¹⁹¹Si bien es cierto que las formas de “gobierno de unos sobre otros” son múltiples, se superponen, se cruzan, se imponen sus propios límites, se refuerzan e incluso a veces se destruyen unas a otras, también lo es el hecho de que en las sociedades contemporáneas el Estado no es simplemente una forma del ejercicio del poder entre otras: en cierto punto, todas las demás relaciones de poder terminan por referirse a él dado que, como hemos visto, han llegado a estar cada vez más bajo su control, han sido estatalizadas. Sin embargo, veremos que si, como hemos dicho, este es un “recorte móvil”, un “efecto” de ciertas prácticas de gobierno, puede ser siempre otra cosa, en función de lo que hagamos de él (Mbembe, 2016b, s/d).

3.2. Acerca de las “revoluciones moleculares”

El primer elemento propuesto por Guattari frente a la potencia desterritorializante de la máquina capitalística -que hemos descrito en el primer capítulo- consiste en lo que denomina “carácter social de las reterritorializaciones”. Se trata, dirá, de especies de “reapropiaciones” -surgidas tras el paso del CMI- que toman a su vez la forma de “alianzas por separado entre grupos de dominados”, surgidas de la puesta en común de “singularidades de deseo” (tanto individuales como colectivas). Tales resignificaciones permitirán la aparición de un nuevo tipo de segmentariedad social que hagan frente a las formaciones de poder producidas por la mundialización neoliberal (2004, p. 41).

Así una de las características centrales de tales “grupúsculos” consistirá, según el autor, en que anudarán relaciones en dirección múltiples en base a un principio que se revela de suma importancia a la hora de ampliar las redes de la politicidad: el de un “estar juntos electivo”¹⁹². Estamos, pues, ante la gestación de un modo de “lo político” que, partiendo de la vida cotidiana, ponga en cuestión la operación de “equivalencia de cualquier cosa con cualquier cosa”¹⁹³, de aplastamiento de la potencia productiva de la diferencia” llevada a cabo por el capitalismo actual (2004, p. 28).

Ahora bien, aunque a simple vista pueda parecer que esta propuesta conduce a una aporía -al estar relativamente “contemplada” por la axiomática del CMI, que pareciera incluso solicitarla a fin de fagocitarla e incluirla en la lista general de las “últimas innovaciones”, Guattari postula que esto no ha de ser necesariamente así. Sostiene, pues, que siempre hay en la “acción social” un “principio de bifurcación” que permite la creación de “plataformas intermedias”¹⁹⁴ -al margen de las “líneas de deseo” previamente delineadas- “nuevas tierras” de encuentro para aquellos sujetos producidos por líneas de desterritorialización diferentes¹⁹⁵ y, por tanto, dedicados a una multitud de reivindicaciones. Cabe destacar que éstas últimas, lejos de perseguir el objetivo de construir un “sentido unificado” -lo cual contribuiría justamente a facilitar el trabajo de semiotización del capital- se orientan a salir al encuentro de “segmentos sociales de la diferencia”, que se sumarán a determinadas líneas de fuerza que faciliten su crecimiento (2004, p.29).

¹⁹²Este principio aparecerá en los planteos de Mbembe y de Federici acerca de las formas de crear “comunidad”.

¹⁹³Sobre la función de reducción de “cada territorio a una extensión comparable a las demás, intercambiable entre las grandes potencias”, véase página n°32.

¹⁹⁴Formulación que recuerda a los “espacios intersticiales” de los que habla Clara Valverde (Véase página 64)

¹⁹⁵Cuestión afín a la noción de “interseccionalidad”, acuñada por Kimberlé Crenshaw (1989). Véase: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/inter/article/view/54971>

Sobre esta base, Guattari afirmará que “no basta con la macropolítica”, es decir, con la formación de movimientos colectivos masivos: es menester desarrollar, por tanto, una “experiencia microsocia”, “transversal” a las instituciones estatales. Mencionará, en este punto, una serie de ejemplos¹⁹⁶ de “revoluciones moleculares”, tales como “la ocupación de tierras, de edificios abandonados, el cultivo de huertas, en los solares urbanos, o la resistencia frente a las operaciones inmobiliarias”¹⁹⁷. Tales insurrecciones, agrega, abren terreno a otros lugares de discusión, a otros lenguajes -diferentes de los grandes sistemas interpretativos existentes- lo cual no resulta en absoluto excluyente con el hecho de que tomarán fuerza en su participación activa en los grandes “momentos de lucha y reflexión que anticipan un mundo distinto”¹⁹⁸. He aquí lo que llama una “ecología social de las diferencias”¹⁹⁹ (2004, p.34)

En este punto vale destacar que, según el autor, tal forma de organización habrá de evitar -en pos de su apertura- “replegarse sobre el pasado y los orígenes”, así como rechazar “la afirmación maníaca de una verdad única”. Antes que definirse de una vez y para siempre en función de la caracterización de los individuos en base a su sexo, su raza o su tramo generacional, se basará -más bien- en la afirmación de nuevas relaciones entre ellos, establecidas en base a sus “maquinismos predilectos”, sus “medios preferidos” para pensar y accionar frente a las “catástrofes políticas dictatoriales” y las “degradaciones de los territorios naturales o sociales” provocadas por la empresa capitalística. En este contexto, dirá Guattari, resulta especialmente necesario desarrollar “cartografías de la subjetividad” que otorguen “un valor motriz a la incertidumbre contemporánea” (2004, p. 36).

Esto último nos lleva a retomar la cuestión -central para nuestra argumentación- del consentimiento y las “condiciones de aceptabilidad” de los estados de inequidad inherentes al neoliberalismo: ¿logrará éste, acaso, fundar un orden social aceptado por la mayoría y que implique una acentuación de la segregación social? Ante este interrogante, Guattari dirá que sólo la aparición de “nuevos modos de relación en el mundo y en el *socius* permitirán transformar esta ‘fijación libidinal’ de los individuos al sistema del Capital y a sus distintas formas de cristalización del poder”, cuestión que no hace más que avalar la idea del autor de que no estamos -por tanto- ante “una simple lucha contra el sometimiento material y contra

¹⁹⁶Que, como veremos al final de esta sección, coinciden con los propuestos por Silvia Federici.

¹⁹⁷Recuérdese la referencia a esta cuestión en el seno del apartado dedicado al planteo de Valverde.

¹⁹⁸Mbembe dirá, en una línea muy similar, que “las viejas recetas (los partidos políticos, por ejemplo) están mostrando dificultades estructurales para preservar y defender ‘lo común’ dentro de las actuales instituciones y seguirá siendo así mientras no haya comunidades fuertes que puedan democratizar la política desde abajo. Los movimientos de los últimos años van en ese sentido, aunque todavía estén frágilmente vinculados entre sí (...) de estas distintas resistencias acéfalas surgirán nuevas propuestas de instituciones, quizás no para derribar el Estado, sino para forzarlo a mutar nuevamente en un órgano de defensa del bien común” (2016b, s/d).

¹⁹⁹Veremos, más adelante, cómo Mbembe también refiere a este tipo de puesta en común de las diferencias.

las formas visibles de la represión”, sino también, y sobre todo, ante “la creación de una multiplicidad de funcionamientos alternativos” (2004, p.51).

En este punto, el autor traerá a colación una serie de ejemplos de los nuevos frentes de lucha surgidos entre 1960 y 1970, y protagonizados por “categorías de personas” que desbordan las modalidades del “sujeto revolucionario” tradicionales -tales como trabajadores inmigrantes, desocupados, mujeres sobreexplotadas, ecologistas, psiquiatrizados, homosexuales²⁰⁰, entre otros- que Guattari caracterizará en términos de “vectores de revoluciones moleculares”. Esto se debe a que se trata de cuerpos “ilocalizables con las coordenadas existentes y dominantes, autoproductores de sus propios ejes de referencia, relacionados entre sí por correspondencias subterráneas”²⁰¹, gracias las cuales, añade, pudieron desarrollar “una labor de desgaste de las antiguas relaciones productivas, sociales, familiares, corporales, sexuales, etc.” (2004, p. 52)

Así pues, Guattari afirmará que si bien resulta imposible predecir las formas de lucha y de organización del futuro sí es posible afirmar, al menos, cómo “no serán”. En primer lugar, no se centrarán sólo en objetivos cuantitativos -relacionados por ejemplo con los salarios- sino que pondrán profundamente en tela de juicio las “finalidades del trabajo, del ocio, y la cultura; el medio ambiente, la vida cotidiana y doméstica, la relación hombre/mujer, niño/adulto, la percepción del tiempo, el sentido de la vida”, entre otras. En este mismo sentido, no se organizarán exclusivamente en torno a las “clases obreras, industriales, blancas, masculinas y adultas” debido, en principio, a que hoy la producción -lejos de reducirse a la industria pesada- se halla sumamente atravesada por “mecanismos de intervención técnico-científicos” y, además, profundamente condicionada por la transformación de esa “célula de mantenimiento, reproducción y de formación que es la familia” (2004, p. 54).

Estas insurrecciones, al estar imbricadas directamente en la realidad más cotidiana de las personas afectarán a conjuntos sociales que desbordan por todas partes las territorialidades de los Estados-Nación. Por la misma razón, no se centrarán tampoco en un *corpus* teórico único: sus diferentes componentes elaborarán -cada uno en su esfera y con arreglo a su propio ritmo- “los modos de semiotización que les permitan definir y orientar su acción” (2004, p. 55).

²⁰⁰En este punto, agrega: también “los maricas, los locos, las radios libres, las feministas, los ecologistas” pusieron profundamente en tensión la figura del “militante” tradicional, al centrar la discusión política en torno a la cuestión afectiva, vincular, micropolítica (2004, p. 71), así como a los problemas raciales, de género, etc., que siguen generando aún hoy toda clase de compromisos, de manifestaciones simbólicas e insurrecciones.

²⁰¹Si, como vimos en el planteo de Mbembe, el poder se propaga haciendo uso de estructuras subterráneas, las resistencias habrán de resignificar, a su favor, esos mismos modos de propagación (Véase nota al pie n° 114).

Ahora bien, ¿cómo habrá de resistir este “sabotaje molecular de la subjetividad dominante” a los intentos de axiomatización del CMI? Las resistencias producidas en el “terreno de la economía libidinal de los grupos sociales” sobrevivirán a estos embates debido a que, dirá Guattari, no sólo operan en el plano de las relaciones cotidianas, sino que intervienen también -y a través de ellas- en las mutaciones productivas en cuanto tales²⁰². Al afirmar que estas revoluciones moleculares son “portadoras de coeficientes de libertad inasimilables e irrecuperables por el sistema dominante”, la propuesta de Guattari se revela afín a la función de las “tecnologías de gobierno” como favorecedoras de “prácticas de libertad” antes desarrolladas. Sólo resta, dirá, que estos agenciamientos revolucionarios se articulen con las luchas de interés, políticas y sociales a gran escala (2004, p. 70).

¿Cómo habremos de crear, entonces, nuevos tipos de organización capaces de hacer confluir las reivindicaciones de las revoluciones moleculares con las luchas a nivel “macro” en Europa, y las insurrecciones en pos de la emancipación en el “Tercer Mundo”? ¿Qué clase de organización sería capaz de responder a las diferentes demandas de cada segmento del capitalismo actual? ¿Cómo equiparse de medios de análisis que permitan no ser sorprendidos ni por las “innovaciones institucionales tecnológicas del capitalismo, ni por los brotes de respuesta revolucionaria que los trabajadores y las poblaciones sometidas experimentan en cada etapa”? (2004, p. 72)²⁰³. Lo único que resulta evidente por ahora, dirá el autor, es que implicarán el respeto de la autonomía, la heterogeneidad y la singularidad de cada uno de sus segmentos, cuestión que se manifestará en el hecho de que las contradicciones y antagonismos no buscarán ser “resueltos” por una lógica “dialéctica imperativa”²⁰⁴, ni por aparatos de dirección centralizados que los unifique, sino que será necesario desarrollar “aparatos de lucha” no ya puestos al servicio de un método “programático”, sino más bien “diagramático” (2004, p. 73) -cartográfico, como hemos dicho-, y que tome en cuenta a las múltiples nuevas categorías de personas “no garantizadas” por la nueva segmentariedad.

En función de lo desarrollado hasta aquí, Guattari advierte: mientras sigamos sosteniendo una lectura de los antagonismos sociales que ya no se corresponde con la situación presente “seguiremos caminando en círculos en nuestros *ghettos*, nos mantendremos indefinidamente a la defensiva, incapaces de apreciar el alcance de las nuevas formas de resistencia en los campos más diversos” (2004, p. 75). Es por esto que es necesario -en primer

²⁰²Recuérdese la función de las tecnologías gubernamentales de guiar la conducta de los gobernados hacia el mantenimiento de los “estados de dominación”.

²⁰³Es menester, dirá, “estar preparados para el encuentro con las técnicas y sujetos subversivos menos imaginables” (2004, p. 74). Esta afirmación cobra pleno sentido si se tiene en cuenta que en el tiempo de Guattari comenzaban a aparecer las resistencias ligadas a los *media* y la informática.

²⁰⁴Véase la diferencia foucaultiana entre la “lógica dialéctica” y la “estratégica” (nota al pie n° 36).

lugar- visualizar hasta qué punto estamos contaminados por los engaños de la “mundialización neoliberal”, fundados sobre la idea de base de que estamos atrapados en una red y de que “no nada que hacer” frente a ella. El autor, por el contrario, partirá por afirmar que el CMI es, sin embargo, mucho más frágil²⁰⁵ de lo que parece. Debido a la “naturaleza misma de su desarrollo, agrega, está destinado a fragilizarse cada vez más ante los nuevos modos relacionales, laborales, ambientales y culturales que se están gestando en la actualidad (2004, p. 75).

Sin embargo, resultaría necio negar que -como hemos visto- asistimos en el presente a un temible recrudescimiento reaccionario por doquier, a la proliferación de un microfascismo que asume distintas formas, tales como un recrudescimiento del racismo, la xenofobia, de los fundamentalismos religiosos²⁰⁶, el militarismo y la opresión de cuerpos feminizados y otras disidencias sexuales. Creemos, sin embargo, que esto no hace más que redoblar y reactualizar el desafío propuesto por Guattari de trabajar en la puesta en marcha de “máquinas revolucionarias políticas, teóricas, libidinales y estéticas [en pos] de un modo de organización social menos absurdo que el que sufrimos hoy en día” (2004. p. 76)²⁰⁷. Quizás, sostiene, la “enfermedad” del capitalismo actual provenga, precisamente, del cúmulo de todas las crisis laterales que engendra, así como del choque con la generación de otros modos de vida y “valorización social”, de nuevos “agenciamientos de enunciación, evaluación y acción”, procedentes de los más diversos horizontes (2004, p. 79).

Tras todo lo dicho hasta aquí, Guattari no cesará de poner el foco en la promoción de una “nueva ética de la diferencia” que sustituya a los poderes del capitalismo actual por una “política de los deseos de los pueblos” (2004, p. 130) que haga frente a la actual “gestión del caos capitalista” a manos de los que denomina “organismos descerebrados”, esto es, las bolsas de valores y las multinacionales. Si bien la existencia de un mercado mundial es necesaria para la estructuración de las relaciones económicas internacionales, lo que no se puede esperar, dirá, es que éste regule todos y cada uno de los intercambios humanos del planeta. He aquí la urgencia de que se propaguen por todos lados -y al modo de la

²⁰⁵Lo cual se debe a sus “altos niveles de dependencia” del funcionamiento de cada uno de sus segmentos: “el más pequeño obstáculo terminará tal vez generando efectos sobre los que perderá el control” (2004, p. 77)

²⁰⁶Acerca del avance de gobiernos de ultra derecha en América del Sur, véase: <https://www.publico.es/internacional/extrema-derecha-latinoamerica-expresiones-ultraderecha-emerge-america-latina.html> Sobre la combinación de las derechas y el fundamentalismo religioso en América del Sur: <https://www.nytimes.com/es/2018/01/19/opinion-evangelicos-conservadores-america-latina-corrales/>

²⁰⁷Los corchetes nos pertenecen.

coexistencia- “mercados territorializados” apoyados en “formaciones sociales consistentes, y que afirmen sus propios modos, heterogéneos, de valorización”²⁰⁸ (2004, p. 130).

Ante este panorama, el autor dirá que resulta imperioso -a fin de construir una nueva “conciencia planetaria”- componer colectivamente sistemas de valores que “se sustraigan al laminado moral, psicológico y social del capitalismo”. Es menester -por tanto- “proteger, vivificar y reimpulsar valores éticos y estéticos que exigen la participación existencial de todos”, que den lugar a “enlaces polifónicos entre el individuo y lo social”, que permitan conjurar el sumamente extendido modo de “relación de oposición” -centrado, como hemos visto, en crear por doquier antagonismos excluyentes- y que posibilite inventar “toda una música subjetiva”. Hemos de embarcarnos, pues, en “nuevas aventuras maquínicas, tecnológicas, sociales, teóricas y estéticas” (2004, p. 134).

En pos de este objetivo, las “cartografías ecosóficas” a construir no sólo deberán tomar a su cargo las dimensiones del presente, sino también las del futuro, las de las generaciones venideras²⁰⁹, lo cual no equivale en absoluto a afirmar que tomarán la forma de propuestas totalitarias, autoritarias o “mesiánicas” que dirijan la vida de las personas. Muy por el contrario -al hacer coexistir visiones particulares del mundo- siempre contendrán en su núcleo algo de incertidumbre y, por ende, deberán dar lugar a una “auténtica escucha” del otro, de su disparidad, de su marginalidad que -lejos de fijar un “imperativo de tolerancia”- constituirá más bien un “punto de partida” (2004, p. 140).

En función de lo expuesto, estamos en condiciones de afirmar -con Guattari- que las luchas y resistencias se organizan hoy, cada vez más, en torno a la puesta en diálogo de las “reivindicaciones regionalistas” surgidas en los múltiples segmentos que componen el CMI. Éstas, agrega, avanzan y se expanden mediante una especie de “guerra social bacteriológica”, por “contagio” de “distintos tipos de virus” que generan “trastornos moleculares difíciles de aprehender” (2004, p. 141) y que son capaces -a su vez, y como hemos visto- de incidir en los estados de dominación cristalizados en el plano macro-social.

²⁰⁸La coexistencia de “monedas fuertes, abiertas a las grandes corrientes de competencia económica mundial”, con otras “protegidas, no convertibles, territorializadas” en un espacio social dado, permitiría hacer frente a la miseria, mediante la distribución de bienes que dependerían sólo de tal mercado interior, y la proliferación de todo un campo de actividades sociales que perderían su aparente carácter marginal (2004, p. 137).

²⁰⁹Tal cuestión ético-temporal se encuentra tanto en el planteo de Mbembe, como en el de Santos (2010)

3.3. Más allá de las resistencias: re-existencias a la necropolítica neoliberal

Quisiéramos comenzar este apartado retomando la idea -mencionada en reiteradas oportunidades- de que la necropolítica no sólo atenta física y directamente contra los sectores poblacionales a los que pretende “dejar fuera de combate”, sino también contra su dimensión simbólica y sus producciones culturales. Es frente a la invisibilización de sus lenguas, formas de organización político-económica, legislaciones, cosmogonías y sistemas de subsistencia, que surge (de entre los sujetos y poblaciones que han sido y son objeto de la violencia colonial y neocolonial) la necesidad de confrontar tal producción de no-existencias.

Es por esto que la noción de “re-existencias” (Albán Achinte, 2012)²¹⁰ pretende dar cuenta -en principio- de los gestos y acciones de restitución de esas voces, presencias, y saberes en pos -a su vez- de contrarrestar uno de los principales efectos de poder de la violencia colonial: la “obstrucción de una subjetividad postcolonial autónoma”, del “poder de autodeterminación de los sujetos y poblaciones” (Mbembe, 2016, 14).

Ahora bien, ¿de qué modo sugiere Albán Achinte llevar a cabo tal reconstrucción de seres, poderes y saberes? El autor dirá que es preciso poner en marcha aquello que Mignolo llama “epistemología fronteriza”: se trata, pues, de un ejercicio de descolonización consistente en “re-visitar críticamente²¹¹ a los sujetos y las colectividades en sus construcciones socio-culturales y sus mutaciones” (2003, p. 61) o, lo que es lo mismo, en reconocer las variadas formas de habitar el mundo que se mueven en los bordes, en los márgenes de las formas hegemónicas de organización de la vida. Será precisamente a tales “modos de construcción de socio-vida aún en las condiciones más críticas” que remite la noción de “re-existencia” (Albán Achinte, 2012, p. 30).

En este punto, el autor dirá que si bien el concepto nació de la necesidad de reconocer que los pueblos afro (desde su esclavización y transporte forzado, hasta nuestros días) no sólo “resistieron” -al sobrevivir al sistema esclavista- sino que fueron configurando en tanto “agentes” formas particulares de existir, proyectos de vida, y sociedades²¹², esta noción sirve

²¹⁰La cual equivale a la pregunta acerca de “¿Que nos vamos a inventar hoy para seguir viviendo?”. Véase: <https://laotraesquina.jimdo.com/exposiciones-de-arte/>

²¹¹Veremos a continuación cómo Mbembe (2016a) nos insta a llevar a cabo tal reconocimiento partiendo por abandonar las narraciones victimizantes y romantizadas de las historias de los pueblos y sus habitantes.

²¹²Si bien los esclavos fueron deshumanizados y jurídicamente definidos como bienes muebles, nunca perdieron su capacidad de simbolización: “tejieron” relaciones, mundos, universos de significaciones; inventaron lenguas, religiones, danzas, rituales, literaturas y músicas. Fueron, incluso, obligados a fundar sus propias instituciones (escuelas, periódicos, organizaciones políticas) paralelas a las oficiales (Mbembe, 2016a, p. 103). Véase: el trabajo de la socióloga colombiana Lina María Vargas (2003) “La poética del peinado afrocolombiano”: “Las trenzas delgadas pegadas al cuero cabelludo son testigos de la resistencia que plegaron las abuelas africanas para

también para dar cuenta de las diversas formas de reelaboración de la vida en medios hostiles y condiciones adversas que trascienden a las corporalidades “negras”²¹³.

De esta última afirmación Albán Achinte extraerá una invitación -que retomaremos en el próximo apartado de la mano de Mbembe- a ampliar las redes de la politicidad en base a la idea de que es necesario “re-aprender a cómo ser sujetos desde la particularidad étnica, abriéndonos a otros territorios de disputa” (2012, p. 31), de que es preciso no quedarnos anclados al principio de la diferencia racial. El ejercicio descolonizante de reconocimiento de re-existencias constituye, por tanto, un primer paso en pos de un devenir colectivo del “todo-mundo”. Volveremos sobre esto a continuación.

Esta tarea, que combina las funciones de “invención de nuevos modos de resistir” y de “revitalización” y “reconstrucción radical de mundos ya existentes”, será reforzada por Albán Achinte a través del concepto de “alter-activas”²¹⁴. Mediante esta noción, el autor pretende referir a la dinámica que permite que la alteridad “in-suja” como interpelación o disrupción desde -como hemos visto- *locus* de enunciación diferentes y no se deje atrapar en la “otrorización y exotización” característica de Occidente (2012, p. 25).

Cabe preguntarnos en este punto, ¿qué significa hoy la reafirmación del *locus* propio como escenario de luchas de reconocimiento y posicionamiento de identidad cultural, en el seno de un mundo virtualizado y debilitado por el capital financiero sin aparente territorio fijo? ¿Equivaldrá acaso a ‘pecar de esencialista’ pensar “lo local” como ámbito de construcción de relaciones, conocimientos y sentidos colectivos en medio de la desterritorialización del mundo global? Si bien Albán Achinte advierte el riesgo que supone apostarle a una suerte de localismo a ultranza, auto-referenciado y desconectado de las dinámicas del resto del mundo, reivindica sin embargo la dimensión política que asumen las que llama “prácticas de lugar” en tanto terrenos desde los cuales pararse a pensar la mundialización neoliberal. Éstas, paralelas y simultáneas a las luchas de defensa del cuerpo y la subsistencia, aparecerán en el marco de su propuesta como principales fuentes de la politicidad contemporánea (2012, p. 27).

planear fugas de las haciendas y casa de sus amos. Gracias a la observación del monte, diseñaban en la cabeza de las más pequeñas un mapa lleno de caminos y salidas de escape, en el que ubicaban los montes, ríos y árboles. Su código desconocido para los amos le permitía a los esclavizados huir” (2003, p. 119). <https://jaimearocha.files.wordpress.com/2015/06/poc3a9tica-del-peinado-afrocolombiano.pdf>

²¹³Albán Achinte, cercano a Mbembe también en este punto, nos advierte del peligro de caer en una concepción de lo étnico como totalidad monolítica que impida reconocer las diferencias intra-étnicas de sexo-género, religión, clase, etc., y nos invita a pensar lo étnico en términos de identidades múltiples.

²¹⁴Para evitar “folklorizarlos” y “exotizarlos” en este reconocimiento, considerándolos meras “alternativas”, meros agregados al proyecto hegemónico.

A fin de salir del tan mentado riesgo de “esencialización” de la propia perspectiva, Albán Achinte sostiene que es necesario partir del reconocimiento de que “somos un lugar entre otros lugares, un mundo entre otros mundos”. Sólo así es posible cuestionar la supremacía de occidente como universal abstracto y empezar a pensar en una acepción de “universal” que propicie la coexistencia y profundización de “todos los particulares” (2012, p. 27). Volveremos sobre este punto en el próximo apartado.

3.4. Clínica del sujeto

Creemos necesario traer a colación en este punto algunas de las reflexiones finales de *Crítica de la razón negra* (2016a), en tanto constituyen una invitación a participar del ejercicio ético, político y estético de pensar qué hacer con el vínculo que nos une a los otros y a las generaciones que vienen. Esta sección del libro de Mbembe, denominada -al igual que este subapartado- “clínica del sujeto”, toma su nombre de las tres funciones de lo que Fanon llama “violencia ética del colonizado: “destruir lo que destruye”, acompañar en la lucha a todos aquellos que el colonialismo hirió (es decir, “allí donde fuera posible aún, cuidar y curar”) y, por último, dar sepultura a los caídos²¹⁵. Se trata, por tanto, de una terapéutica, centrada en dar batalla por y a través del lenguaje y el cuerpo en pos de recuperar la capacidad de hablar por sí mismos arrebatada a las víctimas de la necropolítica (2016a, p.263)

3.4.a. Del gesto de autodeterminación a la “habitación de lo abierto”

Dado que una de las conclusiones parciales de la crítica de la razón negra consiste en la necesidad de que las víctimas de la violencia colonial lleven a cabo un “gesto de autodeterminación”, consideramos necesario mostrar la caracterización de éste último proporcionada por Mbembe. En esta sección de su libro, el autor sostiene que tal “trabajo de creación de sí” deberá partir de las diversas respuestas de los “sujetos de raza” a las preguntas “¿quién soy? ¿soy en realidad aquél que dicen que soy?”, las cuales operarán como “puntapiés performativos”²¹⁶ de lo que denomina una “comunidad nueva”²¹⁷.

²¹⁵Recuérdese lo dicho en el capítulo anterior respecto de la importancia del duelo colectivo.

²¹⁶Véase Butler, J; Athanasiu, A. (2017) *Desposesión: lo performativo en lo político*.

Ahora bien, resulta importante destacar que -lejos de tratarse de una unidad cerrada y fundada de una vez y para siempre- la comunidad pensada por Mbembe constituye más bien una realidad que “no cesa de construirse a sí misma”²¹⁸, reuniendo sus “miembros” dispersos por el todo-mundo y reabriendo para las víctimas y sus descendientes la posibilidad de volver a ser “agentes de la historia”. Esto se debe, principalmente, a que al poner en común múltiples ideas e imaginarios acerca de qué significa ser negro, indígena, etc²¹⁹, permite -de alguna manera- conjurar tales denominaciones racializadas junto con las estructuras de sumisión que éstas traen consigo (2016a, p. 67).

En esta línea, y en función de otra de las conclusiones de la crítica -esto es- la de que el capitalismo se encuentra hoy “recolonizando su propio centro” (o, lo que es lo mismo, que su gestión no escapa hoy a ninguna región del mundo), Mbembe sostendrá que es menester trabajar en pos de lo que denomina “comunidad universal” o “habitación de lo abierto”. En este sentido, el autor aclara que aun cuando es lógico y necesario que todas las luchas contra la segregación -racial, sexual, de clase, etc-, empiecen por el gesto de revalorización de la diferencia esbozado más arriba, éste deberá convertirse en “un momento de un proyecto más amplio”, el de un “mundo-que-viene”, liberado del peso de la raza²²⁰, del resentimiento y del deseo de venganza que toda situación de racismo reclama, así como de las asfixiantes lógicas de aislamiento del presente (2016a, p. 285).

En pos de tal proyecto, el autor propondrá apostar por un “uso estratégico del esencialismo” y de la identidad, entendidos como impulsores de una “memoria como potencia” creadora (2016b, s/d)²²¹ que deberá -a su vez, y como hemos señalado- evitar sesgos “victimizantes”²²². Si bien para resistir a la necropolítica neoliberal muchas veces es necesario apoyarse en un reservorio de memorias, muchas otras -agrega- es menester desarrollar la capacidad de transgredirlo, en pos de evitar un enquistamiento en el pasado

²¹⁷Resuenan en este punto los ecos del planteo de Deleuze y Guattari en “¿Qué es la filosofía?” (2001) acerca de la creación de nuevos conceptos como posibilidad de construir nuevos mundos posibles, nuevos pueblos y nuevos territorios, como un trabajo de reterritorialización y nomadismo.

²¹⁸Mbembe citará en esta parte de su texto a Aimé Césaire y otros “poetas de la negritud”, en tanto operaron un giro que “conjura, anuncia y protesta” y expresa la voluntad de esclavos y colonizados de salir de la resignación, de unirse en una especie de comunidad *autopoiética* (2016a, p. 285).

²¹⁹Derivadas de las respuestas a las preguntas formuladas más arriba.

²²⁰Si, como vimos, el mecanismo por excelencia del poder ha sido la creación de sujetos de raza, resulta imperioso, por tanto, trascender un pensamiento anclado en este mismo discurso de la pureza racial.

²²¹La memoria popular nunca cuenta historias “puras”, siempre se trata de un *collage* compuesto de numerosos fragmentos: la clave de toda memoria al servicio de la emancipación está en saber cómo vivir con (o sin) lo perdido y hallar mecanismos para hacer presente de algún modo esa pérdida (Mbembe 2016b, s/d).

²²²También se alejará de una visión conspirativa de la historia, según la cual ésta estaría gobernada por una lógica del complot del “enemigo”, dado que ambas lógicas proponen un universo cerrado donde “hacer la historia”, nuevamente, en una lucha por la conquista del poder de dar muerte (2016a, p.153)

traumático, paralizante que obture la posibilidad de una autoinvención y, por tanto, de sobrevivir.

Así -en contraposición a una “economía del recuerdo” ligada estrechamente a un “apetito de muerte”- Mbembe propone una memoria que convierta al pasado en motivo de inspiración, de evocación, y de responsabilidad para con el presente, la cual proviene -a su vez- directamente del futuro. Es necesario operar una “reconstrucción de sí” que no repita *ad eternum* la alienación, la esclavitud y la colonización, que retome estos acontecimientos y les propicie nuevos comienzos, que trastoque el tipo de vínculo que une el presente, el pasado y el futuro. El desafío consiste, pues, en “unir estas series temporales mediante una multiplicidad de delgados hilos” (2016a, p. 159) que permitan a los sujetos marcados por tal “violencia fantasmal” deslizarse rápidamente, escaparse. Esta afirmación cobra especial sentido, afirma, al tener en cuenta que para ellos -en la mayoría de las circunstancias- la única manera de mantenerse vivo es, justamente, vivir “en zigzag” (2016a, p. 237).

La comunidad propuesta por Mbembe habrá de evitar todo tipo de “gestión” orientada al cercamiento y al encierro en lo que resulta familiar y constituirá, más bien, una especie de “desemparentamiento”²²³. Dado que en su transporte forzado hacia el “Nuevo Mundo” se privó al esclavo negro de todo parentesco, ésta será -en palabras del autor- una comunidad “sin-parientes”, en la que la raza²²⁴ constituirá sólo un sitio en el que “mantenerse de pie” y desde el cual “revivir al cuerpo inmolado, sepultado, privado de lazos de sangre y de suelo, de instituciones, ritos, y símbolos que hacían de él, precisamente, un cuerpo vivo”. Es menester, por tanto, operar una “redistribución de lo sensible, de los afectos, de la percepción y la palabra que supere el estadio de la pérdida y la muerte” (2016a, p 76).

Será menester, además, deconstruir la “tradición” y la “autenticidad” como criterios fijos en función de los cuales “evaluar” a las identidades a fin de que estas no se conviertan en meras imitaciones de un discurso prefabricado acerca de sí mismas. El autor propone, en este sentido, pensar todas las identidades nacidas de la segmentarización como “identidades en devenir”, como forjadas en el seno de una vasta red de afinidades y alimentadas de las diferencias étnicas, geográficas, lingüísticas y culturales en el encuentro con el “todo-mundo”. Se trata, agrega, de una “asimilación creativa” que, en consonancia con Mignolo y

²²³Véase el tratamiento de la noción de “comunidad” de Jean Luc Nancy (2000). *La comunidad inoperante*. Allí el “estar-en-común” se antepone al de “ser-en-común”, ligado al principio de sangre, sustancia, filiación, esencia, origen, naturaleza, como principios excluyentes. Véase también Roberto Espósito (2003) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*.

²²⁴Tras -como hemos visto- una larga historia de “fractura biopolítica”.

Albán Achinte, denomina “prácticas de frontera”²²⁵. Tales acciones, al comprometer a cada pueblo en un profundo trabajo sobre sí mismo, darán por resultado -a su vez- múltiples “saberes en situación” que -surgidos de las experiencias de racialización y deshumanización- constituyen también -por ende- formas de luchar y de escapar de la muerte.

He aquí las condiciones de posibilidad de lo que Mbembe llama “pensamiento de la circulación y la travesía”, “pensamiento-mundo”, que permita -tal y como pretendemos en esta tesis- la coexistencia de las tradiciones de pensamiento crítico intraeuropeas con otras perspectivas en pos de una “nueva universalidad” que, a diferencia de las concepciones abstractas de “lo universal absoluto”, constituya más bien una “comunidad de singularidades”²²⁶, que movilice las “reservas de vida” dispersas por todo el planeta. Tal campaña de “restitución”, agrega, seguirá siendo necesaria hasta que decir “mundo” equivalga a “nombrar todos los mundos que lo componen” (2016a, p. 279).

A fin de reforzar este punto, Mbembe traerá a colación una serie de principios del África antigua que dan cuenta del tipo de vínculo de reciprocidad que se establecía allí con la vida. En pos de “re-tejer” una y otra vez la unión de los seres humanos entre sí y con el resto de las cosas, dirá, los africanos inventaron palabra y lenguaje, objetos y técnicas, ceremonias y rituales, obras de arte, incluso instituciones sociales y políticas. En base a lo anterior, Mbembe extraerá la conclusión de que la negación a morir parece ser una de las características comunes a la humanidad, de la cual desprenderá -a su vez- la siguiente afirmación sumamente importante para nuestra argumentación: “nuestra vocación de durar sólo puede ser realizada si el deseo de vida se convierte en la piedra angular de un nuevo pensamiento de la política y la cultura” (2016a, p. 282)²²⁷.

Teniendo en cuenta todo lo dicho hasta aquí respecto del panorama global actual, coincidimos con el autor en que tal trabajo de “reparación” exige -antes que nada- el reconocimiento de que más allá de que se erijan fronteras, muros y cercos, que se divida,

²²⁵Dirá que dado que para muchos pueblos, como el africano, el arraigo al territorio fue históricamente algo conceptual, una “territorialidad itinerante” (formada por una imbricación de espacios múltiples, constantemente hechos y deshechos por guerras, conquistas, movilidad de bienes y de personas) que decantó en luchas sociales organizadas como “redes imbricadas”, mezcladas, y en base a la estrategia de “crear alianzas transversales, de extender e invertir puntos nodales en un espacio en movimiento constante” (2016a, p. 170).

²²⁶Acerca de lo universal abstracto en Albán Achinte, véase pág. 78.

²²⁷En una línea muy similar, Montserrat Sagot Rodríguez (2017) dice: “la utopía demanda que la democracia y el Estado dejen de ser simples instrumentos del neoliberalismo y se conviertan en entes capaces de promover el derecho a una vida vivible para todas las personas. Demanda, por tanto, la despatriarcalización, la descolonización y la desmercantilización de la vida, mediante la creación de una ‘nueva biopolítica’ que genere una empatía profunda entre las personas, independientemente de sus diferencias, así como de estas hacia los animales no humanos y hacia la naturaleza. Es decir, una biopolítica que respete y abrace la vida en todas sus formas, en lugar de la necropolítica promovida por prácticas históricas de explotación, exclusión y marginalización, así como por la globalización neoliberal en su proceso de afianzamiento” (p. 75).

clasifique y jerarquice, lo que nos es “común” a todos es el sentimiento, aun el deseo, de ser seres humanos plenos. En segundo lugar, es menester acompañar a aquellos “sujetos muertos, pulverizados por la seca economía, aquella que, pobre en mundo, trafica con los cuerpos de la vida”: para comenzar a desandar el proceso de “habitación a la muerte del Otro”, esas “condiciones de aceptabilidad” que hemos desarrollado a lo largo de nuestra argumentación, es preciso “restituir su parte de humanidad a quienes les fuera robada” y, con ella, sus formas de vida, trabajo y lenguaje. Se trata, pues, de un proceso de “re-ensamblaje” de los vínculos que han sido destrozados, y del reconocimiento de “la parte del otro”, que no es mía, pero de la cual, sin embargo, soy el garante, lo quiera o no” (2016a, p. 284).

3.4.b Políticas de la visceralidad

Tras todo lo dicho hasta aquí, Mbembe aclara que la razón por la cual ha traído a colación todos estos elementos consiste en que, al menos al modo de principios abstractos, pueden aportar a las reflexiones acerca de las luchas del presente. En este sentido, y volviendo al tema de la memoria, el autor afirmará que dado que el pasado colonial no sólo se “recuerda” sino que se experimenta en los músculos, en la sangre (incluso mucho tiempo después de su desaparición formal), las resistencias deberán partir -precisamente- por poner en el centro de la escena el cuerpo, “toda una estructura de órganos, un sistema nervioso, una economía de las emociones” (2016a, p. 199).

He aquí la razón por la cual Mbembe sostiene, en una paradigmática entrevista, que “cuando el poder brutaliza el cuerpo, la resistencia asume una forma visceral”²²⁸. Mediante esta sentencia, el autor pretende caracterizar los levantamientos llevados a cabo en todo el mundo²²⁹ en la actualidad, mayormente ligados a la rehabilitación de los afectos²³⁰, las emociones y las pasiones y que englobará bajo el nombre de “políticas de la visceralidad” (2016b, s/d).

²²⁸Recuperado de: <http://www.futuroanterior.com.ar/blog/cuando-el-poder-brutaliza-el-cuerpo-la-resistencia-asume-una-forma-visceral>

²²⁹Tanto en Sudáfrica como en EEUU, los nuevos imaginarios de lucha buscan tal rehabilitación dado que el cuerpo negro está en el centro de los ataques del poder, cuya máxima expresión es la normalización del asesinato a manos de la policía, en tanto que especie de cuerpos “sin jurisprudencia”, algo más próximo a objetos que el poder tiene que “gestionar” (Mbembe 2016b, s/d).

²³⁰Federici rastrea el uso de esta noción en los círculos radicales de los 90, y el origen del concepto de “afectividad” en Spinoza, noción que refiere capacidad de actuar y que se actúe sobre nosotros, interacción que aumenta nuestra potencia de mover y ser movidos, y que da cuenta del carácter transformador y, por ende, político de nuestra vida cotidiana (2013, p. 190).

Partiendo de la afirmación de que para que dure en el tiempo toda dominación debe inscribirse no sólo en el cuerpo y el imaginario de los sujetos, sino también -como hemos visto- dejar marcas en el espacio que habitan, Mbembe analizará muchas de las resistencias llevada a cabo hoy en términos de lo que llama “descolonización simbólica”. Ésta, dirá, usualmente se materializa en llamamientos iconoclastas a destruir los “artefectos” mediante los cuales se han pretendido fijar tales tiempos, tales como estatuas²³¹, lápidas, efigies y monumentos coloniales y postcoloniales. Esto se debe a que estas figuras aparentemente “mudas”, agrega, continúan instaladas en el centro de las plazas públicas -incluso mucho tiempo después de la proclamación de las independencias- en pos del objetivo de que los individuos piensen, actúen y se conduzcan como si aún fuesen presa de tal poder colonial, es decir, imposibilitados de sus facultades de ver, oír, sentir, hablar, desplazarse, imaginar, inclusive soñar sin referir al “significante-amo” (2016a, p. 209).

Estas micro-insurrecciones, desarrolladas sobre todo en Sudáfrica pero extrapolables -con sus matices- a nuestras realidades geopolíticas, también se organizan -dirá Mbembe- en torno a la ocupación de esos espacios centrales. Tal es así, que afirmará que mientras el poder continúe operando mediante la invisibilización y producción de silencios y “ausencias”²³², las luchas seguirán tomando la forma de acciones de “reterritorialización”, corporal²³³ y simbólica. Lo que resta es pues -nada más y nada menos- que poner en circulación los saberes surgidos de las experiencias de resistencia y las alianzas²³⁴ que estas luchas han posibilitado, y viceversa.

²³¹Véase “*Les statues meurent aussi*” (1953) (“Las estatuas también mueren”) de la *Nouvelle vague* (movimiento cinematográfico francés) cuyo guión resulta muy afín a los planteos de Mbembe acerca del arte africano, sus significaciones e implicaciones culturales, y su mirada crítica respecto de la estética eurocentrada.

²³²“La crisis es sobre todo una crisis de presencia”, Comité invisible (2016) *A nuestros amigos*.

²³³Las Madres de Plaza de Mayo desde 1977 hasta hoy realizan una ronda todos los jueves del año alrededor de la misma, tras los intentos de las fuerzas de seguridad -en plena dictadura- de desalojar el espacio.

²³⁴Un ejemplo de la noción de “estigmurgia” (pág. n° 66) constituye el relatado por el documental -estrenado en noviembre de 2018- titulado “Scarves for history” (“Pañuelos para la historia”) acerca del rol de inspiración y modelo a seguir que ejercieron las Madres de Plaza de Mayo en las llamadas “Madres de la Paz” o “de Sábado” de la región kurda de Turkia, quienes también perdieron a sus hijos a causa del terrorismo de Estado. Véase: <https://cinenacional.com/pelicula/panuelos-para-la-historia>. Cabe sumar la influencia que ejercieron también en la lucha de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. Véase: <https://www.rosarioplus.com/enotrostemas/El-origen-del-panuelo-verde-fue-hace-15-anos-y-en-Rosario-20180616-0023.html>

3.4.c. Trabajo para la vida.

Quisiéramos concluir este apartado retomando una conclusión esbozada más arriba que, creemos, resulta de suma importancia a la hora de pensar las resistencias y re-existencias: es necesario reconocer que aun a pesar de haber sido el punto de mira de prácticas de crueldad y envilecimiento, de haber sido jurídicamente definidos como bienes muebles, los esclavos continuaron creando mundos. A través del gesto y la palabra tejieron relaciones y un universo de significaciones, inventaron literaturas, músicas, celebraciones y cultos: nunca perdieron del todo su capacidad de simbolización (2016a, p. 98).

De lo anterior, Mbembe abstrae un principio general: sólo hay resistencia, allí donde se desarrolle una “capacidad polimórfica” de tejer relaciones móviles con el entorno, el poder de la metamorfosis: he aquí la tarea de transformación de la muerte en “trabajo para la vida”, particularmente ante situaciones de conflicto y adversidad (2016a, p. 235). Ejemplificará esto trayendo a colación algunos de elementos centrales de las tradiciones políticas, religiosas y culturales afroamericanas y sudafricanas, estrechamente ligados tanto al acto de creación artística como a la religiosidad. Para las comunidades cuya historia ha estado dominada durante largo tiempo por la degradación y la humillación, dirá, estas dos vertientes representaron, a menudo, la última defensa contra las fuerzas de la deshumanización y la muerte, marcaron profundamente la *praxis* política y constituyeron, en el fondo, su “envoltorio metafísico y estético” (2016a, p. 270), en tanto acciones de “refundación”, de “reconstitución” de la trama, de los vínculos, tanto de los seres humanos entre sí como con el resto de los vivientes y no-vivientes

Una de las funciones principales desarrolladas por esta doble creación consistió siempre en propiciar una “renacer a la vida”²³⁵ y colaborar en la lucha por seguir con vida, la cual -dirá- constituye en última instancia la cuestión “estética y por tanto, política, por excelencia” (2016a, p. 270). Así, ya sea escultura, música, danza, literatura oral o culto a la divinidad, el arte -afirma el autor- siempre constituyó la metáfora de una historia por venir, encargada -por un lado- de dar cuenta de la extraordinaria fragilidad del orden social, al tiempo que de “curar” y “sanar”, haciendo coexistir a los vivos con los muertos, reuniendo a los vivientes con otros no-vivientes y a los vivientes entre sí, al reunir el pasado con el

²³⁵Símbolo privilegiado de esto será la máscara: además de la de conmemorar a los difuntos, su función era la de testimoniar la transfiguración del cuerpo, como envoltorio perecedero, y la “apoteosis del mundo y su carácter imputrescible” (Mbembe, 2016a, p. 319)

presente y el futuro, al abrir una puerta a alguna historia por venir: esto es lo que, según el autor, “una crítica radical de la raza podría aportarle a la democracia” (2016a, p. 270).

En función de lo dicho hasta aquí, el autor concluye que sean cuales sean los lugares, las épocas y los contextos, el horizonte de las luchas sigue siendo el mismo, esto es, ¿cómo pertenecer a ese mundo que nos resulta común? ¿cómo pasar del *status* de ‘sin parte’ a participar de su constitución y de su distribución? Mbembe dirá que si bien es posible leer en el presente algunas señales -aunque frágiles- de este “mundo-por-llegar”, tal “apertura a lo ancho” no será posible hasta que se elimine el racismo de la vida y de la imaginación de nuestra época (2016a, p. 271) Mientras persista la idea de que existen razas, pueblos y categorías de personas a los que les corresponden diferencialmente ciertos derechos, así como la de que el esclavismo y el colonialismo fueron grandes hechos de “civilización”, la temática de la “reparación” continuará siendo movilizadora por las víctimas históricas de la brutalidad de la expansión europea en el mundo: sólo así se podrá articular una política y una ética nuevas, en las que lo que se ponga en común sea, paradójicamente, las diferencias.

3.5. La(s) red(es) de lo(s) común(es) como campo de posibles

Tras una serie de menciones a la importancia de revitalizar “lo-en-común”, así como a ciertas acepciones críticas de la noción de “comunidad” (orientadas a enfrentar las lógicas de la segmentarización y racialización de las cuales -hemos visto- ha necesitado el capitalismo desde sus primeras fases de desarrollo hasta su estadio actual) quisiéramos concluir este tercer y último capítulo, trayendo a colación algunos de los puntos centrales de los estudios acerca de la noción de “lo(s) común(es)” desarrollados por Federici (2013).

Los desarrollos de esta pensadora, creemos, resultan particularmente interesantes debido a que nacen de un compromiso activista, que la condujo -tras su estancia en Nigeria en la década del ‘80- a transformar sus análisis previos acerca del trabajo doméstico, en un especial interés por las formas de reproducción de la vida y, por ende, en las re-existencias llevadas a cabo por las mujeres en defensa de la propiedad comunal de la tierra, las agriculturas de subsistencia, y en definitiva, las luchas por, desde, y en los comunes.

Así, la autora se dedica a indagar el significado del creciente llamamiento (dentro de los círculos políticos radicales a nivel internacional) al desarrollo y producción de “lo común” y a investigar el surgimiento de esta noción, partiendo de su utilización por parte de los

zapatistas en 1994²³⁶, y su posterior extensión a gran parte de los movimientos sociales contemporáneos²³⁷. Esto, dirá Federici, se debió -en primer lugar- a la expansión a nivel global de la amenaza de privatización que -como vimos- lleva a cabo el neoliberalismo en su intento de subordinar todas y cada una de las formas de vida a la lógica del mercado. Ha sido en gran medida ésta alerta, por tanto, la que ha avivado la conciencia del peligro que supone vivir en un mundo en el que el contacto con mares, árboles, animales y con nuestros congéneres se encuentra mediado mayoritariamente por un nexo económico.

La proliferación de “nuevos cercamientos” y zonas compartimentadas y privatizadas por doquier ha mostrado, por tanto, han puesto de manifiesto no sólo que las propiedades comunales no habían desaparecido, sino que se siguen produciendo hoy -de manera constante- nuevas formas de cooperación social, incluso en áreas en las que previamente no existían. La segunda razón por la cual el lenguaje de “los comunes” se expandió tanto consiste, concluye parcialmente Federici, en que proporcionó una alternativa lógica e histórica a los falsos binomios, supuestamente excluyentes, Estado-propiedad privada, Estado-mercado (2013, p. 245).

Ahora bien, ¿qué son los comunes? ¿Cuál es el criterio para determinar qué califica como tal? La autora dirá, pues, que tenemos aire, agua, tierras, bienes digitales²³⁸, servicios, derechos adquiridos, lenguas, bibliotecas, producciones colectivas de culturas antiguas. ¿Están, sin embargo, todos al mismo nivel desde el punto de vista de una estrategia anticapitalista? ¿Cómo podemos estar seguros de que no estar proyectando una imagen de unidad que aún está por construirse?

A fin de proponer una respuesta a estos interrogantes, Federici analizará -en primer lugar- cómo agencias internacionales como el Banco Mundial²³⁹ y el Fondo Monetario

²³⁶En su levantamiento en armas en San Cristóbal de las Casas, en protesta contra la legislación que disolvía el sistema mexicano de “ejidos”.

²³⁷El concepto se ha extendido dentro de la izquierda radical a nivel internacional, deviniendo punto de encuentro y campo de acción común de anarquistas, marxistas/socialistas, ecologistas y ecofeministas, sumado a la paulatina desaparición del modelo revolucionario estatalista como alternativa al capitalismo. Mbembe dirá al respecto que estas “viejas recetas” partidarias están mostrando dificultades estructurales para preservar y defender “lo común” dentro de las actuales instituciones. De los movimientos de los últimos años, aunque aún estén frágilmente vinculados entre sí, han de surgir nuevas propuestas de instituciones que fueren al Estado a mutar en un órgano de defensa del bien común (2016b, s/d). Véase notas al pie n°191 y 198.

²³⁸Si bien, advierte Federici, ésta es una realidad incómoda para el discurso de los comunes -por la capacidad del CMI de axiomatizarla-, hay puntos de fuga en este ámbito, como los movimientos de defensa del código abierto y software libre y otros comunes virtuales frente a la privatización de la información y el saber.

²³⁹Estas agencias transnacionales se han apropiado tanto del discurso de los bienes comunes, como de las tierras ubicadas en zonas geoestratégicas para fines comerciales. África, por ejemplo, donde la propiedad comunal de la tierra es aún un fenómeno extendido, constituye el punto de mira principal de conflictos de intervención del BM y las empresas agroalimentarias que vienen consigo, al igual que América del Sur -tal y como hemos visto-

Internacional²⁴⁰ absorbieron -o, si se quiere, “axiomatizaron”- este concepto en la década del ‘90, en nombre de la protección de la biodiversidad y demás eufemismos²⁴¹. En segundo lugar, propondrá un análisis de los comunes desde una perspectiva feminista, el cual comienza con el reconocimiento de las mujeres como agentes más activas en el acceso a -y la defensa de- los comunes naturales desde la primer fase del desarrollo capitalista, así como de los bienes simbólicos de las culturas comunales que amenazaba con destruir la colonización. Recrearon, pues, modos de vida que sobreviven hasta hoy, re-existieron.

Ahora bien, mediante la afirmación de que estamos hoy ante un “nuevo proceso de acumulación primitiva”, la autora no hará más que reforzar la idea de que las mujeres suponen la fuerza de oposición principal a la exigencia neoliberal de que -como vimos- debe de ser “el mercado el que determine quién debe vivir y quién debe morir” (2013, p. 258). Esto se debe a que han propiciado un modelo práctico para la reproducción de la vida bajo un modelo no-comercial, y un historial de intentos de des-generizar y colectivizar los trabajos de subsistencia entre los que incluye al trabajo doméstico.

La autora concluye diciendo que, no obstante la centralidad de este concepto para repensar la politicidad en el presente, la creación de comunes debe operar de complemento y presuposición intrínseca de otras luchas, tales como las que atañen al trabajo asalariado en un contexto como el actual, en el que -como hemos visto- la flexibilización laboral, la gentrificación²⁴², la diseminación por necesidad de emigrar, etc., trae consigo la abolición de contratos sociales y la dificultad de crear nuevos comunes (2013, p. 171).

Quisiéramos concluir este breve repaso por el planteo de Federici remarcando el hecho de que su propuesta resulta particularmente relevante para nuestra argumentación debido a que compila y presenta una vasta multiplicidad de experiencias de resistencia y re-existencias, recogidas a nivel global, en contra de los planes neoliberales de austeridad²⁴³. Respecto de estas “prácticas” dirá, en principio, que generalmente operan mediante la reapropiación de espacios controlados por el Estado y monetizados por el mercado,

²⁴⁰Desarrolla los planes de ajuste estructural llevados a cabo por estos allí entre 1980-1990, que trajeron consigo guerras, hambrunas, y abandono masivo de tierras. La noción de “Gobierno privado indirecto”, propuesto por Mbembe, también refiere a tales procesos de privatización en países dependientes.

²⁴¹Tales como “capital social”, “economía de donación” o “altruismo”, que han hecho del discurso de los comunes una tendencia de moda entre economistas ortodoxos y planificadores económicos.

²⁴²Trae ejemplos de cuidados colectivos en entornos proletarios (conventillos, barrios), frente al avance de la privatización, fragmentación y precarización de los vínculos de sociabilidad cotidianos

²⁴³La autora dirá que a nivel global está creciendo desde los 90 un “movimiento de movimientos” (tales como “Occupy”, la “Primavera árabe”, etc.) visible tanto en manifestaciones por los bienes comunes naturales, como en ocupaciones de tierras, economías solidarias de trueque y redes de intercambio, sistemas sanitarios “alternativos”, etc. que -lejos de pensarse en términos de “utopía” o proyecto abstracto- constituye un proceso ya en marcha nutrido de experiencias del pasado (2013, p. 179). Véase la llamada “Red Jarilla”, creada en 2003 en la Patagonia argentina: https://en.vivasalud.be/sites/default/files/mailling/02_argentina_1.pdf

convirtiéndolos en “nuevos comunes”²⁴⁴ en los que se pretende revalorizar la creación de lazos de cooperación y no-competitividad comercial. El desafío consistirá, por tanto, en proporcionar a la noción de “lo común” un significado político más amplio: he aquí la nueva politicidad que se desprende de su planteo el cual nos insta, al igual que los de Mbembe y Albán Achinte, a superar las divisiones sembradas sobre la raza, el género, la edad y el origen geográfico.

Otro de los puntos de contacto entre este planteo y las propuestas antes presentadas consiste en que la autora utiliza, cercana a Mbembe, la noción de “campañas de reparación” a las que insta al movimiento feminista internacionalista²⁴⁵ a involucrarse: se trata, pues, de exigir la devolución de las tierras comunales de agriculturas de subsistencia arrebatadas a sus “comuneros”, así como del acompañamiento en las luchas contra los ajustes estructurales, la privatización y el rechazo a las intervenciones militares que de allí derivan.

Así, frente a las fuerzas necropolíticas, Federici nos muestra un mundo en que, dice, los lazos comunales son aún poderosos razón por la cual sería un error considerarlos provenientes de “actitudes pre-políticas” o bien meros “productos de la tradición”²⁴⁶. Es gracias a este reconocimiento que se hace posible al menos considerar la posibilidad de “desprender” nuestros modos de vida, no solo del modelo mercantil, sino de la “máquina de guerra” (Deleuze; Guattari, 2010), así como superar la “solidaridad abstracta” tan característica de los nuevos imaginarios políticos. Ésta, afirma Federici, no sólo limita nuestros niveles de compromiso sino incluso “nuestra capacidad de perdurar” (2013, p. 253). Se trata, pues, de una invitación a desarrollar y sostener un intercambio de experiencias colectivas que amplíe nuestros espacios de autonomía, y rechace la asunción de que nuestra reproducción ha de significar, indefectiblemente, una amenaza para las de otros.

Tal “reconstrucción”, por tanto, equivale a poner en tensión las mentadas “condiciones de aceptabilidad” de la necropolítica, mediante un previo y profundo

²⁴⁴Estas experiencias no se dan, como podría pensarse, sólo en el “Tercer Mundo”: toma como ejemplo la creación de huertos urbanos en New York a partir de los 90 (2013, p. 150).

²⁴⁵Lo llama a posicionarse “contra la recolonización, que es como mejor se puede definir al Nuevo Orden mundial, y las luchas que se llevan a cabo cotidianamente para sobrevivir” (2013, p. 125).

²⁴⁶Los conflictos por la defensa de la tierra no son cosa del pasado, ni un factor irrelevante para el capitalismo actual: la preocupación por la ingeniería genética en los cultivos, por ejemplo, muestra que esta continúa siendo la base material para el trabajo de subsistencia y principal fuente de sustento de millones de personas en el mundo (2013, p. 245). Véase, al respecto, el intento de modificación (en noviembre de 2018) de la Ley de semillas y creaciones fitogenéticas (Nº 20.247) que regula en Argentina su producción y comercialización. De aprobarse, eliminaría el “derecho al uso propio” que hasta ahora permite a agricultores, campesinos y pueblos originarios guardar y volver a sembrar la temporada siguiente, y habilitaría que las compañías semilleras (Bayer-Monsanto, Syngenta-Chemchina, Corteva -DowDuPont-, Basf, entre otras) cobren regalías a los agricultores cada vez que son utilizadas nuevamente. Véase los movimientos de resistencia desarrollados en todo el país, sobre todo “Libre Siembra” nacido en Neuquén, Argentina, en defensa de la práctica ancestral del intercambio y multiplicación de las semillas y la soberanía alimentaria.

cuestionamiento de nuestros modos de vida cotidianos: “no hay comunes, sin comunidad” rezará el *slogan* según Federici quien agrega -al igual que Mbembe- que lejos de entender ésta última como una realidad cerrada conformada por un grupo de personas unidas exclusivamente por principios de diferencia tales como la raza, el género, la clase, etc., equivaldrá más bien a un “tipo de relación”, basada en los principios de cooperación y responsabilidad respecto de los otros humanos y no-humanos (2013, p. 255).

Esta lectura feminista de “los comunes” concluye con una interpelación crítica respecto del rol que juegan tanto los mecanismos de fijación laboral, como el modelo de familia nuclear, atomizado y seriado, en relación con la multiplicación de hipotecas de casa y autos, desahucios y pérdidas masivas de empleos, que se han convertido hoy, según la autora, en los “nuevos pilares de la disciplina capitalista del trabajo” (2013, p. 256). Federici señala que estamos, precisamente gracias a ello, ante el momento para hallar nuevos campos de desarrollo de lo común, o para revitalizar modos ya existentes de organización de la vida social. Es mediante esta re-definición que podremos poner en tensión “la separación entre lo privado y lo político, entre el activismo político y la reproducción de nuestra vida cotidiana” (2013, p. 257), cuestionamiento que es -a su vez- condición de posibilidad de la apertura a nuevos campos de politicidad.

3.6. Tramar el presente, tejer las re-existencias

Quisiéramos concluir esta tesis enfatizando el hecho de que la mayor parte de los planteos aquí reunidos acerca de las resistencias y re-existencias (simultáneas a la descripción de cualquier poder -como hemos insistido en remarcar-) hacen referencia a la acción de “tramar”, “re-tejer”, “recomponer”, “restituir”, etc., los vínculos que las lógicas de aislamiento (inherentes a la “necropolítica neoliberal” que hemos presentado hasta aquí) tienen por objetivo disgregar. La siguiente cita, creemos, da cuenta de tal tarea de “recomposición” a la que nos exhortan las y los pensadoras y pensadores que hemos puesto en diálogo hasta aquí:

Los hilos de la modernidad/colonialidad están cediendo ante la visibilización y reconstrucción de la ruta (...) [tras] la obturación hegemónica de una escisión-incisión ha dejado cicatrices imborrables en nuestro mundo; hoy nos toca descoser por vías fronterizas la “camisa de

fuerza”, aún por sus costuras reforzadas, y empezar a visibilizar el tejido-tejiendo con los hilos coloridos de nuestras culturas, re-creando así, otras formas de sentir, percibir y transformar la vida (Jaramillo y Vesga, 2006, p. 8)²⁴⁷.

Podemos ver cómo el llamamiento a ampliar las redes de la politicidad, de la creatividad política, comienza aquí por la tarea de visualización y restitución de modos de vida, de re-existencias, a la que nos invita Albán Achinte, pasando por el desafío de “reconocer a la historia como un proceso colectivo en tanto que “principal víctima de la era neoliberal capitalista”, al que nos insta Federici (2013, p. 258). Esta cuestión que se entrelaza al mismo tiempo con el llamamiento a desarrollar actos de creación artística, prácticas de construcción de significados, de poéticas insurrectas que pongan en tensión no sólo el *canon*, sino también las derivas necropolíticas, gestadas en germen -cómo vimos- en el mundo moderno colonial y reactualizadas en el seno del presente neoliberal.

Si bien son numerosos los ejemplos de expresiones artísticas, simbólicas y políticas organizadas alrededor de la idea del trenzado como metáfora de una “reconstrucción” de los vínculos que nos unen a los demás, traeremos a colación aquí sólo un par. En primer lugar, el programa titulado “Trenzando *Abya Yala*”²⁴⁸ en el que se transmitió en vivo gran parte del evento desarrollado en Chiapas los días 8, 9 y 10 de marzo de 2018, cuyo cartel rezaba “Bienvenidas mujeres del mundo al Primer Encuentro Internacional, artístico, deportivo y cultural de mujeres que luchan”. Nos permitimos leer este acontecimiento a la luz de las nociones y conceptos expuestos hasta aquí, en principio, debido a que en tal pancarta de bienvenida se hallan indisolublemente ligadas entre sí las diversas aristas que componen la cada vez más amplia red de la politicidad del presente. Otra de las razones reside en el hecho de que una de las conclusiones más potentes a las que llegaron quienes asistieron a dicho encuentro consistió en un llamamiento a “mantenerse vivas”²⁴⁹:

Tal vez, cuando ya acabe el encuentro, cuando regresen a sus mundos, a sus tiempos, a sus modos, alguien les pregunte si sacaron algún acuerdo. Porque eran muchos pensamientos diferentes los que llegaron a

²⁴⁷Los corchetes nos pertenecen.

²⁴⁸Transmitido por el canal *Abya Yala* Televisión

²⁴⁹Recordemos las palabras de Mbembe: vencer a la muerte, seguir con vida, es (y ha sido siempre) la cuestión estética -y por ende- política por excelencia. Hay que hacer, por tanto, de tal “vocación de durar” en la existencia, de tal “deseo de vida” la “piedra angular de la politicidad y de la cultura” (2016a, p. 283).

estas tierras zapatistas. Tal vez entonces ustedes respondan que no. O tal vez respondan que sí, que sí hicimos un acuerdo. Y tal vez, cuando les pregunten cuál fue el acuerdo, ustedes digan “Acordamos vivir, y como para nosotras vivir es luchar, pues acordamos luchar cada quien según su lugar y su tiempo”²⁵⁰.

En este sentido, y con relación a la referencia de Federici de la puesta en marcha de un “movimiento de movimientos”²⁵¹, podríamos nombrar el que -consideramos- está teniendo lugar actualmente en Argentina, nucleado en torno de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, el cual ha desarrollado -y sigue desarrollando- una serie de acciones estético-políticas que no sólo pueden ser leídas en los términos que hemos planteado a lo largo de este escrito, sino que de hecho están siendo caracterizadas a la luz de nociones muy afines a éstas. “Operación Araña”, se ha dado en llamar la intervención colectiva de los subterráneos, celebrada el día 31 de julio de 2018 en la ciudad de Buenos Aires, a una semana de la votación en el Senado de la Nación del Proyecto de ley. Esta acción de irrupción en las lógicas cotidianas de habitar los espacios urbanos ha sido descrita por la filósofa y activista Marie Bardet, en una nota titulada “Política de las arañas y las redes”, en los siguientes términos: se trata de una “herramienta sismográfica para percibir las conexiones existentes entre las injusticias y violencias del patriarcado en cada estación, para trazar las redes que habitamos, arañas que cruzamos nuestras telas”. Y he aquí sus objetivos:

Hacer temblar la red de subterráneos, agitando cada línea como un filón nervioso, afectivo y político de nuestra cuerpo colectiva, volver más visible la conexión entre las luchas, asumiendo que “mezclamos todo”, porque todo está entramado. Y aprender juntas a trazar lo arácnido en nuestras vida (...) también es afirmar un devenir arácnido de nuestros modos de decisiones como modo de lo político, decisión-en red de cuerpo-pensamiento, como recuerda Silvia Rivera Cusicanqui. Peleando por el aborto peleamos por una decisión “en red” de tener y no tener hijos, por

²⁵⁰Fragmento de las palabras de las mujeres zapatistas al inicio del encuentro, recuperado de: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2018/03/08/palabras-a-nombre-de-las-mujeres-zapatistas-al-inicio-del-primer-encuentro-internacional-politico-artistico-deportivo-y-cultural-de-mujeres-que-luchan/>

²⁵¹El “tramado” que llevan a cabo los feminismos en el presente global, particularmente en Argentina se expresa en el acompañamiento de luchas concretas mediante las “asambleas itinerantes” situadas, en villas, carpas de trabajadoras y despedidas, comunidades militantes de pueblos originarios, entre otras.

modos “en red” de tenerlos, y también por trazar ahora nuevos gestos de crianza (...) redes que nos permiten hacer arder nuestros miedos también, las socorristas en red²⁵².

La red afectiva y estratégica avanza por contagio, y amplía la superficie viva y moviente de la politicidad contemporánea. Se va tejiendo en torno a una causa común, conformada a su vez por múltiples “comunes”, a la manera del nuevo universal, contenedor de todos los particulares, que propone Albán Achinte. Salta a la vista cómo en el centro de esta maraña descentrada se halla el cuerpo, los cuerpos y, sobre todo, aquello que los mueve: el deseo entendido, como hemos visto, en tanto que “vocación de durar”. Estas prácticas crítico-clínicas, estos procedimientos de puesta en cuestión de las “condiciones de aceptabilidad” y “habitación” a la muerte del Otro, así como aquellos orientados a la “restitución”, “reconstrucción” y co-producción de mundos, configuran la red deseante de resistencias y re-existencias que nos contendrá frente a las fuerzas necropolíticas.

²⁵²Recuperado de <http://lobosuelto.com/?p=20642>. Consultado por última vez: 11/02/2019. Véase también: <http://lobosuelto.com/?p=20655>

CONSIDERACIONES FINALES

Partiendo de la idea de que ninguna investigación puede decretarse cerrada de una forma tajante y taxativa, proponemos lo que sigue a modo de repaso de algunos de los puntos centrales de nuestra indagación a fin de que sirva, a su vez, como disparador para próximos trabajos. Para ello, es preciso comenzar señalando algunas de las cuestiones que, consideramos, hemos logrado poner de manifiesto. En primer lugar, en el transcurso de esta tesis mostramos (en consonancia con el objetivo que lo guía) la importancia que reviste estudiar los modos de funcionamiento del poder en el escenario contemporáneo, dado que permite orientar la búsqueda de las posibles formas de hacerle frente a sus efectos, particularmente –como hemos examinado- a los vinculados a los estados de dominación

Tal es así que en nuestro primer capítulo, haciendo uso de la “analítica del poder” foucaultiana, nos dedicamos a identificar algunas de las estrategias de las cuales se sirve el poder en el escenario contemporáneo, así como a estudiar sus *modus operandi* particulares y combinados. En tal sentido, presentamos allí una breve descripción de la noción de “régimen soberano”, seguido de una caracterización del concepto de “biopolítica” –principalmente de su función de “hacer vivir y dejar morir”, desplegada en base a la categoría de “raza” como criterio de diferenciación-. A continuación, tras mostrar algunas de las razones que llevaron a Foucault a introducir la noción de “gubernamentalidad”, nos adentramos, con él, en su “genealogía del liberalismo” y en su caracterización de los “dispositivos de seguridad”.

En este punto, subrayamos la importancia que las esferas de la libertad y la conducta revisten para la *ratio* liberal y neoliberal: insistimos allí, de la mano de Castro-Gómez (2010) en que las “tecnologías de gobierno” apelan al consentimiento de los gobernados para dirigirlos hacia objetivos fijados de antemano por una racionalidad exterior. Todo lo anterior nos llevó a una primera conclusión importante y que hemos reiterado con anterioridad: si bien puede parecer que en las sociedades actuales ciertos mecanismos de poder han sido reemplazados definitivamente por otros, no hay que perder de vista que hoy estamos, más bien, ante un “triángulo de soberanía, disciplina y gestión gubernamental” marcado, sin embargo, por una preeminencia de los dispositivos de seguridad (Foucault, 2006, p. 135).

He aquí la advertencia que recorrió toda nuestra argumentación: al adoptar una perspectiva foucaultiana de análisis, es necesario abandonar cualquier tipo de lectura lineal, etapista, que nos lleve a una comprensión de los procesos en términos de cortes y comienzos tajantes. Se trata, más bien, de asumir el desafío de dar cuenta de la naturaleza de cada una de

las tecnologías, dispositivos, y estrategias que componen –yuxtapuestas- el complejo funcionamiento del poder, a fin de cotejar estratégicamente las formas de hacerles frente, una por una. Ahora bien, del análisis del neoliberalismo, objeto privilegiado de estudio de esta tesis -en torno al cual convocamos no sólo a Foucault (2007), sino también a Deleuze (2006) y a Guattari (2004)- resaltaremos aquí sólo algunos puntos fundamentales, tales como la centralidad otorgada a la “capacidad de movimiento” y “autorregulación” de los gobernados, el “principio de la competencia” como regulador del mercado y la sociedad y el objetivo gubernamental en pos del cual se despliegan todos los demás imperativos: el de integrar todos los ámbitos y formas de vida a los mecanismos del mercado, mediante la multiplicación –por todos los tramos del tejido social- de la “forma empresa”. Hemos visto también cómo gobernar, en este contexto, equivale a hacer coincidir los hábitos, miedos, intereses, expectativas y deseos de los gobernados con tales objetivos, así como a procurar que los gobernados interioricen ciertos comportamientos perceptivos, sensitivos, afectivos, cognitivos y lingüísticos (Castro-Gómez, 2010).

Quisiéramos comenzar el repaso por nuestro segundo capítulo señalando otro de los objetivos que persiguió este escrito, esto es, tender puentes entre las propuestas críticas intraeuropeas presentadas en el primer capítulo y algunos estudios desarrollados en espacios geopolíticos extraeuropeos. En tal sentido, mostramos la herencia foucaultiana presente en los planteos de Mbembe (2006; 2016a; 2016b), así como sus corrimientos respecto de la misma. Recordemos, pues, que la noción de “necropolítica” es acuñada por el autor precisamente a fin de dar cuenta de las formas específicas que asumieron –y asumen- las estrategias de poder en zonas signadas por la violencia colonial, para las cuales la noción de “biopolítica” resultaba insuficiente. Esta noción, al hacer de la función de “dar muerte” una suerte de “efecto colateral”, no logra poner de manifiesto el hecho de que hoy ésta constituye más bien el objetivo principal en función del cual el poder pone a trabajar –combinadas- técnicas propias del régimen soberano, disciplinarias y biopolíticas.

Hemos visto cómo lo anterior lleva a Mbembe a afirmar que la principal consecuencia del necropoder será la producción a gran escala de subjetividades y poblaciones “fragmentarias”, “residuales”, “excedentarias”, amputadas de la capacidad de movilidad y circulación –como vimos, central para el neoliberalismo- a causa de intervenciones de control y dominio a “distancia” que interfieren en sus “condiciones de vida”, y se orientan a mermar todo su sistema de supervivencia a fin de forzar su sumisión. Tal “gestión de multitudes” – como hemos visto- aparece, pues, como especie de “contracara” del tipo de “gestión gubernamental” caracterizada en el primer capítulo.

A la luz de lo anterior, estamos en condiciones de afirmar que no sólo logramos mostrar, como vimos, que el poder actual opera mediante la combinación de estrategias y dispositivos diferentes, sino también dar cuenta de que tal combinación asume –a su vez- formas diferentes en el seno de cada contexto geopolítico particular. En este sentido, vimos cómo la particularidad de este planteo reside en que el autor opera una minuciosa disección de la matriz colonial de poder al estudiar los procesos de racialización que –como vimos- están a la base de las lógicas de explotación y esclavización que dieron lugar a su la expansión colonial y -por tanto- han servido y sirven de “engranajes” fundamentales de la maquinaria capitalística. Vimos cómo llega a afirmar que las ideas modernas de libertad, igualdad y democracia, resultan históricamente inseparables de los procesos de producción de sujetos de raza.

Vimos también cómo Mbembe logra visibilizar y denunciar, mediante su fórmula “devenir negro del mundo”, cómo con el desarrollo del neoliberalismo estas lógicas de explotación y muerte se han expandido al “Todo-mundo”, dando lugar a “nuevas figuras de lo negro”, una “humanidad superflua”, contra-figura del sujeto “emprendedor” caracterizado en el primer capítulo, y cuyo problema principal consiste en quedar librada al abandono, demasiado pobre para ser endeudada, demasiado numerosa para ser encerrada en instituciones. Es por esto que el poder necesita combinar –como hemos insistido en remarcar- dispositivos disciplinarios propios del esclavismo, técnicas coloniales de conquista y ocupación, tecnologías jurídico-legales con otras tácticas contemporáneas, orientadas a fijar, con la mayor precisión posible, los límites dentro de los cuales ciertas poblaciones y cuerpos pueden circular.

Ahora bien, fue partiendo de la sospecha de que las nociones del pensador camerunés resultan extrapolables -con ciertos recaudos- a otras zonas del planeta que presentamos los planteos de Valencia (2010) y Valverde (2015). Estas caracterizaciones nos permitieron mostrar -mediante ejemplos concretos de sus manifestaciones- las características específicas que asume el necropoder en nuestro escenario continental -en el caso del primero- y en España -en el segundo-. En lo que respecta a la primer propuesta, vimos cómo mediante el término “necrocapitalismo” la autora pone de manifiesto cómo en los “espacios fronterizos” los mentados sujetos “emprendedores” son, muchas veces, aquellos que ponen en marcha prácticas de “desacralización de la vida”, en pos de cumplir con las cada vez más exigentes pautas neoliberales. Examinamos, por tanto, cómo el “capitalismo *gore*” también logra subvertir el optimismo del imaginario de la “libre circulación” y el “emprendedurismo”, al mostrar cómo ciertas tecnologías de poder son resignificadas en “este lado del mundo”, en el

“Sur Global” (Santos, 2010). La violencia y el derecho de dar muerte son ejercidos en estas latitudes a través de un complejo entramado de poderes que pone de manifiesto, una vez más, la idea de que existen múltiples formas de poner en práctica, combinadamente, el triángulo de soberanía, disciplina y gestión gubernamental.

Del planteo de Valverde quisiéramos retomar particularmente su enumeración de las formas de funcionamiento de la necropolítica neoliberal, dado que nos permitió cotejar algunos ejemplos de nuestro contexto nacional. Así, desarrollamos cómo para la autora el necropoder asume en primer lugar la forma de la “violencia directa”, seguida de su manifestación mediante el despliegue de políticas como la sanción o modificación de leyes y, por último, el modo de la “violencia discreta”. Vimos, a su vez, como estas tres formas se erigen sobre la capacidad del capital de “naturalizar la muerte socializada”, de convocar a los ciudadanos a participar de ella mediante la internalización de algunos imaginarios, entre los que destacamos el de que el fracaso o éxito de los sujetos se halla ligado únicamente a la capacidad de cada uno de “autogestionar” sus propias posibilidades vitales (Díaz, 2016).

Resurgió, allí, la función de las “tecnologías de gobierno” de mantener los estados de dominación e inequidad, orientadas a que los gobernados sientan que los cuerpos marcados por la necropolítica les impiden “disfrutar de lo propio” y que –por tanto- adhieran a la idea de que es menester excluirlos de “sus” espacios. Re-emergió, pues, la idea de que el neoliberalismo reserva el principio de libertad total de circulación a ciertos cuerpos, mientras restringe el movimiento de otros.

Ahora bien, presentamos la idea sostenida por Valverde de que estos sujetos son “evidencias” vivientes de la inequidad neoliberal que pueden activar en el resto de la sociedad lo que llama “empatía radical”, planteo que propone como base de cualquier proyecto de “repolitización”. Examinamos también su noción de “espacios intersticiales”, *locus* por excelencia de lo que denomina una “comunidad sin estructura” fundada –más allá de las singularidades- sobre el hecho de que quienes la conforman desafían al poder soberano al “insistir en vivir”, tan sólo con su presencia, al tiempo que interpelan a los “incluidos” a reconocerse potencialmente liminales. Resaltamos también el principio de “estigmergia” propuesto por la autora, así como su señalamiento de la centralidad de considerar y adoptar el “lenguaje de lo-común”. Todas estas nociones resultaron de suma importancia para nuestra argumentación, dado que nos permitieron avanzar hacia nuestro tercer y último capítulo, el cual comenzamos retomando muchas de nuestras conclusiones parciales previas.

Creemos estar en condiciones de afirmar, en este punto, que la tarea de desentrañar –al menos a grandes rasgos- las formas en las que opera el poder nos permitió orientar la

búsqueda de los posibles modos de resistencias que hacen frente a cada uno de sus estrategias componentes, gestados en los diversos espacios geopolíticos. Tal es así que, en primer lugar, y a fin de aclarar la noción misma de “resistencias”, volvimos sobre algunas de las conclusiones a las que habíamos arribamos en el primer capítulo respecto de la “analítica de la gubernamentalidad” Partiendo de la afirmación de que las “tecnologías de gobierno” pueden orientar la conducta de los gobernados tanto hacia la producción y mantenimiento de los “estados de dominación, como hacia la generación y sostenimiento de estados de cosas que no sean una mera extensión de las “relaciones de dominio”, encaramos la búsqueda de los posibles modos en los que estas pueden favorecer “prácticas de libertad” y “líneas de fuga”.

En este sentido, presentamos algunas de las reflexiones de Guattari (2004) en torno a lo que llama “revoluciones moleculares” las cuales, según el autor, disputan con esos modos de sentir, hablar, proyectar el futuro, etc., de los que se alimenta y necesita el CMI. Esto último, creemos, toma especial sentido a la luz de otra de las conclusiones de la “analítica de la gubernamentalidad” de Foucault: dado que el Estado no es una especie de “dato natural”, es posible pensar las resistencias sin limitarnos necesariamente a aquellas expresiones desarrolladas en su seno, o “contra él”. Éstas, por el contrario, pueden asumir múltiples formas frente a cada una de las combinaciones de estrategias de poder en cada contexto geopolítico específico.

Luego, y en base a la idea –reiterada en más de una ocasión en el transcurso de nuestra indagación- de que la necropolítica no sólo atenta contra sus víctimas física y directamente sino también contra su dimensión simbólico-política-cultural, desarrollamos brevemente la noción de “re-existencias” (Albán Achinte, 2010). Vimos cómo este concepto refiere tanto a la acción de confrontar tal producción de no-existencias mediante el reconocimiento de las variadas formas de habitar el mundo producidas en los márgenes de las formas hegemónicas de organización de la vida, como -al mismo tiempo- permite nombrar esos mismos modos de construcción de “socio-vida” aún en las condiciones más adversas.

Teniendo en cuenta que Mbembe (2016a) también refiere a tal restitución de presencias y saberes como un modo de resistir a la violencia colonial -que pretende obstruir la emergencia de una subjetividad postcolonial autónoma y el poder de autodeterminación de los sujetos y poblaciones- dimos cuenta de algunos de los elementos de su “clínica del sujeto”. Ésta, orientada a pensar los modos de “rehabilitación” del sujeto de raza en pos de la creación de lo que denomina “comunidad de lo abierto”, nos condujo a repensar el rol central que ocupa la costumbre colonial heredada -y, como hemos visto, sostenida- de dividir,

clasificar, jerarquizar y diferenciar, así como a reconsiderar este problema desde el lenguaje de “lo-en-común”.

Fue retomando esta última interpelación, que trajimos a colación las líneas centrales de la propuesta de Federici (2013) acerca de “los comunes” en tanto que ámbitos por excelencia para la creación de formas-otras de existencia, lo cual nos condujo a esbozar algunas reflexiones finales vinculadas a la necesidad de “tramar”, “tejer”, “recomponer” y “restituir” los vínculos que las lógicas de aislamiento -inherentes a la necropolítica neoliberal- tienen por objetivo disgregar.

En el último apartado de esta tesis, y a modo de cierre provisorio, hicimos hincapié en el objetivo contenido en la segunda parte del título de este tercer capítulo: todas las propuestas aquí reunidas en torno a las resistencias parten de la idea de que es necesario –hoy más que nunca- ampliar los modos de concebir la politicidad, o -lo que es lo mismo- operar un profunda crítica a la definición moderna de “lo político” entendido -como hemos visto- la “continuación de la guerra por otros medios”. Creemos menester, por tanto, tensionar el arraigado imaginario de que todo vínculo político funciona en base a la idea de que para que algunos vivan es necesario que otros mueran.

Mediante este breve acercamiento, planteado mayormente en términos especulativos, hacemos extensiva la invitación a continuar reconociendo y restituyendo ejemplos concretos de re-existencias frente a los embates de la necropolítica neoliberal desarrollados por doquier en cada uno de los segmentos del “todo-mundo”, así como el desafío -que no deja de revestir, como hemos insistido en remarcar, cierta urgencia- de tensionar –cotidianamente- las “condiciones de aceptabilidad” que la hacen posible.

BIBLIOGRAFÍA

-ALBÁN ACHINTE, ADOLFO (2012). Epistemes “otras”: ¿Epistemes disruptivas? en *Revista Kula. Antropólogos del Atlántico Sur*, (Nº 6), pp. 22-34. Recuperado de: http://www.revistakula.com.ar/wp-content/uploads/2014/02/KULA6_2_ALBAN_ACHINTE.pdf

-BORSANI, MARÍA EUGENIA (2016) “Sobrantes, excedentes” en *Otros logos, Revista de estudios críticos del Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad*, Universidad Nacional del Comahue. (Nº7). pp. 3-10.

-BUTLER, JUDITH (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

----- (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. D.F, México: Paidós.

-BUTLER, JUDITH; ATHANASIU, ATHENA (2017). *Desposesión: lo performativo en lo político*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

-CASTRO-GÓMEZ, SANTIAGO; CHUKWUDI EZE, EMMANUEL; PAGET, HENRY (2014). *El color de la razón. Racismo epistemológico y razón imperial*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones del signo.

-CASTRO-GÓMEZ, SANTIAGO (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá, Colombia: Coedición Siglo del Hombre.

----- (2007). “Michel Foucault y la colonialidad del poder” en *Tabula Rasa* [online] (Nº6). pp. 153-172. ISSN 1794-2489.

-COMITÉ INVISIBLE (2007). *La insurrección que viene*. París, Francia: La fabrique editions.^[P]_[SEP]

-DÁVALOS, PABLO (2013) *El proyecto político de la Sociedad del Monte Peregrino. Distopía y violencia neoliberal*” en *Revista Rebelión*. Recuperado de: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=171087>

-DELEUZE, GILLES; PARNET CLAIRE (1997) *Diálogos*. Valencia, España: Pre-textos

----- (2006) *Conversaciones*. “Post-scriptum a las sociedades de control”. Valencia, España: Pre-textos

----- (2015) *Foucault*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- (2010). *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, España: Pre-textos
- DÍAZ, MARTÍN, E. (2013). Del disciplinamiento de los cuerpos al gerenciamiento de la vida. Mutaciones biopolíticas en el presente en torno a la construcción de la anormalidad, en *Revista de Prácticas y Discursos*. (N°2), pp. 1-16. Recuperado de: <http://studylib.es/doc/8577510/del-disciplinamiento-de-los-cuerpos-al-gerenciamiento-de-...>
- (2016). *Vidas negadas. Una genealogía de la construcción de la otredad en Argentina moderna y sus derivas en el presente*. General Roca, Argentina: PubliFadecs, UNCo.
- DI RISIO, DIEGO (comp.) (2012) *Zonas de sacrificio: impactos de la industria hidrocarburífera en Salta y Norpatagonia*, Buenos Aires, Argentina: América Libre y Observatorio Petrolero del Sur (OPSur)
- ESCOBAR, ARTURO (2007). *La invención del Tercer Mundo Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas, Venezuela: Fundación Editorial El perro y la rana.
- FEDERICI, SILVIA (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid, España: Edición Traficantes de Sueños.
- FOUCAULT, MICHEL (2002). *Defender la sociedad*. Curso en el Collège de France (1975-1976). Buenos Aires, Argentina: FCE.
- (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Curso en el Collège de France (1978-1979). Buenos Aires, Argentina: FCE.
- (2006). *Seguridad, Territorio y Población*. Curso en el Collège de France (1977-1978). Buenos Aires, Argentina: FCE.
- (2008a). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- (2008b). *Tecnologías del yo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- [1975] (2018). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- GERBI, ANTONELLO (1960). *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica.
- GUATTARI, FÉLIX (2004). *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid, España: Traficantes de sueños.

----- (2013). *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Buenos Aires, Argentina: Cactus.

-JARAMILLO. E, L. GUILLERMO; VESGA P., JUANITA DEL MAR (2006). Más allá de la distinción hegemónica entre ciencia y pseudociencia: los hilos rotos por el trópico, en *Cinta de Moebio*, Universidad de Chile, Santiago de Chile, (Nº 25), pp. 2-12. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10102507>

-LAZARATTO, MAURIZIO (2010). *Políticas del acontecimiento*, Buenos Aires, Argentina: Tinta Limón.

----- (2013) *La fábrica del hombre endeudado*, Madrid: Amorrortu Editores.

-MBEMBE, ACHILLE (2006). Necropolítique, en *Traversées, diásporas, modernités, Raisons politiques*, (Nº 21), pp. 29-60.

----- (2016a). *Crítica de la razón negra*. Buenos Aires, Argentina: Futuro Anterior.

----- (2016b). “Cuando el poder brutaliza el cuerpo, la resistencia asume una forma visceral”, en Entrevista online, Futuro Anterior (ed.). Recuperado de: <http://www.futuroanterior.com.ar/blog/cuando-el-poder-brutaliza-el-cuerpo-la-resistencia-asume-una-forma-visceral>

-MIGNOLO, WALTER (2003). *Historias locales / Diseños globales*. Madrid, España: Akal.

-MURILLO, SUSANA (2013) “La estrategia neoliberal y el gobierno de la pobreza. La intervención en el padecimiento psíquico de las poblaciones”, en Voces en el Fénix, [On Line] Recuperado de: <http://www.vocesenelfenix.com/content/la-estrategia-neoliberal-y-el-gobierno-de-la-pobreza-la-intervenci%C3%B3n-en-el-padecimiento-ps%C3%ADq>

----- (2015). (Coord.). *Neoliberalismo y gobiernos de la vida. Diagrama global y sus configuraciones en la Argentina y América latina*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.

-QUIJANO, ANÍBAL (2000) Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. (pp. 201-246). Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

-ROSE NIKOLAS (1997). “El gobierno de las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo” en *Archipiélago Cuadernos de crítica de la cultura*, ISSN 0214-2686, Nº 29, 1997, págs. 25-40

-SÁEZ RUEDA, LUIS (2012). “Thanatología del neoliberalismo en el siglo XXI” en, *Otros*

logos, Revista de Estudios Críticos, Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue. (N° 3), pp. 12-33.

----- (2015). *El ocaso de occidente*, Barcelona: Ed. Herder.

-SANTOS, BOAVENTURA (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce.

-SAGOT, MONTSERRAT (2017) “¿Un mundo sin femicidios? las propuestas del feminismo para erradicar la violencia contra las mujeres” en Montserrat Sagot (coord) en *Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en américa latina*, Buenos Aires: CLACSO.

-SHIVA, VANDANA (2013). *Las semillas transgénicas de Monsanto y el holocausto de los agricultores indios. Semillas de suicidio*. Recuperado de www.rebelion.org/noticia.php?id=166578.

-VALVERDE G., CLARA (2015). *De la necropolítica neoliberal a la empatía radical. Violencia discreta, cuerpos excluidos y repolitización*. Barcelona: Icaria.

-VALENCIA, SAYAK (2010). *Capitalismo Gore*. Barcelona: Melusina.